COLECCION DE CUENTOS

Carlos Rubio




C-173
300

COLECCION DE CUENTOS.

COLECCION

DE

CUENTOS

POR

CÁRLOS RUBIO.





MADRID.
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Valverde, 16, bajo izquierda.
1868.

A MARÍA HEREDIA.

Te habia ofrecido un libro, querida niña, y te le envío desde el estranjero suelo, por donde vago triste y solitario, en castigo de mi amor á mi patria. No dirás que el tiempo ni la ausencia hacen que me olvide de tí. Cuando, pasados años, haya yo dejado de padecer, si torna á tus manos este ramo de hojas secas y flores marchitas, consagra tú tambien una memoria à aquel en cuyo corazon ha penetrado tantas veces tu mirada como un rayo de sol en una caverna, y ha desatado algunos de los manantiales de ternura que yacen en él helados por el contacto de la muerte.

Quisiera ofrecerte ficciones más risueñas y en el fondo de cuya copa no encontrases siempre una gota de hiel; pero ó no habia de darte pedazos de mi alma, ó habia de dártelos ulcerados, porque no ha dejado en ella una fibra sana el espectro que, inclinado sobre mí, me lacera desde que estoy encadenado á la vida como su buitre á Prometeo; y á tí, á quien amo tanto, ¿qué habia de ofrecerte, sino pedazos de mi alma?

Quisiera tambien por tí y por mí que mis ficciones fuesen más ricas y estuviesen más artísticamente acabadas; pero si en el campo de otras inteligencias ha puesto Dios minas de oro, en el de las mias sólo las ha puesto de cobre; y si otros trabajan en una playa tranquila y floreciente, á la luz de un sol de primavera y respirando auras blandas y embalsamadas, yo modelo de prisa en una débil barquilla, á la luz de los relámpagos y los rayos de una deshecha borrasca.

Tal como he podido hacer el libro, te lo envío; y estoy seguro de que tal como es le has de agradecer, porque el que le envía soy yo, y no mirarás mi don, sino mi voluntad.

CÁRLOS.

Lóndres, 9 de Abril de 1866.

AL LECTOR.

Este libro se ha impreso en España durante mi emigracion, formado con cuentos ya publicados pero recortados por la censura y nuevos, escritos ya en el camarote de un navío, ya en un alojamiento, ya en una prision. En él hay muchos pensamientos que estimo; la forma pocas veces es la que yo deseára. El gobierno de Gonzalez Brabo, que no me dejó publicarle, quizá me hacía un favor, pero repito con Pilatos *Quod scripsi scripsi* y lo publico.

EL AUTOR.

LA FORTUNA DE LA FEA.

I.

Dícese que todo hombre debe hacer tres cosas durante su vida: plantar un árbol, escribir un libro y criar un hijo. No sé si Gil Fernandez habia plantado algun árbol, aunque segun la pobreza que le oprimia, si le plantó debió de ser en heredad ajena. Tengo por cierto que no escribió libro alguno, porque no sabia escribir; aunque la esperiencia nos presenta diariamente abundantes ejemplos de escritores, que, sin saber leer, han hecho sudar las prensas y aun á los lectores, porque la fortuna se los ha deparado, con las obras que han escrito; pero, en cambio, habia criado dos hijas gemelas, llamada una Paulina y otra Sofía, que parecian la noche y el dia, segun era de hermosa la primera y de horrible la segunda.

Cuentan antiguas crónicas, que cuando la esposa de Gil Fernandez estaba en cinta, tuvo un misterioso sueño, en que vió dos ángeles, uno negro y otro blanco que andaban á la greña sobre querer cada uno encargarse de la suerte de las niñas aun no nacidas. No pudiendo ninguno de los dos alcanzar la victoria, acabaron por transijir el pleito, encargándose cada cual de la mitad de la cria, y el blanco, que era el más robusto, dijo:—Mi niña será buena:—y el negro, más débil:—La mia será hermosa.—Pero como la esposa de Gil Fernandez habia bebido más de lo regular el dia que tuvo este sueño, nadie, ni aun ella misma, hizo caso de él, y sólo se recordó cuando llegado el parto se vió que Paulinita era la personificacion de una ilusion amorosa de poeta, y Sofía una caricatura de Satanás; de suerte que, colocadas una sobre otra, cualquiera las hubiese tomado por San Miguel y el diablo.

Crecieron las dos niñas, siendo la una la admiracion de todos, y la otra de todos desprecio, y hasta los padres, considerando á Paulina como un rico diamante que debia engarzarse en oro, y á Sofía como una deformidad que debia ocultarse, educaron á aquella con esmero y relegaron á esta á desempeñar las más rudas faenas de la casa. No se las miraba como dos hermanas, sino que Paulina era una especie de reina orgullosa, siempre

sentada en su trono, ó una divinidad, en cuyas aras ardia constantemente el fuego del sacrificio en que se abrasaban centenares de corazones enamorados, y Sofía era la esclava injuriada siempre, siempre golpeada, y que no tenia más amiga que una imágen de la Vírgen, colocada en su cuarto, á quien decia todas las noches:—¡Madre mia, madre de los Desamparados, ya que mi cuerpo sea deforme, haced que mi alma sea bella, y cuando acabe mi vida de prueba, que pasará pronto, seré digna de entrar á formar parte de los coros de ángeles de la sacra Jerusalen!

Ni Paulina ni Sofía se casaban. Paulina no se casaba porque, ensoberbecida con su belleza, creia que nadie la merecia, y parodiaba al gallego, que, entrando por las puertas de Madrid, encontró dos cuartos y no quiso cojerlos, diciendo:—Más adentro encontraré cosas mejores.—En la calle de Toledo vió una peseta y tampoco la cojió, murmurando:—¿Me he de bajar para esto? Mejores cosas habrá despues.—En la plaza tropezó con un duro, y esclamó:—Yo no me bajo, sino á cojer onzas.—Y ya no encontró más. Sofía no se casaba; porque, fea y pobre, ¿quién habia de acordarse de ella?

Pero el tiempo corria.

Una mañana entró una señora, de traje deslucido y cara nada simpática, en la habitacion de Paulina, que dormia aun, y acercándose á su lecho

la despertó, la puso un espejo delante y la dijo:
—Hermosa niña, el tiempo se te escapa como el agua de un cántaro, cuyo fondo está agujereado; llegas á una edad muy adulada por los poetas, que comparan en ella la belleza de la mujer con el esplendor del sol poniente; pero cuando el sol se pone, la noche está cerca. Has pasado tu mejor tiempo cantando como la cigarra. Antes de que llegue el invierno, trabaja como la hormiga. Estás en el momento crítico, cásate ya ó decídete á ser enterrado con palma.

Paulina pesó en su alma estas advertencias de *la edad*, y vió con tristeza que eran sólidas. En vista de ellas decidió casarse; pero, para toda mujer, de querer casarse á casarse hay largo trecho, y precisamente la que más ganas tiene de que el cura la lea la epístola de San Pablo, es la que más difícilmente encuentra quien la acompañe á oirla. Paulina pasó revista á sus adoradores.

El más querido de ella era un calaveron, buen mozo, rico y valiente, cuyo amor parecia una tempestad de verano tan violenta como rápida, y que apenas oyó la palabra matrimonio, dió un saltó como si le hubiese picado una víbora, esclamando:—¡Señora! ¿por quién me toma usted? ¡Vuelvo!—Y volvió las espaldas.

El segundo era un jóven romántico, de ojos azules y tez rosada, cortado por el patron de

Rafael, y cuyas palabras tenian la dulzura de las baladas alemanas. Cuando Paulina le habló de casamiento, se quedó contemplándola un rato con ternura, y despues la dijo con voz tan suave como el gemido de arpa:—¡Pobre niña! ¿Y renunciarias así á tu libertad? El matrimonio, el prosáico matrimonio es la tumba del amor, y el amor es la vida. Amar es admirar desde lejos la belleza del cielo azul de primavera; casarse es subir á abrazar ese cielo, y perdiendo la ilusion, abrazar sólo el vacío. ¡Ah! no te cases, ángel mio! ¡pobre mariposa mia, no permitas que tus alas de oro y púrpura pierdan su color entre las manos de un hombre! Si á pesar de todo, te empeñas en ser víctima, no quiero ser tu sacrificador. ¡Adios, bien mio; adios, amada mia: no me has comprendido, y quizá no puedes comprender el amor!

El tercero era un militar, dulce en el fondo como un cordero, mas de génio, al parecer, tan vivo y áspero, que cuando se le presentaba un soldado le preguntaba con voz ruda:—¿Cómo se llama usted? —y apenas el soldado abria la boca para contestar, le interrumpia gritando con enojada voz de trueno: —¡Silencio! ¡á mí no se me contesta!!!

Este, apenas oyó la proposicion, contestó:—Señora, el militar no debe tener mas esposa que la patria. ¡Rayos y truenos! ¡Bueno estaria yo dando papilla á un niño ó meciendo una cuna! Señora,

eso no es de ordenanza. ¡Media vuelta á la derecha, paso redoblado, marchen!...—Y se marchó.

El cuarto era un canónigo civil, es decir, un rico hacendado, sin más obligaciones que las naturales de comer, dormir y amar, que se daba muy buena vida, tenia mucha calma y pesaba doce arrobas y media:—No me estraña que me quiera usted por esposo,—dijo á Paulina á la primera indicacion, tomando un polvo y sonriendo con delicia;—no soy un marido como otro cualquiera; aunque sólo sea por mi corpulencia, soy un marido que vale por dos de buen año; pero tengo por cierto que la mujer hermosa es muy buena para dama, y para esposa no tanto. Hay que guardarla, y un hombre de mis carnes no puede dedicarse, sin gran fatiga y detrimento de su salud, á guardar á su mujer. No estoy por eso.—Y se marchó, recitando aquellos picarescos versos en que Tirso de Molina compara la mujer hermosa á un racimo de uvas, del cual llega uno y coje un grano, llega otro y coje otro grano, y solo queda el escobajo al marido.

El quinto... ¿Pero á qué cansarnos en esta enumeracion? Baste decir, que todos los amantes de Paulina, cuando ella les propuso que la acompasen á la iglesia, la saludaron cortesmente y se retiraron, diciendo:—Busque usted otro acompañante;—y que la pobre jóven se convenció de que si la

buena cara proporciona amantes, no proporciona tan fácilmente un marido.

Entonces acudió á su libro de memorias.

Acordóse de que entre sus amadores habia tenido uno más tierno y más rendido que los otros, que estuvo á la muerte cuando perdió la esperanza de ser amado, y que hacía versos y los cantaba, para con tales habilidades y su amor justificar plenamente el refran que dice: de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco. Este amante habia desaparecido de su vista hacía dos años. Sacó de su almohadilla la copia de sus serenatas, y vió que decian de este modo:

Te ví cojiendo azucenas
que á tu manita decian:
«puesto que eres nuestra hermana,
¿para qué nos martirizas?

Buscas flores con rocío
para hacer una guirnalda...
coje la flor de mi pecho
que está cubierta de lágrimas.

Pues por viejo me desechas,
poco de la vida sabes,
que el tronco que está más seco
es siempre el que mejor arde.

Tu primer mirada ha sido
para mí golpe mortal,

vuelve á mirarme y acábame
y no me dejes penar.

Contigo una flor compite
cuando siguiéndote voy,
y es que la luz de tus ojos
va siguiendo un girasol.

Hasta que te ví no supe
qué cosa la vida fuese,
pero ya sé que es la vida
lo que viéndote se pierde.

Tu amor es puñal que tengo
clavado en el corazon,
por eso cuanto más entra
más daño me hace tu amor.

Son seductores tus ojos,
tus lábios testigos falsos,
tu amor el cepo en que estoy,
sin poder salir, penando.

Tú eres el sol deslumbrante
cuyo corazon es negro;
yo mina á la vista fea
que tiene diamantes dentro.

Son arcaduces de noria
mis horas desventuradas,
los llenos, lo están de penas,
los vacíos, de esperanza.

Siempre que te miro, ingrata,
muerte de mi corazon,
siempre que te miro digo:
¡cuán hermoso es el dolor!...

A todas estas coplas, cantadas en diversos dias y que representaban en boceto el gran cuadro de un largo martirio amoroso, habia contestado Paulina con esta sola que, para el objeto, habia pedido á otro de sus amantes:

Hermano, llame á otra puerta;
perdone por Dios, hermano:
sólo un corzon tenia
y á otro pobre se lo he dado.

—He sido demasiado cruel con este pobrecillo,—pensó Paulina,—pero es seguro que aun me amará. Voy á escribirle.—Y averiguando dónde vivia, le escribió, en efecto; pero él, que habia contraido nuevas relaciones, la contestó vengándose:

Perdone por Dios, hermana;
llame al portal inmediato:
sólo un corazon tenia
y á otro pobre se lo he dado.

Ella es la noche y tú el dia
ceñido de resplandores;
mas ¿qué he de hacer, si te alejas,
sino quedarme en la noche?

Te hallé vestida de ángel
en las máscaras del mundo;
te has quitado la careta,
te encuentro demonio y huyo.

Piensa, si porque te amé
y te he dejado te indignas,
que todo el que una nuez parte
y la halla vana, la tira.

El amor y la fortuna
son pajarillos que vuelan:
cuando están fuera de alcance
en vano es tirarles flechas.

Esta carta encendió gran ira en el corazon de Paulina y llenó sus ojos de lágrimas. Sofía la vió llorar y la preguntó:—¿Por qué lloras el olvido de uno? ¿No ves como yo no lloro, yo, de quien nadie se acuerda?

II.

Paulina no quiso hacer caso de los consuelos de su hermana, y se encerró en su habitacion para llorar á solas. Sofía, compadecida de su afliccion, se fué tambien á su cuarto, y arrodillándose delante de la imágen de la Vírgen, la pidió con gran fervor que consolase á su hermana. Su oracion

debió llegar á los cielos; porque antes de que la terminára, un ángel se presentó á la pobre jóven y la dijo:—Yo soy el que ha presidido á tu nacimiento, y soy el que te ha hecho fea.

—El don no es muy de agradecer;—le contestó con candidez la jóven.

Pero el ángel la replicó:—Te engañas; merced á tu fealdad, no has pensado más que en cuidar del adorno de tu alma, que hoy es tan bella como las más bellas azucenas del Paraíso, mientras la de tu hermana, que sólo ha pensado en adornar su cuerpo, es una flor marchita, sin aroma y sin color. Tu hermana se casará el mismo dia que tú.

—Eso es decir que no se casará nunca.

—Mañana mismo pedirá tu mano un caballero, y debes aceptarle por esposo.

—Peró ¿cómo ha de amarme? Merced á tu don, no puedo ser amada.

—Toma este frasquito que está lleno de sal, echa de él todos los dias una parte en la comida de tu esposo, y llegará á amarte con delirio, si sigues siendo buena.

—Y mi hermana ¿será amada?

—La suerte de tu hermana está en sus manos; tendrá la que merezca.

Dicho esto, desapareció.

Al dia siguiente, como el ángel habia anunciado, un caballero llamado D. Félix, llegó á casa

de Gil Fernandez y pidió la mano de Sofía. Paulina no volvia de su asombro.—¿Será ciego ese caballero?—se preguntaba. —Pero D. Felix, que era jóven y guapo, tenia los ojos más claros y más hermosos del mundo. Cuando la boda estuvo ajustada, un dia que pudo hablar con él se atrevió Paulina á preguntarle:—¿De qué os habeis enamorado en mi hermana?

Y el caballero la contestó:—De su fealdad.

—No comprendo eso,—dijo riéndose Paulina;—aunque de gustos nada hay escrito.

—Pues fácil es de comprender,—repuso D. Félix, — sabiendo que soy muy partidario de la higiene.

—¿Y qué tiene que ver?...

—Permitidme que no os conteste de un modo directo; pero sabed que no cómo jamás, sino alimentos desagradables.

—¡Otro capricho!

—Otra cordura. Cuando se comen cosas agradables, el apetito se escita y se come más de lo necesario, cuando se comen cosas desagradables, se come á escitacion del hambre y sólo lo necesario. Esto es más higiénico.

La conversacion fué interrumpida por la llegada de un hermano de D. Félix que se llamaba D. Pedro, y Paulina olvidó en breve la boda de su hermana, porque D. Pedro la pidió en

matrimonio y tuvo que pensar en su boda propia.

Un mes despues, Paulina y D. Pedro, y Sofia y D. Félix volvian de la iglesia. Una muchacha del pueblo pasaba por la calle cantando:

Aunque me llamen fea,
yo no me enojo,
que las feas se llevan
los buenos mozos.

Paulina miró á D. Félix y á D. Pedro, y suspiró. Aunque D. Pedro era guapo, era mucho más guapo D. Félix.

III.

La verdadera causa de que Félix se casase con Sofía no habia sido la dicha á Paulina, sino un voto hecho en un naufragio. Al ver hundirse el buque en que venia de Cuba á España, y al saltar en una balsa improvisada, habia ofrecido á la Vírgen de la Misericordia casarse con la mujer más fea que encontrase en el término de un año, y la Vírgen habia hecho que la mujer más fea fuese la más buena. Su penitencia de este modo se habia convertido en un manantial de felicidad para él.

En losprimeros dias de su matrimonio, Sofía le

repugnaba, habia tratado de adornarla, de *rebocarla* á fuerza de cosméticos; pero todo era inútil. Su fealdad resaltaba siempre. Era un libro desagradable impreso con esmero, era una mala comida servida en buena vagilla. Sin embargo, una cosa notó desde luego, á saber, que su esposa era muy buena. Cada dia la encontraba un nuevo defecto físico; pero á la par la encontraba una nueva belleza moral, y como Sofía le echaba todos los dias en la comida un poco de la sal que la habia dado el ángel, íbase acostumbrando á los defectos físicos y olvidándolos, sin olvidar jamás las bellezas morales.

El primer mes decia:—¡Qué fea es!

El segundo:—¡Es fea, pero buena!

El tercero:—¡Qué buena es! ¡Lástima que sea tan fea!

El cuarto:—¡Qué buena es!

Y llegó un momento en que hasta se dijo:—La verdad es que no me parece fea.

De esto á adorarla no habia más que un paso. Los confiteros cuando admiten un mancebo le dejan comer todos los dulces que quiere, seguros de que á los cuatro dias están hartos de dulce, y mejor comen un escarabajo que un caramelo; pero lo que al principio desagrada, como uno llegue á aficionarse á ello, agrada siempre. ¿Quién por fumar mucho llega á aborrecer el tabaco?

¿Quién por beber mucha cerveza llega á aborrecerla? Así sucede con la fealdad. Quien se enamora de una persona hermosa puede olvidarla, pero nunca olvida el que se enamora de una fea. El autor francés de la fisiología del amor recuerda que una mujer muy hermosa tenia cierta predileccion por los jorobados, porque habia sido un jorobado su primer amante.

El matrimonio de Sofía y de Félix era, pues, el reverso de la mayor parte de los matrimonios. La luna roja alumbró su primer noche, y la luna de miel, siempre creciente, alumbraba las demás.

No sucedia así en el matrimonio de Paulina. La luna de miel habia sido un delirio de amor, pero habia pasado pronto. D. Pedro habia recordado aquello de

Mucho tiene que guardar
la de todos codiciada,

y se habia vuelto celoso. Paulina, pensando sólo en sí, creyéndose siempre demasiado bella y que su belleza debia bastar y sobrar á la felicidad de su marido, le encontraba contínuamente demasiado frio, y en fuerza de la costumbre se permitia juegos de galantería que en él exacerbaban los celos.

Su matrimonio llegó á ser una guerra doméstica, que de todas las guerras es la peor.

Sofía la vió una mañana entrar en su casa pálida, desencajada, con la cabellera suelta y el traje descompuesto.

—¡Sálvame!—esclamó Paulina cayendo de rodillas;—mi esposo me quiere matar.

—¿Por qué?

—Porque ha descubierto una correspondencia que yo mantenia con uno de mis antiguos amantes.

—No es esta la hora de las reconvenciones; pero ¿por qué has hecho eso?

—Tú tienes la culpa.

—¿Yo?

—Sí, tú. Ignoras que entre tus muchos defectos, está el de soñar alto. La víspera de nuestras bodas te oí repetir la conversacion que habias tenido con un ángel, corrí á tu cómoda, troqué el frasquito de sal que te habia dado por otro mio, y satisfecha con tener un talisman que me hiciera amar de mi marido me retiré á mi lecho; ¿pero sabes para qué me ha servido ese talisman? Para que mi esposo olvide mi hermosura, como el tuyo ha olvidado tu fealdad, y me entregue al fastidio. El fastidio es mal consejero; se me presentó aquel calavera, cuyo amor es irresistible como un torrente, y...

—Escúsate el dolor de una confesion vergonzosa; pero ¿cómo el mismo filtro que te ha hecho feliz ha podido hacerte desgraciada?

En este momento se iluminó el espacio con una luz desconocida, los objetos materiales perdieron su forma y las dos jóvenes creyeron encontrarse enmedio del espacio rodeadas de nubes melódicas, que brillaban en la oscuridad como diamantes insolados.

En lo alto apareció el ángel protector de Sofía, y dijo:—Vais á comprender el misterio con solo una palabra. El filtro que dí á Sofía se llama LA COSTUMBRE. La belleza deja de existir para el que se acostumbra á verla, y lo mismo sucede con la fealdad, porque ni una ni otra son más que sorpresas de la imaginacion. Paulina, tu porvenir es un convento; Sofía, sigue practicando la virtud y haz que tus hijas no olviden que la mujer más hermosa, si no es buena, llega á ser fea, y que la mujer más fea, si es buena, llega á parecer hermosa al hombre á quien ama. Haz que no olviden jamás que la verdadera belleza es la virtud.

IV.

Hermosas lectoras, este cuento tiende, como veis, á demostrar que nada conviene tanto á una

mujer como ser fea. Está justificada su publicacion con la de la *Dama de las Camelias* y otras obras semejantes. Si hay abogados de la fealdad moral, ¿por qué no los ha de haber de la física, que es ménos repugnante? Ahora, si mi leccion os ha convencido, desfiguraos todas el rostro como la famosa doña María Coronel.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

¿Quién de vosotros, lectores, ya seais pobres, ya seais ricos, no ha necesitado algunas veces más dinero del que tenia, y no se ha dicho á sí mismo:—¡Ah! ¡quién tuviese la piedra filosofal!

Pues yo os voy á descubrir el secreto de esa piedra. Estadme atentos, y os juro que antes de un cuarto de hora este asunto os será más familiar que á Calid, Artephio, Morieno Romano, el conde Trevisan, Zacarías, Colin Flamel, D. Alonso X de Castilla y tantos otros *adeptos y poseedores*.

I.

Al nacimiento del conde Herman asistieron tres hadas, y cada una de ellas hizo un regalo al recien nacido: la primera, le dió una bolsa, que

siempre estaba llena, por mucho dinero que de ella se sacase; la segunda, una sortija con una piedra preciosa que brillaba y alumbraba como la luna en la oscuridad; y la tercera, una túnica de amianto encantado, que ni el fuego ni el hierro podian romper.

La vida del conde fué larga, apacible y dichosa, y cuando murió, sus tres hijos, Heraclio, Federico y Guillermo, le elevaron un suntuoso sepulcro, en cuya lápida consignaron un recuerdo de sus virtudes. Ante este monumento, un anciano criado les mostró un pergamino en que el conde habia espresado su última voluntad, y que decia de este modo:

«Solo merecerá mi herencia aquel de mis hijos que consiga hacer la piedra filosofal, piedra que se compone de una materia que está en todas partes, que nada cuesta, que pueden alcanzar lo mismo el pobre que el rico, que tenemos ante los ojos constantemente, y que muy pocos saben escoger. La caja donde encierro mis talismanes no puede abrirse, sino con una llave de plomo convertida en oro por el contacto de la piedra filosofal.»

En vista de este testamento, los jóvenes se separaron citándose para el año siguiente en el sepulcro de su padre; y marchando cada uno de ellos por diverso camino, fueron á buscar á los

alquimistas más famosos, para que les iniciasen en la grande obra.

II.

La visita á los alquimistas fué inútil. Los tres jóvenes se convencieron en breve de que por medio de la alquimia no podia hacerse la famosa piedra. Los que escribian obras más estensas sobre este asunto, suponiéndose poseedores del secreto de Hermes, envolvian sus ideas simbólicas con tantos velos, que era imposible entenderles; pero reducidos á la estremidad, declaraban en confianza que su principal razon para ser oscuros, consistia en que nada entendian de la materia que trataban.

—¡La piedra filosofal!—decia un *maestro* á Guillermo, al acabar una cena suntuosa en que los vinos habian corrido con demasiada abundancia,—la piedra filosofal es un polvo que ha de poderse cristalizar y tomar la apariencia del esmalte; que ha de ser más fusible que la cera, y al mismo tiempo más resistente al fuego que el oro; que ha de sanar la lepra del alma y la del cuerpo; que ha de convertir en oro todos los metales, y que ha de preservar de la muerte. ¿Cómo podeis haber creido que eso exista? El hombre que poseyera semejante talisman, sería un Dios. Dejaos de piedras y contentaos con la filosofía, que nos en-

seña á pasar la vida lo más alegremente posible, á costa de la ignorancia y de la credulidad del pueblo.

—Los que decimos que poseemos la piedra filosofal,—decia otro maestro á Federico,—nos parecemos á los augures de la antigua Roma, no podemos mirarnos sin reirnos.

—La piedra filosofal,—decia un tercer maestro á Heraclio,—es como el ave Fénix; todos hablan de ella y nadie la ha visto.

Los tres jóvenes se encontraron en el camino de la casa paterna igualmente cabizbajos.—Nuestrò padre ha querido sin duda burlarse de nuestra credulidad,—dijeron los dos mayores;—para no dejarnos sus talismanes, ha puesto una condicion imposible al heredero. La piedra filosofal es una ficcion.

El más pequeño de los tres hermanos, el bello y sencillo Heraclio, dijo, sin embargo:—Yo tengo fé en mi padre, y no me resuelvo á creer que fueran una burla sus palabras. Espero todavía descubrir la piedra filosofal.

—Espera tambien la venida del Mesías,—le contestaron sus hermanos, riéndose; y como fuese ya entrada la noche y estuviesen en un bosque á dos jornadas de la casa paterna, ataron sus caballos á los árboles, tomaron una corta colacion y se durmieron sobre las flores y el césped.

III.

El bosque en que los tres hermanos se durmieron, estaba encantado, y cada árbol en él encerraba un alma, cada flor una ninfa, cada escavacion un trasgo jugueton y libertino.

Al mediar la noche, la luna se enrojeció primero, y se veló despues como una jóven honesta que presencia una orgia. Las ninfas saltaron de las flores y comenzaron una danza sólo comparable con la de las antiguas bacantes; las driadas entreabrieron las cortezas de los árboles y se asomaron para verlas, y los trasgos, sacando tambien la riente cabeza de sus escondrijos, comenzaron á cantar, á aplaudir, á silbar y á cojerlas la blanca falda cuando pasaban cerca de ellos, armando entre todos un estruendo infernal.

Los tres hermanos se despertaron y presenciaron esta escena, pero ninguno de ellos pudo moverse; estaban sometidos á la fuerza del encanto y parecian catalépticos.

De pronto tres jóvenes y bellas ninfas (digo jóvenes, porque así lo parecian, no porque lo fueran) se separaron del corro general y se acercaron á Heraclio.

—Yo,—dijo la primera,—tengo en una isla donde nunca se marchitan las flores, un palacio construido con rayos de sol y aromas, y en él

vive aquel ángel con quien soñabas en los bosques solitarios al empezar tu juventud.

—Yo,—dijo la segunda,—tengo una varita mágica, con la cual hago brotar oro, como Moisés agua de las peñas más rebeldes.

—Yo,—dijo la tercera,—tengo una copa que no se agota, con la cual brindo la alegría á todos mis adoradores.

Y las tres repitieron á coro:—Ven con nosotras.

Pero Heraclio las contestó:—El amor es como el arco íris, deslumbra de lejos, se le abraza y sólo se cojen lágrimas; con el oro se puede comprar todo, ménos la felicidad, y amar el vino que anonada nuestra alma, es amar la muerte. Seguid vuestro camino. Yo sólo amo la virtud.

Las tres damas se dirijieron en seguida á Guillermo, á quien dijeron lo mismo que á Heraclio, que las contestó:—Mi alma aspira á lo que no la podeis dar. Lama el arroyo el tallo de las flores, pero el águila vuele sobre la region del trueno y píntenla con rayos entre las garras. Seguid vuestro camino.

Pero cuando llegaron á Federico, este se levantó muy alegre, diciendo:—La vida es un dia, pasémosle feliz. Divirtámonos en la antesala de la tumba, cojamos las rosas antes de que se marchiten. Soy vuestro.

Y las siguió.

Le llevaron por una senda florida, por la cual volvian algunos ancianos decrépitos derramando lágrimas; pero Federico no reparó en ellos, y siguió marchando, hasta que se le perdió de vista. No sé, sin embargo, quién me ha dicho, que aun enmedio de su alegría, antes de que desapareciera, se habian visto sus ojos arrasados de lágrimas.

Poco despues, otra ninfa se separó del corro. Sus facciones eran varoniles, sus miembros robustos, su andar resuelto. Cubria su pecho una coraza, y una corona circundaba su frente, en que se observaban algunas manchas de sangre.

—Mi palacio es de hierro,—dijo á Heraclio,—se postran para acatar mi cetro todos los nacidos.

—Vete,—la contestó el jóven.—Yo no he nacido para hacer padecer á mis hermanos. Quiero ser médico y no verdugo. Busca en otra parte quien consienta en sacrificar la felicidad ajena á su necia vanidad.

En cambio, Guillermo se abalanzó á los piés de la ninfa, gritando:—Pídeme lo que quieras, mi sangre, mi alma, mi felicidad futura; pero concédeme tus favores. Llévame á tu palacio y manda en mí.

La ninfa le llevó consigo por una senda más pedregosa y más erizada de espinas que la senda de la virtud, y en la cual parecia que á cada paso que se daba la tierra rezumaba sangre y el aire

se llenaba de sollozos. Guillermo se fatigaba mucho al andar, pero radiaba de alegría.

Por último, una ninfa, que parecia hecha de hielo, coronada de espinas y llevando en la mano un ramo de violetas, pasó por delante de Heraclio, le miró y se sonrió tristemente.

Heraclio sintió dentro de sí que se despertaba no sé qué de divino, recordó la fisonomía de aquella ninfa como la de un ángel á quien hubiera amado antes de venir al mundo y poniéndose de pié la siguió.

La ninfa le llevó por una senda asperísima como la del Gólgota, hasta una cumbre muy elevada, en que habia unos jardines sólo comparables con los del Paraíso, y cuando hubo llegado á ellos le abrazó, le besó en la frente y le dijo:

—Esposo mio, no rompas nunca el lazo de mi amor, y tu felicidad no concluirá nunca. Soy la virtud, y mi dote es la piedra filosofal.

IV.

Pasó tiempo. Heraclio estaba en su castillo, rodeado de su esposa y sus hijos, en posesion de los talismanes de su padre, y pensaba en sus hermanos, á quienes no habia vuelto á ver desde la noche en que los tres se separaron en el bosque encantado.

—¿Qué será de ellos?—se preguntaba.

En este momento entró un criado á decirle que dos pordioseros, cada uno de los cuales venia por diverso lado, deseaban hablarle.

—Mi puerta está siempre abierta al desvalido, como lo está mi corazon,—dijo Heraclio.—Haz pasar á mis acreedores ante Dios.

Los dos mendigos parecian sexagenarios apoyados en sus báculos, entraron arrastrando los piés y respirando con fatiga como personas que están á punto de desfallecer por falta de alimento. Al ver á Heraclio, que los miraba con compasion, los ojos se les llenaron de lágrimas.

—¿No nos conoces?—le dijeron,—somos Federico y Guillermo, tus hermanos.

Heraclio no podia creer lo que oia. ¿Cómo aquellos ancianos podian ser sus hermanos, si él era aun jóven y robusto? ¿Cómo el tiempo habia tenido para ellos un reloj y otro para él? Sin embargo, á fuerza de examinarlos, conoció sus facciones y se arrojó en sus brazos llorando.

—¿Qué es lo que habeis hecho durante nuestra ausencia,—les preguntó,—y cómo os encuentro reducidos á un estado tan miserable?

—¡Ay!—dijo Federico, sentándose;—mi historia es muy triste. Creí que los placeres eran la felicidad; me lancé á ellos, y en el fondo de su copa he encontrado un veneno que ha abrasado mi alma y mi cuerpo. ¡Dichoso el que se abstiene!

—Yo,—dijo Guillermo,—creí que la felicidad era el poder. He poseido reinos y sido tirano, sin considerar que el preso y el carcelero son igualmente infelices, porque ambos viven en la cárcel. Un dia, no sé cómo ha sido, un viento subterráneo ha conmovido el suelo de mis Estados, las tumbas de mis víctimas se han abierto y sus espectros se han arrojado sobre mi palacio, destruyéndole y arrojando á los vientos sus cenizas; he tenido que huir, pidiendo limosna de puerta en puerta á aquellos mismos á quienes el dia antes azotaba como esclavos, y tenia en ménos que á mis perros de caza. ¡Dichosos los humildes!

—Hermanos mios,—dijo Heraclio.—La mar de la vida os ha tratado duramente, pero llegais á buen puerto. Poseo aquella piedra que salva los cuerpos y las almas, que vosotros os cansásteis de buscar y que yo encontré.

—¿Has encontrado la piedra filosofal?—esclamaron los dos hermanos admirados.

—Sí,—contestó Heraclio;—pero no se hace en los antros de la alquimia. ¿No recordais que la doctrina de Zenon escuda al hombre contra el dolor y le hace vivir dichoso en la miseria, en los tormentos, en la abyeccion? Esa doctrina no era mas que el busto marmóreo de la estátua; el cristianismo, con un rayo del cielo, la ha purificado y animado. Hoy esa doctrina es celestial. Los filó-

sofos de la Edad Media, adoradores del lenguaje simbólico, porque lo eran de la poesía, simbolizaron la filosofía en una piedra, para significar su dureza y su inmovilidad enmedio del embate de las olas del mundo.

Dijeron que estaba en todas partes y que era accesible al pobre como al rico, porque en todas partes y en todas las condiciones, la razon puede enseñarnos el camino de la virtud; dijeron que trocaba todos los metales en oro, porque convierte en méritos todos los sucesos de la vida; dijeron que la teníamos siempre ante nuestros ojos, porque nos la enseña en todas sus páginas el libro de la naturaleza; dijeron que quitaba la lepra del alma, porque la purifica, y dijeron que preservaba de la muerte, porque para el alma del hombre virtuoso el sepulcro no es más que la puerta de la eterna felicidad. Yo os comunicaré esta piedra, yo os sanaré con ella, y así como os burlareis de los que han tomado en un sentido material, un símbolo poético de los más claros, aprendereis con mi ejemplo á utilizar la vida, cuyo uso es dulce, pero cuyo abuso es doloroso, porque es opuesto á la voluntad de Dios.

V.

Los hermanos de Heraclio se propusieron, en efecto, curarse de sus enfermedades físicas y morales

con la piedra filosofal; pero no hubo tiempo de aplicársela, porque murieron antes. Heraclio los lloró mucho, y se aplicó cada vez con más esmero á la doctrina sagrada que tantos bienes le habia granjeado y le habia libertado de tantos peligros.

La llave con que abrió el cofrecillo en que su padre encerraba los talismanes se conserva aun, y los talismanes permanecen en la misma caja. Si creeis, lectores, que esos talismanes pueden seros útiles, buscad la llave y serán vuestros.

Si ahora me preguntais dónde podreis encontrar esa llave, os responderé que en un sitio que teneis muy cerca de vosotros: buscadla en vuestra conciencia.

LA CALUMNIA.

I.

Váyanse al diablo la geografía y la cronología; jamás he sabido recordar un lugar ni una fecha: así, pues, todas las indicaciones que puedo hacer para precisar el tiempo y el lugar de mi relacion, se reducen á decir que se refiere á un hecho ocurrido en Europa y á principios del siglo XVIII.

Una hermosa mañana de primavera, lord X***, viajero inglés, alto, delgado, blanco, rubio y escéntrico como todos los ingleses de novela, oculto detrás de las cortinillas del balcon de su alojamiento, se entretenia en mirar á una jóven que en la casa de enfrente estaba regando sus tiestos.

La jóven era, en verdad, digna de ser mirada. Jamás los pinceles de Rafael dibujaron un rostro tan hermoso y tan virginal; su tez de azucena y

rosa, sus dorados cabellos, sus lábios delgados y purpurinos, sus ojos melancólicos, su frente despejada, todo la asemejaba á una de esas creaciones de los poetas, para las cuales no buscan modelos en la tierra, sino en los ángeles del cielo, su patria siempre amada. No era una mujer, era la encarnacion de una melodía celestial.

El inglés decia para sí: — Estoy á punto de cumplir cuarenta años, y empiezan á cansarme los viajes; pero solo en el mundo, solo como un hongo, ¿qué haré, si no viajo? ¿Ahorcarme en mi jardin inglés en que se ahorcó mi padre, habiéndose ahorcado antes mi abuelo y antes mi bisabuelo? Todos ellos se ahorcaron á los cincuenta y cinco años, cinco dias, cinco horas y cinco minutos; yo no he de romper la tradicion. Además, de que cada uno de ellos cuando se ahorcó dejó un hijo que le heredase, y yo no tengo ninguno; debo, pues, casarme, tener hijos, y esperar mi hora al pié del pino tradicional. Y dado que me case, ¿no es mejor hacerlo con una mujer bonita que con una fea? Esa muchacha que cuida de sus flores vale más por sí sola, que todos mis caballos juntos. Es pobre, á juzgar por su traje, y si su alma se asemeja á su rostro, debe ser un ángel de bondad. Sin embargo, en estas cosas no conviene fiarse de las apariencias, sino tomar informes. Tomémoslos, pues, empezando por el interroga-

torio de la persona más curiosa y más habladora que conozco en todo el barrio, y plegue á Dios que salga todo como deseo.

Tendió la mano, y sin dejar de mirar á la jóven, tiró del cordon de la campanilla.

La patrona se presentó.

Era una mujer de la edad incierta que se llama *cierta edad,* bastante bien conservada, y de facciones vulgares. Vulgar era tambien su inteligencia, cuyo punto saliente, por decirlo así, era la supersticion. Una gitana la habia predicho que su hija se casaria con un inglés muy rico, y esto bastó para que mirara en lord X*** un futuro yerno, y esperara de un momento á otro oirle pedir la no siempre blanca mano de Caralampia, que si no fuera porque sus ojos eran pequeños como lentejas, su nariz gruesa y colorada como nna remolacha, su color de pan de municion, y su cuerpo algo torcido, rivalizaria en belleza con la mismísima Elena.

—Señora Dionisia,—dijo lord X***,—¿quién es esa jóven que está regando los tiestos allí enfrente?

Dionisia se acercó al balcon, y admirándose de la pregunta, contestó:

—Es María, la costurera, una pobre muchacha huérfana, que no tiene más propiedades que sus agujas.

—Yo soy rico para los dos,—murmuró lord X***.

Dionisia le miró aterrada. Su castillo de naipes se derrumbaba.

—Y decid,—prosiguió lord X***,—¿es honrada?

La más ligera mancha no empañaba la reputacion de María, paloma virginal digna de anidar entre las palomas del paraíso; pero Dionisia no pensaba sino en su hija y en la prediccion de la gitana, así es que contestó con tono incisivo:

—En cuanto á eso...

—¿Qué?—preguntó el inglés.

—Nada...

—Decid si sabeis algo, creed que me importa saberlo.

—Nada, yo no debo murmurar de nadie.

—Pero sí decir verdad cuando se os pregunta.

—Disimuladme, señor, no diré nada, otros os informarán.

—Sois una buena mujer,—dijo el inglés, despues de una pausa;— id con Dios. Lo dicho me basta. Me ahorcaré soltero.

Y se separó de la ventana.

Un momento despues cerró la suya María, muy ajena de creer que acababa de jugarse su porvenir, y que merced á una trampa de su vecina, le habia perdido.

II.

Lord X*** continuó su viaje al dia siguiente; Caralampia, la hija de Dionisia, se casó, no con

un inglés rico, sino con un pobre molinero que tenia la costumbre inglesa de emborracharse diariamente, y que cada vez que se emborrachaba sacudia una paliza á su mujer; y Dionisia, despues de haber gastado cuanto tenia en socorrer á su hija, fué echada de casa por su yerno, y tuvo que mendigar su sustento de puerta en puerta.

María vió su miseria, se compadeció de ella, y la dijo:—Venid á mi casa, os miraré como si fuérais mi madre.—Y la llevó á su casa, y trabajó dia y noche para sustentarla; pero el esceso del trabajo la hizo enfermar, y al poco tiempo murió.

Los ángeles en el mundo
Están mal, y se van presto,

ha dicho un poeta. Dionisia, desde aquel momento, no pudo sosegar El recuerdo de su calumnia, y el no menos vivo de María, que la habia sacrificado su vida, la perseguian por todas partes. Un dia entró en una iglesia, y postrándose á los piés de un confesonario, pidió consuelos á un sacerdote, confiándole su remordimiento.

—Tu culpa es muy grande,—la dijo el sacerdote;—pero mayor es la misericordia divina. Vé esta noche á las doce al templo en que descansan los restos de María, y ora por el descanso de su alma. Esta es la penitencia que te impongo por tu pecado.

Dionisia, más consolada, aunque bastante agitada por el temor, esperó la noche para cumplir su penitencia.

III.

El templo en que debia cumplirla, era uno de esos poemas de piedra de la Edad Media que admiran al arte moderno, impotente para imitarlos. Todo en él respiraba la idea de la divinidad relacionada con la humanidad. Mirándole desde fuera un estranjero ignorante de nuestra religion, hubiera leido el misterio sublime de la fé cristiana con sólo haberle visto de noche, cuando elevándose sobre la ciudad como el ángel de la fé dejaba caer el eco de la fúnebre campana desde lo alto de sus góticas torres terminadas en cruces de flores, que indicaban que el alma religiosa reserva para el cielo los aromas de su pureza. Y penetrando en su recinto, mirando á la luz de la lámpara, eterna como la conciencia, aquellas altas naves en que la pintura y la escultura aparecian como humildes esclavas de la arquitectura, aquellas columnas semejantes á los elevados cedros del monte sagrado, aquellas bóvedas oscuras, aquellas enverjadas capillas, aquellos altares dorados, aquel pavimento compuesto de losas de tumbas, ¿quién no se sentiria conmovido de religioso pavor?

Al llegar á la puerta del templo, Dionisia se

detuvo vacilante. Parecíale que las molduras estaban animadas, que las sagradas efigies de los altares y de las ojivas la miraban con enojo, y sobre todo la oscuridad de las naves la infundia un miedo indeterminado á peligros desconocidos.

Oró brevemente, se animó y marchó. Su paso resbalando por las losas, la parecia el siseo de la ronda del *sábado*.

Al llegar á la tumba de María, se arrodilló, y volvió á orar con los ojos cerrados, por miedo á una aparicion; pero su precaucion fué inútil. Sus párpados dejaron de interceptar la luz, y al través de ellos, como al través de trasparentes cristales, vió abrirse la tumba y levantarse á la jóven, adornada con un lucidísimo traje blanco y coronada de rosas, blancas tambien. Brillaba en sus lábios la flor de una dulce sonrisa, pero su mirada era siempre melancólica.

—¡Perdon,—murmuró Dionisia, aunque María no la miraba enojada;—perdon, señora, por el daño que os he hecho; bastante castigada estoy!

—No es á mí á quien has hecho el daño,—murmuró María, con una voz tan dulce como las melodías del paraíso;—no es á mí. Yo sufrí en la tierra, pero por eso mismo es mayor en el cielo mi felicidad: ¿qué importa un dia de lágrimas, si con él se compra una eternidad de ventura? Los daños que has hecho á los otros los vas á ver.

En este momento tres personas más se levantaron de la tumba de María. Eran tres hombres, uno ceñia la toga, otro el sayal del misionero, y el último parecia ocupado en analizar unas yerbas que tenia recojidas en un paño de su túnica.

—Hubieran sido mis hijos, —suspiró María,— tres corazones más para amar á Dios.

—Yo,—dijo el primero,—hubiera guardado el santuario de la justicia, y arrancando la cizaña del campo de la patria, le hubiera abonado para producir los frutos más ópimos.

—Yo,—dijo el segundo,—hubiese enseñado la fé á pueblos enteros que gimen en la ignorancia, y abierto las puertas del cielo á desgraciados que esperan aun por largo tiempo quien rompa los grillos con que los tiene sujetos el rey de las tinieblas.

—Yo,—dijo el tercero,—hubiese sido médico, y enseñado á curar males que se creen incurables.

Y todos tres, volviéndose indignados á Dionisia, unieron sus voces para gritar tres veces: «¡Maldita seas!»

Y pareció que millares de voces repetian entre las sombras la solemne maldicion.

Dionisia apenas alentaba.

Por fin, haciendo un esfuerzo titánico, murmuró con voz apagada:—¡Perdon, perdon! ¿qué he de hacer para reparar el mal que he causado?

—¡Repararle!—murmuró María,—¡repararle!

Cojió una copa de oro llena de agua, y presentándosela á Dionisia, la dijo:—Derrama esa agua en el suelo.

Dionisia obedeció.

—Ahora,—añadió María,—tórnala á cojer.

—Las junturas de la losa la han embebido; es imposible cojerla.

—Pues así sucede con la calumnia; todos pueden derramarla, nadie recojerla; y para aspirar al perdon del mal que se ha causado, es preciso ante todo procurar resarcirle.

Y la vision desapareció.

Dionisia cayó desmayada, y cuando al dia siguiente la recojieron y la preguntaron lo que le habia ocurrido, no pudo contestar... estaba loca.

POR FALTA DE ORTOGRAFÍA.

PRÓLOGO.

Antes de comenzar la relacion de este cuento, debo dar gracias por sus fecundos trabajos á Guttemberg y al doctor Fausto, á quien en el asilo del sepulcro han dejado en paz los enemigos de la luz. Si la imprenta no estuviera en uso, mi cuento (y digo mal, pues no es mio) careceria de moralidad. Está destinado á probar la necesidad de la ortografía. Cuando yo era niño (¡ay Dios, cuántos años hace!) me le contó mi maestro de escuela, para aficionarme á esta parte del estudio de la gramática; pero produjo en mi alma tan poco fruto su enseñanza, que mis manuscritos, en cuanto á la parte material, pueden compararse con los de Cervantes. Si en manuscrito se leyera mi cuento, como lo leerán los cajistas, todos dirian, pues, que era inútil; pero se leerá impreso, autografiado por el cor-

rector de pruebas, y se podrá creer que su moralidad produce resultados. ¡Benditos sean, repito, los inventores de la imprenta, que me salvan de este apuro!

Basta de proemio.

I.

Doña Pacífica Lilaila, viuda de D. Leon Botafuego, era una escelente señora que, aunque baja de cuerpo, pesaba once arrobas y media, y tenia las tres hijas más feas y más deseosas de casarse que madre pobre ha tenido. Era la mayor Casimira, tan seca como un espárrago y tan amarilla como el pergamino de un libro viejo. Desde la punta del pié hasta la raiz del cuello, tendria apenas una vara de estatura; pero desde la raiz del cuello hasta lo alto de la frente, bién tendria sus cinco cuartas. En cambio, la cara, del tamaño y corte de un tomate grande, á no ser porque no se encontraba en ella vestigio alguno de nariz ni mirándola con microscopio; á no ser porque la boca que la cortaba, formando una onda de oreja á oreja, ostentaba (tras unos lábios sin color) unos dientes torcidos y desiguales adornados con todos los colores del íris; á no ser porque la raiz del pelo empezaba precisamente donde concluian las cejas, y á no ser porque los ojos de color de ceniza se escondian

como lagartijas entre las piedras en unos agujeritos abiertos á punzon sobre los pómulos salientes, hubiera compensado con su belleza todas las faltas del cuerpo.

En punto á inteligencia é instruccion, no tuvo jamás igual. Cierto es, que no sabia coser un punto de media, ni hacer una jícara de chocolate; pero sus adelantos literarios habian sido tales, que en menos de doce años de constante aplicacion, habia aprendido á leer casi de corrido y á medio escribir su nombre, por cuya razon su madre, que no recordaba otro ejemplo de semejante despejo en toda la larga historia de su familia, la miraba como la joya de la casa, y se extasiaba oyéndola hablar de ciencias filosóficas y políticas, que eran su fuerte, sobre todo cuando exponia la moderna teoría de los que consideran las necesidades humanas como derechos y piden al Estado que las satisfaga siempre.

—Si este sistema se adoptase,—decia la niña,—¡cuánto mejor sería nuestra suerte! Casarse es una necesidad natural y una necesidad muy apremiante para nosotras. ¡Adoptado este sistema, nos bastaria echar un memorial al Gobierno para que se nos concediese un marido de real órden, y no un marido como quiera, sino hecho de encargo y con todas las condiciones morales y físicas apetecibles en algun taller nacional, y no que ahora corremos

tanto riesgo de morirnos de viejas y ser enterradas con palma!

Y cuando esto exponia, su mamá y sus hermanitas la abrazaban suspirando y diciendo: —¡Qué lástima que no seas hombre y no te hayan hecho ministro!

La segunda hija (Julia) no era tan gallarda ni tan despejada como su hermana; algo más chata, más larga de cuello y más corta de cuerpo, parecíase á ella como nuestra sombra se nos parece. Su lectura favorita era la escena de la comedia de Shakspeare titulada: «Lo que acaba bien es bueno,» en que el gracioso habla á la dama contra la doncellez; el tema constante de su conversacion era la inmoralidad que corroe la sociedad de nuestro tiempo.

—Hay mujer,—decia,—que tiene seis amantes, además de su marido; así ¡ya se vé!

No hallan otras un galan
Por un ojo de la cara.

Lo justo sería que á todo hombre que cumpliese veinticinco años se le obligase á tomar seis mujeres, para que no quedase ninguna soltera.

La tercera (Rosa), aunque más fea y más nécia que sus hermanas, se distinguia de todas ellas por ser la única que habia tenido un novio. Un inglés, admirado de su fealdad, habia pretendido comple-

tar con ella su museo de cosas raras; pero al dia siguiente de pedirla por esposa, despues de haberse bebido quince botellas de ron en una cena, sucumbió entre las torturas de una combustion espontánea, dejando maravillados con tan triste fin á sus amigos, que decian:

—¡Qué cosa más estraordinaria! ¡Haber muerto de esa enfermedad, precisamente cuando habia abandonado el vicio de la bebida! No beber más que quince botellas de ron en una cena, era en él una prueba de decadencia. En sus buenos tiempos eso no hubiera sido para él, sino enjuagarse la boca para empezar á beber. Dios le haya perdonado.

En cuanto á la parte moral, doña Pacífica era un alma de Dios, que comia por cuatro, dormia por seis, adoraba á sus hijas y no se enfadaba jamás. En cambio, sus hijas eran de génio tan díscolo, que habiendo nacido y viviendo en la calle de las Sierpes, los niños del barrio, predispuestos á ser acometidos por la peligrosa enfermedad que se llama *erudicion*, presumian que habrian sido las madrinas de la calle.

II.

Las hijas de doña Pacífica apenas dormian. Desde antes de amanecer hasta más de media noche

hacian centinela en el balcon, esperando, con la proverbial cachaza de los pescadores de caña, que algun novio prendiese en el anzuelo de su hermosura. Pero pasaba la primavera y se marchitaban sus flores, sin que la de un requiebro fuese ofrecida á semejantes deidades; pasaba el verano con sus calores, y las tres mal-solteras no podian encender una pasion.

Pasaba el otoño con sus frutos, y la esperanza de las tres niñas no daba fruto alguno, y cuando llegaba el tiempo en que los gatos maullan por los tejados, doña Pacífica, tosiendo, gritaba desde la cama:

—Niñas, niñas, que ya es muy tarde, entraos y acostaos, no sea que os dé una pulmonía,

Que el aire de Madrid
Mata á una persona
Y no mata un candil.

Pero las niñas contestaban, echando chispas:

—Déjanos, mamá, que tenemos demasiado calor.

Un dia (era martes, pero ¿quién cree en agüeros?) ocurrió un gran acontecimiento en casa de doña Pacífica. Un jóven guapo y elegante amaneció como llovido del cielo en la esquina de la calle de las Sierpes, asestando sus lentes á la susodicha casa.

tar con ella su museo de cosas raras; pero al dia siguiente de pedirla por esposa, despues de haberse bebido quince botellas de ron en una cena, sucumbió entre las torturas de una combustion espontánea, dejando maravillados con tan triste fin á sus amigos, que decian:

—¡Qué cosa más estraordinaria! ¡Haber muerto de esa enfermedad, precisamente cuando habia abandonado el vicio de la bebida! No beber más que quince botellas de ron en una cena, era en él una prueba de decadencia. En sus buenos tiempos eso no hubiera sido para él, sino enjuagarse la boca para empezar á beber. Dios le haya perdonado.

En cuanto á la parte moral, doña Pacífica era un alma de Dios, que comia por cuatro, dormia por seis, adoraba á sus hijas y no se enfadaba jamás. En cambio, sus hijas eran de génio tan díscolo, que habiendo nacido y viviendo en la calle de las Sierpes, los niños del barrio, predispuestos á ser acometidos por la peligrosa enfermedad que se llama *erudicion*, presumian que habrian sido las madrinas de la calle.

II.

Las hijas de doña Pacífica apenas dormian. Desde antes de amanecer hasta más de media noche

hacian centinela en el balcon, esperando, con la proverbial cachaza de los pescadores de caña, que algun novio prendiese en el anzuelo de su hermosura. Pero pasaba la primavera y se marchitaban sus flores, sin que la de un requiebro fuese ofrecida á semejantes deidades; pasaba el verano con sus calores, y las tres mal-solteras no podian encender una pasion.

Pasaba el otoño con sus frutos, y la esperanza de las tres niñas no daba fruto alguno, y cuando llegaba el tiempo en que los gatos maullan por los tejados, doña Pacífica, tosiendo, gritaba desde la cama:

—Niñas, niñas, que ya es muy tarde, entraos y acostaos, no sea que os dé una pulmonía,

Que el aire de Madrid
Mata á una persona
Y no mata un candil.

Pero las niñas contestaban, echando chispas:

—Déjanos, mamá, que tenemos demasiado calor.

Un dia (era martes, pero ¿quién cree en agüeros?) ocurrió un gran acontecimiento en casa de doña Pacífica. Un jóven guapo y elegante amaneció como llovido del cielo en la esquina de la calle de las Sierpes, asestando sus lentes á la susodicha casa.

—Ya ha caido una mosca en nuestra tela de araña,—esclamaron al verle las tres jóvenes; y el cesante á quien toca la lotería y el náufrago que gana la orilla hubieran envidiado su felicidad.

No habia duda. El mancebo no apartaba los lentes del balcon, y se sonreia y hacía señitas á una; pero ¿á quién? Esta era la duda, y por no tenerla, cada una de las hermanas se hubiera comido de muy buena gana á las otras dos.

Doña Pacífica, llamada á participar de la comun alegría, decidió prudentemente que las niñas se retirasen un momento del balcon y saliesen luego una á una para ver á cuál iban dirijidas las señas.

Salió la mayor, y á los pocos momentos entró saltando y gritando, loca de alegría:

—Es á mí, es á mí. Se ha sonreido y se ha llevado la mano al pecho, como diciéndome, que yo reino en él.

Pero la segunda, que habia salido con la más pequeña, al ver entrar á su hermana, apareció tan contenta como ella, diciendo:

—No es sino á mí á quien se dirije; hablando con los dedos me ha dicho: «Yo te amo.»

Y la más pequeña se presentó detrás, diciendo:

—No seais nécias; á mí por señas me ha dicho: «yo te adoro,» y además, me ha enviado un beso.

—¿Si estará enamorado de las tres?—dijo juiciosamente doña Pacífica.—Cuidado, niñas, que

puede ser algun turco disfrazado, y en España no se permite á un hombre tomar tres mujeres.

—Nos iremos á Turquía;—respondieron á una voz las tres niñas que, por casarse, se hubieran ido al infierno.

Y doña Pacífica las abrazó, diciendo:

—Quizá eso será lo mejor, porque así las tres os casareis en un dia, y entre aquellas gentes, que en vista del consumo escesivo que de ellas hacen, deben estar faltos de mujeres, ¿quién sabe si yo tambien encontraré un acomodo?

III.

El galan misterioso siguió acudiendo á la esquina de la calle, con la regularidad con que el sol acude al horizonte, por espacio de algunos dias. Las tres niñas y la mamá procuraban en vano adivinar á quién ofrecia sus homenages; las tres niñas los recibian por igual, y una mañana que la mamá estaba sola en el balcon, el galan la hizo unas señas de afecto tan espresivas, que sublevaron su pudor y la obligaron á retirarse.

—Este hombre,—llegó á pensar la mamá,—no ama á una mujer, sino á toda la familia. ¡A menos que no sea corto de vista y nos confunda á todas!

Una mañana se creyó resuelto el problema;

pero lo que parecia su resolucion, sólo sirvió para aumentar las confusiones. Al abrir el balcon las hijas de doña Pacífica, encontraron en él una cartita en papel vitela con su orlita floreada y un perro pachon por timbre, en la cual en letra clara y digna de Iturzaeta, brillaba la siguiente décima, digna de Rabadan, bajo el epígrafe de: «A quien amo yo.»

Es Casimira horrorosa
Julia es un rinoceronte
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiera Rosa
A tí quiero por esposa
Estrella del alma mia
Y pese á tu madre impía
Hoy te espero por la noche
En la esquina con un coche
Para casarnos—*Buendía.*

Como se vé, en esta décima, los puntos y las comas brillaban por su ausencia. El autor habia creido que no se necesitaban, por ser la carta de confianza; pero las curiosas muchachas tardaron poco en dejar de compartir su creencia.

Apenas habia acabado doña Pacífica de leer, cuando las tres niñas esclamaron:

—¡Qué lindos versos! Bien decia yo que se dirijia á mí.

Y volviéndose cada una á sus dos hermanas, preguntó enseguida con estupefaccion:—¿Cómo á vosotras?

—Claro está que habla conmigo,—dijo Casimira;—¿no lo veis? dice:

Es, Casimira, horrorosa
Julia; es un rinoceronte,
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiera Rosa.
A tí quiero por esposa, etc.

A quien quiere por esposa es á mí y á vosotras os trata de una manera que os suplico le perdoneis, porque la pasion quita el conocimiento.

—Es verdad;—dijo doña Pacífica.

—No hay tal,—gritó Julia, cojiendo el papel;—es que no sabeis leer. La décima dice:

Es Casimira horrorosa,
Julia, es un rinoceronte
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiera Rosa.

A quien se dirije es á mí, y á vosotras os pone como un trapo.

—Es verdad;—repitió doña Pacífica.

—¿Cómo verdad?—chilló Rosa.—Eso se lee así:

Es Casimira horrorosa,
Julia es un rinoceronte
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiera. Rosa,
A tí quiero por esposa.

—¿Veis como á quien quiere por esposa es únicamente á mí? ¿Veis como á vosotras os desdeña?

—Es verdad,—dijo aun doña Pacífica; y mientras tanto las tres niñas, sobre si era una ú otra la preferida, empezaron una de arañazos y de tirones de pelo, que ni en el Rastro, sin que por esto se incomodase la mamá, que tranquilamente sentada y tomando un polvo murmuraba como quien reza el rosario:—Vamos, paz, paz, y no os hagais daño, que todo se aclarará.

IV.

Aquella noche, en efecto, se aclaró todo. No siempre la noche ha de traer las sombras; la de aquel dia trajo la luz.

Serian apenas las diez, cuando un coche se detuvo en la esquina de la calle de las Sierpes, y un jóven, el jóven consabido, sacó la cabeza por la ventanilla.

Las tres hermanas se precipitaron á la portezuela gritando:

—¿No es verdad que es á mí á quien quieres robar?

En tanto que la madre apresurando el paso cuanto su obesidad le permitia las seguia diciendo:

—Esperad, esperad, niñas, y no os vayais sin mí, que quiero que tambien me roben.

Pero en este momento otra mujer cubierto el rostro con un velo, atravesó por medio del grupo, penetró en el carruaje, donde el desconocido la recibió con los brazos abiertos, diciendo:—¡Estrella mia!—y los caballos partieron al galope.

V.

Encima del cuarto de doña Pacífica vivia otra viuda con una hija muy hermosa que se llamaba Estrella. A esta jóven amaba el desconocido, y ella le correspondia; á ella iban dirijidas las señas que Casimira, Julia y Rosa tomaban para sí; á ella iba dirijido el billete, en que el galan satisfacia los celos de su amada que se habia alarmado al ver los estremos de sus vecinas. Habiendo caido el papel en el balcon de doña Pacífica, el galan no osó reclamarle, recordando las injurias que en él dirijia á las hijas de esta señora y escribió otro que llegó felizmente á su destino.

Casimira, Julia y Rosa, al saber esto, comprendieron que la carta debia leerse de este modo:

Es Casimira horrorosa,
Julia es un rinoceronte,
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiera Rosa.
A tí quiero por esposa,
Estrella, etc.

Y las tres muchachas decidieron no volver á tener amores con quien no escribiese con la mayor correccion ortográfica.

Lo malo fué que, segun la crónica, no debieron encontrar quien escribiera con esa correccion, pues las tres murieron solteras, hablando cada una de dos ó tres docenas de novios que habian desdeñado y que nadie pudo averiguar quiénes fuesen.

ROSA Y MARÍA.

I.

A la hora perezosa de la siesta cuando el resplandor del sol amortiguaba blanqueándole el límpido azul del cielo y el campo amarillento abrasaba las plantas del viajero como una plancha de bronce caldeado, á la sombra de unos árboles copudos y al lado de una fuente rústica, dos jóvenes aldeanas conversaban alegremente confiándose sus amores, recordando los detalles de la última fiesta del pueblo y prometiéndose nuevos triunfos para el baile del próximo dia de fiesta.

La mayor, que se llamaba Rosa, y era hija de un acomodado labrador, no poseia la hermosura de las estátuas griegas ni de las vírgenes de Rafael, pero sus facciones fuertemente pronunciadas, sus negros ojos rasgados que centelleaban como las

nubes de una noche de tempestad, su cabellera de ébano, su tez morena, bajo la cual parecia latir en vez de sangre la lava de los volcanes, y su boca de quien hubiera dicho Byron como de la de la gaditana que era un nido de besos prontos á volar, tenia para quien la miraba un atractivo irresistible, la fascinacion del abismo.

En cambio la otra que se llamaba María, y que era más pobre aun, si recordaba á los poetas que la veian el tipo sublime de aquella Beatriz que refleja su hermosura en las estrofas del Dante como un lucero en las ondas de un torrente; si sus ojos color de cielo, sus cabellos de oro, su tez de nieve, su talle esbelto y flexible como el de la palma enamoraban los sentidos imponiéndoles al mismo tiempo respeto; si era una lira de oro que pulsada por el amor solo podia exhalar un himno de pureza y pulsada por la desgracia un himno de abnegacion, por su misma pureza atraia ménos, por su misma perfeccion era ménos seductora; que siempre (y esto indica cuanto nos falta por conocer del mundo moral) la dulzura de la bondad seduce ménos, si bien seduce por más tiempo que la energía de la pasion. Rosa estaba acabando de llenar su cántaro, y María, lleno ya el suyo, la esperaba.

De improviso ambas jóvenes sintieron ruido de pisadas; volvieron la cabeza y vieron á un anciano

mendigo que cubierto de sudor y apoyado en un báculo grosero se acercaba á ellas y decia dirijiéndose á Rosa:

—Niña de los ojos negros, ¿quieres darme un poco de agua de tu cantarillo?

Rosa le miró de pies á cabeza y observando que estaba muy desaseado, le contestó:—Franco tiene el caño de la fuente; beba si quiere y no tema que se agote, que mi cantarillo no se ha hecho para que sus labios le ensucien.

Y cojiendo su cántaro tomó el camino de su casa.

El mendigo la dirijió una mirada que encerraba un poema de dolor y de ternura, y murmuró viéndola alejarse:—Tu corazon es tan duro como los pedernales que me han herido los piés. ¡*Déte Dios un buen marido*!

Despues volviéndose hácia María añadió:

—Niña de los ojos azules, tengo una pierna enferma y no puedo bajarme á beber en la fuente, ¿quieres darme un poco de agua de tu cantarillo?

Aun no habia acabado de formular su peticion cuando ya María, alegre y contenta, la estaba satisfaciendo.

El mendigo la dirijió una mirada de reconocimiento; despues cuando acabó de beber, la dijo con voz aun más dulce, con una voz que parecia

una caricia:—Niña de los cabellos de oro y los ojos azules, tu alma es aun más hermosa que tu rostro: *Dios te dará un mal marido.*

María, que al empezar á hablar el anciano habia bajado los ojos, los levantó con sorpresa; pero el anciano ya no estaba allí: se habia desvanecido como el engendro de un sueño. Entonces el asombro de María se trocó en espanto.—Muchas veces he oido decir,—pensó santiguándose,—que Cristo se disfraza de mendigo y que por eso lo que se da á los pobres Dios lo recibe; pero este mendigo ha bendecido á la que le trataba mal y maldecido á la que le trataba bien; ¿si será algun rey de las tinieblas?

II.

Pasaron años; Rosa y María se casaron. Rosa con un hombre de quien se habia enamorado; María con otro que se habia enamorado de ella.

El esposo de Rosa era el más á propósito para labrar la felicidad de una mujer. Sanson hablaba de un leon que tenia un panal en la boca; pero él era un leon que tenia un panal en el pecho. Nunca tanta energía varonil se habia unido á tanta dulzura.

El esposo de María por el contrario, era uno de

esos hombres que esclavos en sociedad son tiranos en su casa. Sus pasiones eran violentas é inconstantes, su egoismo repugnante, como el de todas las inteligencias mezquinas. El esposo de Rosa tenia que dominar á su mujer como un domador á una fiera; María era la víctima silenciosa de las tiranías de su esposo.

Imitando á la violeta que baña con su más suave perfume el pié del caminante que la pisa, María rodeaba de felicidad á su marido muriendo por él, pero no por eso dejaba de morir. Un dia, desfallecida de dolor, tuvo una especie de ensueño en que vió aquel mismo mendigo que le habia profetizado un mal esposo, y le vió señalándola una roca que el paso de un arroyo carcomia quitándola todas sus asperezas. Al mismo tiempo el esposo de Rosa veia en sueños á un ginete que domaba un caballo salvaje.

Ambos aprendieron una leccion en aquellos sueños.

Al despertar María se dijo:—Yo salvaré y haré feliz á mi esposo.—Y el esposo de Rosa esclamó: —Yo, como Pigmaleon, animaré el hermoso mármol que me ha tocado por mujer.

III.

Pasaron años aun.

El esposo de María yacia en el lecho moribundo.

Sus desórdenes que le habian robado la salud, habian al mismo tiempo rodeado de miseria á su familia. Solamente su esposa velaba á su cabecera, y él, que por remordimiento no se atrevia á bendecirla, la repelia como repele el criminal á su conciencia.

Un golpe sonó á la puerta; María abrió y entró un jóven lujosamente vestido.

—Querido padre, dijo corriendo á abrazar al enfermo; hace tres años que salí de casa á buscar fortuna y como mi madre me habia enseñado la bondad, aunque he tenido que trabajar mucho, marchando siempre por el camino recto la he encontrado. En la ciencia de la vida como en las ciencias exactas, la línea recta es siempre la más corta. Los que no son hombres de bien no lo son sino por ignorancia; que si los más malos supieran las ventajas de la virtud, la profesarian por picardía. Os traigo la riqueza.

Volvieron á llamar á la puerta y se presentó otro jóven vestido de doctor que esclamó abrazando tambien al enfermo:—Hace tres años que salí

de casa en busca de mejor suerte. Queria saber, y como mi madre me habia enseñado á ser bueno, encontré pronto la verdad por sentimiento.

La ciencia es una fuerza, es el arma de Dios; os traigo un cetro en mi ciencia, pongo á vuestros piés el poder.

Volvieron á llamar aun. Otro jóven se presentó.

—Hace tres años que dejé esta casa,—dijo,—y la dejé siguiendo las seducciones del arte. ¿Qué puede haber más hermoso que la bondad, si la bondad es la traduccion humana de la belleza divina? El mundo ha aplaudido mis obras porque todas eran la espresion de la bondad que me ha enseñado mi madre. Os traigo los laureles que he ganado; vengo á ofreceros mi gloria.

El enfermo rodeó á sus hijos con una mirada; despues fijó los ojos en su esposa, que inundada de alegria, brillaba con una belleza sobrehumana.

—Cuando todo me faltaba,—dijo,—mis hijos me traen la riqueza, el poder y la gloria, y todo te lo debo á tí. Tu virtud ha sido la fuente de tantas grandezas. Con solo ser virtuosa has hecho felices á tus hijos y me has hecho feliz á mí... Esposa mia, perdóname, y mirándome en adelante como un hijo enséñame tambien á ser bueno.

María abrazó á su esposo sollozando.

Los ángeles debieron en aquel momento envidiar su felicidad.

IV.

Jamás supo Rosa que su marido la dominaba, y jamás hubo, sin embargo, mujer más esclava de su marido. Un poeta moderno ha dicho

que no hay hombre tan malvado
que no tenga una virtud;

y otro poeta ha escrito un drama célebre para probar que un solo sentimiento bueno, una sola virtud en una alma corrompida basta para regenerarla. Rosa tenia su virtud que su marido esplotó en beneficio de ella y además tenia sus malas cualidades, que eran por lo mismo más fáciles de esplotar.

El marido de Rosa habia observado que todo vicio es una debilidad, toda pasion un motor, y que las gentes ambiciosas y astutas se valen de esas debilidades, se apoderan de esos motores para dominar á aquellos á quienes quieren convertir en víctimas.—¿Por qué,—se preguntó,—lo que tantas veces ha servido para el mal no ha de servir para el bien?—Y disecando el alma de Rosa, analizando uno por uno sus malos instintos, tanteando una por una sus pasiones en gérmen, llegó á dominar su alma como el músico su instrumento.

En sus últimos momentos Rosa, con la intuicion

del moribundo, con esa doble vista del alma que desplegando ya sus alas sobre la tierra mientras se desprende su túnica mortal, parece que ha recobrado el cetro de una inteligencia sobrehumana, comprendió la obra lenta, ingeniosa, digna de espantar al diplomático más hábil, que su esposo habia llevado á cabo en silencio por espacio de tantos años.

—He sido buena por tí;—le dijo casi con adoracion porque se le reveló en él un Redentor.

—Y yo he sido feliz por tí. Al labrar tu dicha he labrado mi felicidad;—la respondió lleno de gozo su esposo.

V.

Dos almas subian al cielo. El alma de María y el alma del esposo de Rosa. Otras dos almas salieron á su encuentro.

—Esposa amada,—dijo una de ellas á María;—te debo mi salvacion, y aun aquí tendré que adorarte. Sobre la gloria merecida por tu virtud tendrás la mia, porque has sido mi custodio.

—Esposo mio,—dijo Rosa á su esposo,—tú eres mi salvador; te debo el ser feliz durante la eternidad: ¿de qué modo podré pagarte?

En este momento las puertas del firmamento se

abrieron con gran estrépito, y entre las olas de luz que se precipitaron por ellas, se presentó aquel mendigo que habia pedido agua en otro tiempo á Rosa y á María. Las dos jóvenes se estremecieron reconociéndole.

—Rosa, María,—dijo el mendigo,—á la buena dí un mal esposo y un buen esposo á la mala. Por eso hoy en vez de dos almas recibo cuatro en mi reino. Piense toda mujer á quien toca un mal esposo, que está colocada á su lado para ser un ángel de la guarda y que le debe hacer bueno. Piense todo aquel á quien toque una mala esposa, que le he dado un diamante en bruto para que le pula. El hombre no está en el mundo solo para ser bueno, sino para hacer buenos á los demás. Si mando á uno de mis ángeles que descienda hasta el fondo del mar de amargura que se llama vida humana, es para que saque á la orilla alguna perla.

LÚCAS GOMEZ.

I.

Dios, que me habia librado de muchos peligros, me habia impedido hasta hoy ser abogado. En esto, más que en nada, me ha probado su cariño, pues si admiro á los defensores del huérfano y la viuda, si el huérfano se llama D'Alambert, necesito que él me defienda; y si la viuda es la de J. J. Rousseau, deseo que Dios me defienda de ella; y faltándome las dotes necesarias para vestir la toga, hubiera sido ella más terrible para mí que para Hércules la famosa túnica, y que el manto de Medea para la esposa de Jason. Pero, como dice el refran, nunca para el mal es tarde. El diablo hace caer en el abismo, de que Dios aparta; y por tentacion, sin duda, del enemigo malo, voy á hacer hoy lo que nunca debiera; voy á ser abogado por un momento. Impéleme á serlo un sentimiento de justicia y dignidad; fuérzame, sobre todo, el ver á un inocente sin

defensa. Voy á ser abogado-defensor del siempre calumniado Lúcas Gomez.

II.

Sabeis la historia fabulosa con que se mancha la reputacion de mi defendido. Dícese que era alcalde; que no sabia escribir; y que habiendo tenido que firmar, en vez de poner su nombre, puso al pié de un documento... lo que no pondré yo aquí. Pues bien, todo esto es una calumnia que se le levanta. No era alcalde, no escribió lo que dicen, y fué quien más se admiró de ver su nombre trasformado en lo que se supone.

Hé aquí los hechos, tales cómo se relatan en un códice árabe que hizo quemar el cardenal Jimenez de Cisneros al tomarse Granada por los que maldecian la barbarie de Omar, que no quemó la biblioteca de Alejandría.

Quien dude de mi historia, busque las pruebas en dicho códice, y esté seguro de que no es más fácil encontrar la de la legitimidad de ningun soberano de derecho divino.

III.

Lúcas Gomez era impresor, y trató de imprimir una Biblia, sin temer que le sucediese lo que á Fausto. La noche que terminó la composicion del último pliego, suspiró, se frotó las manos con

alegría, y se fué á la cama, contando con hacer la tirada al dia siguiente. Pero es el caso, que mientras él descansaba pacíficamente en su lecho, un trasgo jugueton entró en su imprenta, y no sabiendo otra cosa mejor en qué ocuparse, dió á las letras libre albedrío é inteligencia como la humana, y se puso á mirar lo que hacian.

¡Qué alboroto movió entonces el Abecedario! Los muertos, despertándose en el valle de Josafat, y disputándose los miembros al són de la celestial trompeta, no moverán más, ni tanto. Todos los caractéres empezaron á saltar de gusto, como los montes y collados de que habla David, y hubo entre ellos quien se erigió en dictador, y quien se rebeló, y quien se declaró sacerdote é inspirado del cielo, y quien se dedicó á hacer daño como á un oficio, y sobre todo quien abrió Cátedras y Academias, y Liceos y Cámaras en que lucir sus dotes oratorias, porque inespertas las letras recien animadas, no tuvieron la prudencia que algunos salvajes atribuyen á un mono, de quien dicen que sabe hablar, pero lo disimula callando siempre para que no le hagan trabajar.

Con todas estas barahundas escusado es decir cómo quedaria la composicion de la obra. Aquella sí que era una Biblia que se debia haber prohibido, porque descoyuntadas en ella todas las frases, nada decian con acierto. Ni los discursos

de varios oradores españoles tienen tantos desatinos, ni en la torre de Babel, con la confusion de lenguas, se reprodujo tal suma de disparates. Por fin, las letras que se tenian por más sábias se propusieron arreglarlo todo; y la *M* mayúscula, que se declaró reina por sí misma, decretó que en adelante los caractéres de imprenta, constituidos en sociedad, se dividirian en clases, formando la aristocracia los mayúsculos; el órden de los caballeros los que se elevan por la parte superior, como la *l*, la *k*, la *d* y la *t*; el de los comerciantes los que sobresalen por la parte inferior, como la *p* y la *q*; y la plebe los demás; y prohibió, bajo pena de la vida, que ningun órden se mezclase con otro, sin superior permiso. La Biblia, con este arreglo, acabó de desarreglarse, y se convirtió en *pastel*.

El trasgo, que contemplaba la escena como un niño las que le revela un microscópio en una gota de sangre, soltó una carcajada, cuyo ruido sobresaltó á todos los ástros, y privando á las letras de las facultades que les habia dado, las dejó inmóviles, como cadáveres, en la posicion que habian adoptado. Y cuando por la mañana Lúcas Gomez vió con espanto tan incomprensible estropicio, lo único que pudo leer de todo el libro fué la línea de la portada, en que habia puesto su nombre, y que la reina, con sus consejeros, ha-

bia escojido por palacio, despues de arreglar lo demás. En aquella línea habia puesto él, y bien puesto, digan lo que quieran sus calumniadores, *Lúcas Gomez*, y encontró que las letras, confesando lo que habian hecho, decian... lo que sabeis.

Quede, pues, en su punto la reputacion de Lúcas Gomez en adelante, y no se le vuelva á acusar de faltas que no ha cometido.

IV.

Este cuento, como comprendeis, no tiene más objeto que volver por la reputacion de Lúcas Gomez; pero un amigo mio, que acaba de leerle, ha esclamado al concluir: «La naturaleza es un libro en que cada átomo representa un papel más importante que una letra en una edicion de la Biblia. Si la voluntad, en cuya creencia se funda la filosofía moderna, si la libertad de albedrío, en que se fundan las legislaciones, no son ilusiones nuestras, ¿cómo á ese libro no le pasa lo que á la Biblia de Lúcas Gomez?» Y yo, para que no me entendiese, murmuré en latin, por decir algo: «*Qui potest capere capiat.*»

LA SUEGRA DE SAN PEDRO.

I.

El primero de los Apóstoles se perfeccionó tanto en la virtud, que hasta llegó á querer á su suegra. Y cuidado, que, segun la tradicion popular, era la peor de las suegras habidas y por haber. Entre todas las brujas que han visitado á Barahona, no se ha hallado otra semejante. Era más larga que un pleito; más negra que el alma de un neo; más flaca que la memoria de un *parvenu*. Su cabeza, levantándose sobre su inmenso y descarnado cuello, como la de una cigüeña, estaba adornada por dos docenas de cabellos grises que ataba cuidadosamente sobre la nuca. Sus ojos, chicos, redondos, bailones y escondidos, parecian dos reptiles en sus cuevas. Su nariz se encorvaba á modo de pico, y su barba se elevaba con un gracioso lunar enmedio; lunar de donde brota-

ban multitud de cerdas blanquecinas y retorcidas. Sus manos eran garras. Toda ella parecia un ave de rapiña más que una mujer, y lo mejor que tenia era la figura. Escusado es decir si queria á su yerno. Al saber que le habian martirizado, se murió de alegría. El diablo llegó, la cojió con unas tenazas, y la echó en la correspondiente caldera de pez hirviendo.

II.

San Pedro, á pesar de todo, seguia queriendo á su suegra en el otro mundo, y estaba descontento en el cielo porque no tenia á su suegra al lado. El ángel de la Justicia, que frecuentemente le acompañaba en la portería, unas veces por obligacion y otras por gusto, notó que su buen amigo andaba caviloso, desganado y taciturno; y como en el cielo no se acostumbra enfermar ni tener disgustos, le preguntó con interés qué tenia.

San Pedro calló al pronto y trató de mudar de conversacion, pero al fin se dejó vencer, y abrió su pecho á su compañero, como un rey de tragedia á su confidente.—Lo confieso,—terminó diciendo,—sin mi suegra estoy sin sombra, y con

más esplin que un inglés en invierno. Esto no puede continuar.

—Desgraciadamente,—contestó el ángel,—durará toda la eternidad; porque, ¿cómo traer aquí esa arpía? ¡Bueno se pondria el cielo!

—Bien mirado, no es tan mala como te figuras.

—¡Bah!

—Y despues de lo que ha padecido, debe estar muy correjida.

—¿En el infierno crees que se corrije alguien? Ni más ni ménos que en una cárcel española. El que entra con una manchita, al poco tiempo está pintado de negro de los piés á la cabeza. Además, sabes que del infierno nadie sale.

—Acuérdate del emperador romano, á quien sacó uno de mis sucesores.

—Es cuento.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, y de que se inventó para enaltecer el poder pontificio.

—Lo he de averiguar; pero aunque tengas razon, ¿no podrias hacerme un ligero favor? ¿No podrias dejar que mi suegra se esceptuase de la regla general, y fuese perdonada?

—¿Estás loco? Yo no puedo hacer eso.

—Pues es preciso, porque, sinó, me llamo á engaño. Yo no he venido aquí á estar triste,

sino alegre, y no he de ser el único santo infeliz.

—Aleja de tí esas ideas.

—No puedo, ni quiero alejarlas, porque no quiero ser ingrato.

—¡Ingrato! ¿con quién?

—Con mi suegra. ¿No sabes que la paciencia que con ella he ejercitado, es la que más gloria me ha valido?

—En fin, yo no puedo hacer eso; lo más que puedo hacer, es decir al Supremo Juez tu pretension, y recomendarla.

—Algo es algo: yo buscaré otros ángeles y santos que la recomienden tambien.

—¡Adios, pues, y hasta la vista!

—¡Adios, y gracias!

III.

La misma conversacion que con el ángel de la Justicia, tuvo San Pedro con el de la Misericordia y con otros muchos ciudadanos de la córte celestial; y tanto trabajó, y tanto trabajaron ellos, que al fin el Juez Supremo se dejó conmover.

Una mañana, el ángel de la Justicia se presentó á San Pedro, y le dijo:

—Hé aquí lo que se ha resuelto. Aquí te traigo

un hilo, con el que desde la puerta del cielo puedes sondear el fondo del abismo; llama á tu suegra, échasele, y si el peso de su maldad no le rompe, que suba por él al cielo.

El hilo era más delgado que un argumento escolástico, pero no habia que murmurar.

San Pedro le cojió, se asomó á la puerta del cielo, y gritó, como en los antiguos autos sacramentales de España:

—¡Ah del terrible reino del espanto!—Y llamó á su suegra, á quien en alta voz (porque hay casi tanta distancia del cielo al infierno, como del alma de D. Quijote á la de Sancho) puso al corriente del asunto.

No le costó gran trabajo hacerse entender. La vieja, apenas le oyó, dando suelta á su habitual hidrofóbia, le arrojó á los oidos una granizada de denuestos, que ni las flechas de los persas que habian de oscurecer el sol. La boca de aquella suegra no era boca humana; era la Plaza de Toros de Madrid, con malos toros, malos toreros, y un presidente torpe. Cuando, fatigada, se aplacaba un poco, no parecia más que una batería de mil cañones Armstrong, haciendo fuego graneado. Por último, Luzbel se incomodó, la dió un buen puntapié en la parte que Rabelais, agregado á una embajada, temia tener que besar al Papa, en vista de que el embajador le besaba los piés, y

poniéndole una mordaza (es decir, una bola de asfalto en la boca), la gritó:

—¡Bestia, escucha!

El alma rebelde de la suegra tuvo ya que contentarse con rabiar de forros adentro.

Entonces fué cuando San Pedro echó su hilito.

Todos los condenados y todos los demonios, que se habian enterado de lo que se trataba, corrieron á cojerle, dándose de pescozones como los chicos de Madrid que cojen aleluyas en los Viáticos de Pascua; y todo el infierno, ménos la vieja, se colgó de aquel átomo de esperanza.

Aunque el hilo era delgado, todo el infierno colgado de él no parecia pesar en su punta más que una mosca en la de una maroma. Con el mismo Lucifér colgado ondeaba perfectamente en el viento.

Pero la vieja se abalanzó á la cuerda, gritando (en el barullo se habia arrancado la mordaza):

—¡Fuera, fuera todos, que no teneis un yerno santo! Yo sola debo salvarme.

La cuerda se estiró entonces, como si se la hubiesen puesto cien arrobas de peso.

—¡Salvémonos todos!—decian los condenados.

—No, no,—repetia la vieja;—yo sola, yo sola.

La cuerda crujió.

—¡Todos, todos!—seguian gritando.

—¡Yo sola, ó ninguno!—chillaba la vieja, arañando y mordiendo á cuantos cojia.

El hilo se rompió entonces; todo el infierno cayó desplomado, y el ángel de la Justicia dijo á San Pedro, que lanzaba un grito de angustia:

—¿Ves como pedias un imposible? El cielo es el amor, y por eso es la felicidad. ¿Cómo han de entrar en él la envidia, la soberbia, ni el egoismo?

FANTASÍA.

I.

Federico, que cumpliendo su deber de amigo, como un veterano su consigna, se desvive por desacreditarme, dice á cuantos, y lo que es peor, á cuantas le quieren oir, que no conozco de Lóndres sino el humo y la niebla que allí he comido. Esto es una calumnia que debo repeler sobre la frente del que me la dirije, con más fuerza que las rocas de Covadonga sobre los moros los dardos que asestaban á los cristianos. Yo, que me precio de ser domador de imposibles, he dado muestra de mí, procurando ver en Lóndres (y consiguiéndolo, os lo aseguro bajo palabra de honor), he procurado ver en Lóndres hasta el sol.

No creais que aquel es un sol como el de los demás países, que los alumbra y calienta; nada

ménos que eso; Apolo es poeta ante todo, y los poetas nada tienen que hacer en la bolsa carbonífera, en que no se ha encontrado un palmo de terreno digno de las cenizas de Byron. Apolo, pues, vuelve siempre á la Gran Bretaña la parte que Antinoo enseñaba más al emperador. Pero los ingleses son demasiado orgullosos para confesar que el sol no se digna visitàrlos, y como la carne, el vino, el aceite, el vinagre, etc., le falsifican por medio de un gran queso de Chester, que en los dias señalados por el calendario saca el lord correjidor por cima de los tejados, haciendo creer á los mercaderes de la orilla del rio de tinta llamado Támesis, que el sol ha salido y alumbra. Ese sol es el que he visto yo, y me glorío con más motivo que otros de haber visto al ave fénix. ¡Cuántos ingleses se mueren de viejos en su patria, sin haber visto otro tanto!

Confieso que al ver aquel sol tan mal imitado, no pude contenerme, y decirle *sotto voce:* «¡Farsante!» Pero él que me oyó se volvió hácia mí con enojo, y me replicó:—Hijo de España, sería tan ridículo como tú Júpiter, si se burlase de la nube de Ixion, porque no es Juno. Y el númen terrenal de Inglaterra se acercó á mi oido, y me dijo:—La naturaleza no nos ha dado el sol que á vosotros; pero nos hemos fabricado otro que nos envidiais los hijos de Andalucía, que es el sol

de la libertad. Vosotros teneis el sol del cuerpo y nosotros el del alma. ¿Quién es más rico? Y cuando vosotros no teneis sino lo que Dios os ha dado, y nosotros lo que hemos inventado y adquirido, ¿quién debe estar más orgulloso?

Desde aquel instante comencé á respetar al queso de Chester.

II.

Pero hé aquí que incliné los ojos y ví un barrio miserable de Lóndres. Yo he visto pobres en España. Sobre todo, cuando últimamente ese fanfarron asiático, coco de los niños grandes, que llaman *cólera*, y que tiene tanto de enfermedad mortal como de sol el queso de Inglaterra, nos hizo su ruidosa visita, recorrí algunas casas en que decian que daba muestras de sí, y penetrando en su busca en las más hondas cavernas del edificio social, me sentí en la oscuridad, con los piés en el cieno y circundado por la doliente atmósfera de miasmas y de gemidos que en ellas se condensa. Pero miseria como la de Inglaterra, no sólo no la habia visto, sino que ni la habia soñado, y el pincel de Dante, que pudo retratar el infierno, no encontraria en los círculos de éste tintas con que retratarla. Aquello es un infierno

tambien, y el más horrible. Debe haberle inventado Satanás para desterrar á él á los condenados que le enojen. Y esa miseria está á los piés de la opulencia. Toda Inglaterra pertenece á tres docenas escasas de familias. Hay lores que tienen millones de libras de renta diaria; lores que, cuando se les habla de Rostchild, sonrien con compasion. Y á la puerta de estos lores se sientan madres casi desnudas, tísicas, que se alimentan con cuatro ó cinco patatas diarias, cuando las tienen, y que estrechan entre sus brazos hijos escrofulosos, á quienes no pueden dar por alimento ni sangre de sus venas, ya sin jugo. A estas infelices les está prohibido implorar la caridad pública. Los ladrones de oficio son una clase que tiene su club, y que, como el Palacio de Cristal y la Torre de Lóndres, se enseña casi con orgullo. Diríase que los londoneses los consideran como una gloria patria.

Las mujeres perdidas tienen coches, caballos, grandes y lujosos bailes, palacios suntuosos, y son defendidas y consideradas por la policía, hasta cuando están ébrias; pero es castigado un pobre que cometa el delito de pedir pan. El robo y la prostitucion dan dinero; el pedir limosna indica que no se tiene, y esto es lo indisculpable para los hombres que, en vez de las tablas de la ley natural, llevan en el alma la tabla pitagórica.

Verdad es que, sin que sea nacion comercial, de esto hay algo en España tambien. Vestíos de frac y corbata blanca á costa del sastre, á quien considerareis como de mal tono pagar, haced la vida de parásito, y para alimentar vuestros vicios lujosos de escándalo, pedid prestado á todos vuestros amigos y conocidos, sin ofrecer devolucion del préstamo, y teniendo formada en vuestra alma la firme resolucion de no devolverle; nadie os hará cargos. Contra el vicio de pedir, está la virtud de no dar, dirán los más, y no es digno de lástima quien gusta de tirar su dinero. En cambio, salid del hospital roto y desabrigado en invierno; pedid al primer transeunte una limosna para llevar un pedazo de pan á vuestros hijos; y la policía os asirá y os arrastrará á San Bernardino, apartándoos de vuestra familia. Pero este contrasentido nuestro es importante y repugna á nuestro carácter.

La vista de la miseria inglesa me hizo esclamar:—¡Ah! ¿de qué te sirve tu grandeza, de qué tus libertades, pueblo mercader, si el primer artículo de tu comercio es la sangre de tus hijos? Y si para que tu libertad exista es necesaria tu aristocracia, y la aristocracia necesita una base como esa miseria, maldita sea tu libertad.

Pero el genio de la libertad me oyó, é inclinándose al oido de mi alma, dijo:—Porque Inglaterra

no sea perfecta, ¿la libertad ha de ser mala? Observa que no es hija de la libertad inglesa esa miseria, sino que lo es de no ser completa la libertad en Inglaterra; lo es de que en la Gran Bretaña la propiedad no es libre aun. Los ingleses han formado ligas para redimir al esclavo negro; ¿por qué los españoles, por ejemplo, no formais ligas tambien para redimir al blanco? La esplotacion del hombre por el hombre será siempre un crímen ante Dios.

Y el númen tutelar de Inglaterra, inclinándose á mi oido, tambien me dijo:—Porque no haya yo llegado á la perfeccion, ¿he de ser maldito? La naturaleza me lo habia negado todo; á mi trabajo, á mi propia actividad se debe cuanto tengo. No mires los pobres que hay en mi país; mira los que dejan de serlo todos los dias; mira cuánto trabajo para redimirlos de la miseria, cuántos caminos procuro abrir á su actividad. Si en España la tierra dejase de producir y las campiñas de Andalucía se esterilizasen y se nublase vuestro sol, ¿podria compararse vuestra miseria con esta que te horroriza?

Volví á quedar confundido, y esta vez hasta amedrentado.

III.

Y entonces tuve una vision.

Vi sobre la tierra, como sobre un pedestal, un ángel hermosísimo, varon y hembra á la vez, vestido de sol, con una antorcha en una mano y en la otra una espada; de su boca salia, como un mar de olas ardientes, un himno de alabanzas al Señor.

Sobre su frente estaba escrita la palabra *humanidad.*

Del centro del espacio salió una voz que llenó la inmensidad, y que sólo podian percibir los oidos del alma, y gritó:—La purificacion va á comenzar.

Y el ángel se estremeció, se inclinó, y contestó *sea*, con una voz tan triste y tan resignada como la del Justo en el huerto de las Olivas.

Llenó los espacios un relámpago, y un trueno horrible los conmovió.

Cerré los ojos á la luz y al ruido.

Cuando los volví á abrir, el ángel no existia; pero en su lugar habia un hombre y una mujer, hermosos como Eva y Adan en el Paraíso; el hombre, con la cabeza inclinada á la tierra, en que estaba escrita la palabra *trabajo*, y la mujer, con

los ojos levantados al cielo, donde un grupo de estrellas formaban la palabra *amor*.

Dios, con el rayo por cincel, habia hecho aquellos dos séres de los restos del ángel, como un escultor dos estátuas pequeñas de los restos de una grande; el hombre, de la mayor parte del cuerpo, y la mujer, del corazon.

Estos dos séres, nacidos para amarse y unirse en un estrecho abrazo, no se conocian, aunque se soñaban y deseaban, como sucede á tantos amantes. Porque tambien todos los que por el mundo andamos somos ángeles desterrados, cuyas almas ha dividido Dios con el filo de su justicia, colocando cada parte en un cuerpo, y estos dos pedazos de alma tienden á reunirse á través del espacio, y se recuerdan y se adivinan ya cuando se encuentran, como Abelardo y Eloisa, como Diego Marsilla é Isabel de Segura; no hay poder humano que los separe; no los separa la muerte misma; porque el que muere deja su despojo en la tumba, y sentado en el mármol espera á que su compañero acabe la tarea de su expiacion, para tender con él el vuelo al firmamento.

¿Cuándo la expiacion de estos dos séres acabará y se unirán, como los dos brazos de un rio que, separados por una isla, la rodean cada uno por su lado, y se juntan de nuevo, mezclando sus aguas en que el cielo se refleja?

Hasta entonces él no sabe sentir y ella no sabe calcular; él, parece miope y ella présbita, porque él no ve sino la tierra que tiene cerca, y ella el cielo que está lejos; él, parece una hoguera de leña verde en que no acaba de romper la llama, y ella un astro que desfallece....

Cuando vuelvan á verse y se abracen, y se completen, y se confundan, dejará de haber raza latina y raza anglo-sajona, y volverá á ser la humanidad.

HAZAÑAS DE NO SÉ QUÉ PRÍNCIPE.

(CUENTO DE NIÑOS.)

I.

Los griegos, que como sabeis (y si lo ignorais aprendedlo), formaron un templo en la antigüedad con los escombros que robaron á los pueblos orientales, siendo, como eran, poco prácticos en construcciones religiosas, atendieron más á la simetría de las piedras, que al órden de las ideas que en ellas se habian grabado, y ya pusieron por basamento lo que era propio de la cornisa, ya redujeron á las puertas lo que solo convenia á las ventanas; pero lograron su objeto, y los descendientes de los comedores de bellotas tuvieron un bonito recinto en que orar al salir del ginecceo. Como sabreis tambien, los dioses que en este templo se adoraban eran hechos á imágen y semejanza de los hombres. En nuestra especie es natural el pudor; ningun individuo (como no sea aquel de

quien Hartzenbusch habla en el *Sí* y el *No*), reza Padre Nuestros á su propia imágen, no por falta de voluntad, sino por miedo al ridículo; pero con mucho más gusto que á cualquiera otra deidad, solemos honrar á aquella que nos hemos construido para nuestro uso particular, escurriendo y cristalizando las debilidades de nuestro tipo, y como los griegos no eran cristianos, nada tiene de particular que cediesen á esa mala propension de la naturaleza, y pintasen á Vénus celosa, á Júpiter mujeriego y harto dispuesto á zurrar la badana á su esposa, á Marte quejándose de sus heridas, á Vulcano deshonrado y á Apolo vanidoso y enfermo del *génio irritable* de los poetas.

Pues bien, no fué solo en Grecia donde se construyó un Olimpo, que no era sino el segundo piso de una casa de vecindad. En otros pueblos se llevaron tambien á cabo estas construcciones, y en uno de ellos ocurrió lo siguiente que acaba de contarme un testigo presencial.

Es un suceso, como si dijéramos de ayer; creo que apenas se remontará su fecha á unos dos ó tres mil años antes de la era cristiana. Podeis, pues, dar completo crédito á mi relacion.



II.

En la famosa isla de A... que forma parte del archipiélago B... no lejos del continente C..., cuyo nombre han inmortalizado las hazañas de D..., de E... y de F..., que bajo la direccion de G... doblaron el cabo de H..., subieron por el rio I..., y desembocando en J... se apoderaron de K... á pesar de la resistencia de L..., M... y N..., súbditos fieles de O..., esposo de la reina P... y sucesor del heróico Q..., cifra y compendio del talento de R..., del valor de S..., de la instruccion de T..., de la bondad de U..., de la severidad de V..., de la templanza de X..., de la dignidad de Y..., de la liberalidad de Z... y de la firmeza de etc...; en este país privilegiado de la naturaleza, reinaba en una época que no recuerdo, un rey de cuyo nombre no hago memoria, bajo la proteccion de un dios que se llamaba no sé cómo. No direis que mis noticias no son exactas, y sobre todo precisas.

Este rey tenia un hijo natural, aunque nacido de legítimo matrimonio, pues no encuentro razon para que se crea que los hijos de legítimo matrimonio sean extra-naturales; y este hijo, cuyo nombre siento haber olvidado, se empeñó en hacer célebre su nombre por medio de sus hazañas.

Era tierno de corazon, y haciale derramar lágrimas cualquier infortunio que veia, hasta el punto de que si encontraba un gato acechando á un raton, sacaba al raton pacíficamente de su escondrijo y se le entregaba al gato para que no padeciese cansándose en esperar, y luego compadecido de las penas que el raton sufria bajo las uñas de su enemigo, le asía agonizante y le tornaba á su ratonera. Cediendo á sus generosos impulsos la primera hazaña que imaginó fué dar la muerte al Dolor, jigante feroz que tenia atribulada á la humanidad, y armándose de todas armas, despues de despedirse con lágrimas de sus papás, salió montado en un asno entre los aplausos de sus conciudadanos de su hermosa ciudad natal, y comenzó á peregrinar por el mundo en busca de su enemigo.

No tardó en encontrar su huella. En una aldea vecina vió un cortejo fúnebre y le dijeron que era de una hermosa jóven á quien el Dolor habia matado, porque la habia olvidado su amante; en una alquería próxima encontró el cadáver de un jugador que se habia suicidado á consecuencia de una pérdida de juego; no lejos de allí, el de un favorito caido en la tumba por no haber sabido conservar el favor de su soberano; algo más adelante el de un inglés que se habia ahorcado para librarse de la monotonía de la vida que le obliga-

ba á ponerse y quitarse todos los dias los calcetines.

Por último, llegó á una caverna oscura y circundada de plantas venenosas, de cuyo centro salian temerosos gemidos; y unos pastores que á poca distancia de ella guardaban sus ganados, le dijeron, despues de ofrecerle un trago:—«Allí vive el Dolor.»

El príncipe se aseguró de que tenia la armadura bien puesta, caló la celada, desenvainó la espada, y con todo el esfuerzo propio de su linaje entró por la caverna adelante.

No fué largo su camino; á la luz de una lámpara sepulcral que del techo de la caverna pendia, vió al Dolor, remangados los brazos, desnuda la cuchilla de carnicero, y sacrificando víctimas sobre una mesa de diseccion. Todo él estaba ensangrentado, rodeábanle restos de hombres y de animales todavía palpitantes, y de una gran banasta que á su lado tenia, iba sacando sin cesar otros individuos que destinaba al sacrificio.

Por lo que el príncipe pudo juzgar, los tomaba como nosotros á los melones, á prueba, á cala y á cata.

A los que tomaba á prueba no hacía mas que darles un meneillo y los dejaba ir.

A los que tomaba á cala les cortaba un pedazo, le miraba, se le volvia á poner en su sitio y los

dejaba en paz. A escepcion de la herida (que en muchos se cicatrizaba) los dejaba como antes.

A los que tomaba á cata les comia un pedazo.

Estoy seguro de que la vista no engañaba al príncipe, porque á mí el señor Dolor me ha tomado á cata algunas veces.

El sensible corazon del príncipe se conmovió á la vista de este espectáculo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, levantó la espada y ¡zás! cortó la cabeza al Dolor.

—¡Ya queda redimida la humanidad!—esclamó el príncipe satisfecho;—pero ¡oh estrañeza! En el mismo momento en que el Dolor exhaló su último suspiro, se oyó un gran estruendo, un ¡ay! aterrador que conmovió los espacios. Todo tembló, todo crujió, todo se vino abajo, y el príncipe se encontró solo en la inmensidad vacía, con el cadáver del Dolor á los pies y su Dios enfrente que le gritaba con voz severa:—«Niño, ¿qué has hecho?»

El príncipe asustado bajó los ojos, y fijándolos en el Dolor muerto, observó con asombro que su cabeza y su cuerpo eran dobles, por un lado era el Dolor y por el otro el Placer.

El Dios, que segun ya he dicho, se llamaba no sé cómo, cojió la cabeza del Dolor, diciendo:—«Has decapitado la sensacion, que es la vida de lo creado;» y sacando un ungüento de un botiquin

que llevaba bajo el brazo, añadió :—«Repara tu yerro y no te vuelvas á meter en tales honduras.»

El príncipe contristado pegó la cabeza al cuerpo mutilado y la creacion volvió á ser, y todo quedó como ántes, á escepcion de una cosa. Era tanta la turbacion del príncipe, que pegó la cabeza del revés, y la cara del Dolor resultó del lado del cuerpo del Placer y *vice-versa*. Desde entonces siempre que los encontramos por el mundo los confundimos.

¡Oh amado Teótimo! como dicen los moralistas del siglo pasado, aprende esto y procura no confundirlos tú, porque semejante confusion suele producir perniciosos resultados.

EL MEJOR LOTE.

I.

He leido, no sé dónde, que los faunos y las ninfas hacen en los bosques una vida semejante á la de los estudiantes y las grisetas en el barrio Latino de París. Celebran cada bacanal que canta el credo, y cojen más monas, que todos los cazadores de Tetuan. Una tarde, segun mister A, ó una noche, segun monsieur B., en una selva encantada cuyos árboles resplandecian como ojos de morena andaluza, perfumaban el ambiente como las aureolas de los ángeles, y cantaban como los ruiseñores que sueña un poeta bucólico, una docena de faunos y otra de ninfas de alta alcurnia (tambien hay alcurnia entre los ciudadanos del país de la fábula), estaban tomando un té, guarnecido con ron, champagne, etc., y habian llegado al estremo de decir un fauno ojidormido, con voz

más insegura que un trono fundado en el derecho divino, á una ninfa purpurada que vacilaba como Piron en el Viernes Santo, en que la divinidad sucumbia:—Mal estás trus.—A lo que ella, con voz aun mas trémula, si es posible, contestaba:—Peor estus tras.

Uno de los faunos, en este momento, para aligerar las cabezas, pidió ponche, y todos rompiendo en un aplauso, esclámaron adivinando á Zorrilla, que no habia nacido aun:—¡Sí, sí!

¡Oh ponche! Tú solamente
Haces que un hombre se ostente
Digno remedo de un Dios.

En seguida, arrojado á un lado el peso de la inteligencia, que tanto estorba al que quiere ser orador, todas las lenguas se desataron, como cataratas heladas que calienta el sol de mayo; y entre canciones, chillidos, discursos y frases sueltas, se armó un escándalo, que ni los de los Congresos vicalvaristas de España. ¡Dichosos los sordos é infelices de los mudos en aquel aquelarre, de cuyo edificio la torre de Babel sólo habia sido un brevísimo bosquejo! ¡Pero más dichosos aun los ciegos y más infelices los mancos en aquella tremolina, en que todos parecian tener por sangre espíritu de vino mezclado con éter!

La casta luna se volvió de espaldas, tapándose

los oidos, y las estrellas se cubrieron los ojos con las manos y ensordecieron para no presenciar tal escándalo.

Entre los faunos habia, sin embargo, uno que tenía el vino triste. Era llamado por eso el *Garbanzo negro*. Cuando se emborrachaba, vertia por los ojos tanta agua como vino tragaba. De nadie pudiera haberse dicho con más verdad, que lloraba á mares.

En medio de aquel pandemonium, empezó á lamentarse como un melenudo poeta del romanticismo, y suspiró con voz de tísico en tercer grado:—¡Quién pudiera morir! Hay un placer que me atrae como una amada desdeñosa, como el imán al acero, como la sed al vino, y que me está vedado, cómo á Adan la fruta del árbol de la ciencia y á Pandora la vista del fondo de su caja. Este placer es el de pegarme un tiro.

—¿Sabes que todavía no se ha inventado la pólvora?—le dijo un compañero.

—Cierto; ni las armas de fuego; pero esa es una razon más para que yo lo desee. Llegará tiempo en que nacerá en España un poeta que se llamará Lacerda, y que hará esclamar á Adan, desesperado por las exijencias de su mujer:

«¡Si yo supiera qué es pegarse un tiro!»

¿Por qué he de ser yo ménos audaz que Adan (de

quien no quiero tener noticia), en mis lamentaciones?

—Pero ¿para qué quisieras matarte?—le preguntó otro.

—Para dejar de vivir,—respondió el Garbanzo negro.—¿Hay cosa más estúpida que la vida para el hombre y para el fauno, que tiene tambien las piernas de hombre? La vida no es más que la sensacion, y para que esta exista, han de coexistir el placer y el dolor, la ola y la onda, las dos caras de la misma medalla. Se siente para vivir, se vive para sentir, y siempre se dá vueltas á la misma noria. En cambio, la vanidad nos hace creer que hacemos algo viviendo. No sé si estaremos, como el perro en el asador, guisando sin saberlo, algun manjar para los mismos dioses; pero juzgada bajo nuestro punto de vista, ¿conoceis cosa más absurda que la existencia? ¿Qué conoceis de bueno, de cuerdo, ni de sensato? Oid lo que os digo, y no lo olvideis. Salomon, cuando escriba el *Ecclesiastes*, demostrará que no es tonto. *¡Vanitas vanitatum!* Léjos de mí el viento y el humo.... Pero no es esto decir: «¡léjos de mí la vida!» La vida animal es bestia. La gloria es por un lado un trono, y por el otro un pilori; su corona es de fuego, deslumbra á los que la ven, y quema al que la lleva; para ser siempre respetado es preciso acordarse de que se está siempre en es-

cena, y ser buen cómico; por eso no hay hombre grande para su ayuda de cámara, que vé la comedia desde los bastidores; la ambicion, que es el deseo de ser guia del rebaño, no nos hace de otra condicion que á las ovejas, y nos obliga á tomar á nuestro cargo la obligacion de pensar por los otros; el amor es el más absurdo de los fetichismos; la embriaguez es la sed del anonadamiento, del ideal de la muerte por medio del narcótico, mientras el juego es la misma sed que se satisface por medio de la emocion: dos caminos opuestos, que conducen á la misma ciudad, la de las tumbas. El erudito entre los literatos me hace el mismo efecto que el que dijera entre gastrónomos:

«Antes de comer pan tierno, me he impuesto la penitencia de comer todo el pan duro que he podido hallar, y me precio de haber pasado una semana chupando un hueso que encontré en un basurero, que era de un plato del festin de Baltasar, segun averigüé, y del cual confieso que no saqué sustancia alguna.» El literato es un goloso de frases. El crítico suele ser el escarabajo que, al recorrer un jardin, no aspira las esencias de las flores, sino que rebusca las inmundicias dejadas por los pájaros. El avaro vive miserable por miedo á la miseria. La envidia es el estanque cenagoso en que mueren las aguas infecundas de la vanidad.

La moralidad es el molde social en que se vacian todas las almas á quienes no ha dado forma la naturaleza. El honor... leed á Quevedo y meditad á Cervantes; el valor, resultado del temperamento, es una banca en que el banquero se compromete á jugar constantemente la vida, que de nada vale, contra la consideracion pública (ó por mejor decir, de un círculo de personas, de las cuales, á unas no conoce y á otras desprecia), que vale ménos. La abnegacion es una especie de suicidio moral, pues la vida de cada uno consiste en la apropiacion de la de los demás que están á su alcance en todo ó en parte. La modestia y el rubor son dos cobardías aplaudidas. El talento de quien nada puede saber, porque no lo sabe todo, es una risible preocupacion de ciegos, que aspiran á conocer la luz por el tacto. La habilidad es una traicion, ¡la magnanimidad una cabeza de la hidra del orgullo, la buena fé una ignorancia...

—¿Cuándo acabarás?—esclamó ya cargado un tonel viviente, arrojando al orador una manzana que le llenó la boca y le hizo caer de espaldas. En seguida, subiéndose sobre un monton de dormidos, levantó la copa ardiente con la llama azul, y gritó:—Faunos y ninfas, sencillos habitantes de los bosques, escuchad la voz de la embriaguez. No soy yo, es Baco entero que por mi boca os

habla y os saluda, diciéndoos: no conozco imbéciles como vosotros.

¡Oid, oid, oid! Tengo una idea. ¿Quién no la tiene? Todo hombre, todo fauno engendra en su cabeza una Minerva, como Júpiter. ¡Oh Jove! Juno sea benigna contigo, y en su corazon un ángel. La dificultad está en darlos á luz. Yo tambien he engendrado; voy á dar á luz mi obra; escuchadme, asistid á mi parto, sed mis comadrones, y no temais que este sea el parto de los montes; porque ¿de dónde podeis haber sacado que sea un monte yo?

Desde luego os aseguro bajo palabra de honor, que si os hablo, no es para deciros nada que os importe ni me importe; es para presentaros un problema. Figuraos que soy Arquímedes. Para ofreceros un enigma, figuraos que soy una esfinge. Escuchadme, haced lo que os diga, y adquirireis fama inmortal, como el caballo de Alejandro. Por equipararse á él, sin poder conseguirlo, ¡cuántos han perdido la vida!

¡Oid, oid, oid! Os lo repito tres veces. Cada uno de nosotros puede convertirse, no ya en un Dios, sino en el eterno autor dramático que se llama *Destino*, y que dispone de los mismos Dioses. Figuraos que yo soy el Destino, y que cada uno de vosotros va á nacer. Yo concedo á cada feto un don: ¿qué quieres tú ser? Siempre te has distin-

guido por tonto; serás aristócrata cortesano, una de las piedras de que se hacen los palacios. ¿Qué quieres tú ser? Hermosa; porque tu alma nació con la de Dalila. ¿Qué quieres tú ser? Rico. Buen provecho. Serás el campo que otros sieguen. ¿Qué quieres tú ser? Sábio. Toda inteligencia tiene ojos claros; la educacion se los cubre con unos anteojos con que los ciega; los sábios tienen más preocupaciones, es decir, peores anteojos que los demás. ¿Queda alguno? Veamos; tú, alcornoque, ¿qué quieres ser?

Un borracho, sin saber lo que se decia, murmuró:—Bueno.

—Ya está completo el cupo,—prosiguió el fauno; y soplando en una copa, hizo nacer en ella un mundo mucho mayor que el nuestro, y más poblado, y aprovechándose del sueño que habia dominado á sus compañeros, les tomó prestada el alma, y se la dió á algunos de los individuos del efímero mundo que habia creado.

II.

Los trasmigrados se encontraban en el nuevo mundo como nosotros en este cuando nacemos; es decir, que nada sabian de lo anterior. Se dirá, que si nosotros nada anterior sabemos, es porque

nada nos ha ocurrido; pero ¿quién lo prueba? ¿Nuestra falta de memoria? ¿Quién se acuerda de las impresiones del vientre de su madre, de haber nacido, de haber sido bautizado? ¿Qué estraño es, pues, que no se acuerde de lo que pasó antes? O falta una ciencia por descubrir, y no negaré que falte, ó la vida no es efecto, sino causa del organismo. El hombre no es un resultado químico; la metempsícosis, tal como la esplica el vitalismo racional, no es un absurdo, y en ese caso, nacer y morir son dos palabras sin significacion. Cada uno de los recien trasmutados se creyó de buena fé aquello en que se habia convertido, fué actor sincero y obró concienzudamente con arreglo á su carácter prestado.

III.

El primero que se despertó en el nuevo mundo fué el sábio. Vivió su vida muy aplaudido, y hé aquí la suma de sus impresiones al morir:—He tomado la existencia al revés. No sé quién ha dicho de la mujer (y esto es aplicable á la vida), que era preciso decidirse por amarlas ó conocerlas. Lo primero, proporciona un placer sin trabajo; lo segundo, es un trabajo sin placer. Sin embargo, el que hace lo primero se le llama tonto, y al

que lo segundo discreto. ¿La discrecion consiste, pues, en vender los placeres por dolores? ¿Fué un acto de discrecion en Luzbel renunciar al cielo y crearse el infierno? ¡Qué magnífico emblema es el del árbol de la ciencia, que roba á Adan el Paraíso!

IV.

La hermosa fué infeliz siempre, porque el placer de ser amado es mucho ménos que el de amar, y ser amado sin amar es un tormento.

Una vez estaba en una orgía. No ha habido bacante tan loca como ella. Y sin embargo, cuando creia que no la miraban, brillaba en sus ojos una lágrima. Un jóven, fanfarron de vicio, poeta de nacimiento y filósofo cuando se embriagaba, la preguntó:

—¿Qué tienes?

Y tanto instó, que ella esclamó al fin:—Que se está muriendo mi madre.

—¡Y estás aquí!

—¿Con qué pagaria, si no, al médico?

Esta infeliz murió sola y despreciada en el hospital.

V.

El rico fué una máquina de calcular, que sólo á la hora de la muerte conoció que el oro es un medio y no un fin, y que todo se compra en el mundo, ménos la felicidad. El oro os dará los miembros muertos de veinte Lais, pero no un suspiro de Eloisa; los aplausos de una *clac*, pero no de un público; la apariencia de todo, nunca el fondo. Comprad con oro un amigo.

VI.

El cortesano vivió en una brillante servidumbre. Fué un magnífico caballo del carro de un déspota, y murió de sentimiento de que en una comida diplomática, un noble más moderno se habia sentado en mejor puesto que el suyo.

Antes habia ya estado á las puertas de la muerte, porque el rey no habia querido tomar por queridas á su esposa ni á sus hijas y se habia encaprichado por una especie de Dubarry. Cuando Luis XV de Francia tomó á ésta por querida, tambien los nobles dijeron que el rey hacía una afrenta á sus hijas y á sus esposas.

VII.

Empezaba á apuntar el dia. La embriaguez habia pasado. El fauno volcó la copa, y cada uno de los comensales recordó su vida prestada, como una pesadilla. Todos se quejaron; sólo uno, el que habia pedido ser bueno, sintió despertar, y despertó sin remordimientos. Le preguntaron qué habia soñado, y no lo dijo; sólo pudieron arrancarle estas palabras:—He sido muy feliz, aunque todo estaba en contra mia, y han pasado por encima de mi corazon el carro triunfal del sábio, del cortesano, de la hermosa y del rico. He sido muy feliz, porque he amado mucho, y la felicidad es el amor.

VIII.

Queridos lectores, en el fondo de la copa de una orgía puede haber una gota de razon. El fauno que miraba la vida á través de un vidrio tan triste y queria suicidarse, lo comprendió así, cojiendo el sentido de la mascarada, y murmuró:—¡Amar, amar!—Pero un momento despues esclamó:—Pero amar, ¿á quién, ó qué? Porque el amor, como he dicho, es un fetichismo, la abnegacion...

—No prosigas,—dijo el fauno que habia inventado la pasajera metamórfosis;—yo no he querido probarte que el amor fuera útil al género humano en general, sino á cada individuo en particular, y que quien ama es feliz. Ama, pues, siempre, y no aborrecerás la vida, que, si no amas, será un infierno para tí. Tendrá razon Santa Teresa cuando lo diga: el infierno es un lugar donde no se ama.

¿Querreis creer que todavía hubo un fauno que no habia logrado romper las nieblas de la embriaguez, y que murmuró:—Eso vá en suertes?

Verdad es que otro, no ménos borracho, dijo:—No sé si el amor es útil á la humanidad; pero lo es á la creacion; es la luz de la lámpara eterna; es ¡la médula del *Fiat!!*

Y verdad es, por último, que el autor de esta historia, al llegar aquí, no trata de deciros, sino:

—Muy buenas noches,—porque conoce que todos os habreis quedado á oscuras, como casi, casi, casi, me he quedado yo.

———

CAPRICHO.

I.

—Me ocurre una idea;—dijo el Sultan.

—¡Pronto, los médicos!—esclamaron con terror los circunstantes.

—¿Dónde se venderán las ideas?—se preguntaron varios cortesanos, que las necesitaban para imitar á su señor.

—¿Y qué idea es esa?—preguntó la Sultana, con inquietud.

—Es una idea con cola.

—¡Como un cometa!

—¡Cierto! Todo lo que me pertenece es celestial.

—¿La idea no será esa?

—No; pero es casi tan buena.

—Veámosla.

—Pues, señor, todo lo que ha de suceder, sucede, y no sucede nada que no haya de suceder.

—¡Cierto!

—Todo lo que sucede pasa, y lo pasado no existe; de modo que, cuando una cosa ha pasado, es como si no hubiera existido.

—Habla V. M. como un ángel.

—O como la burra de Balaam, que es lo mismo, pues un ángel hablaba por ella.

—Gracias. Probado lo dicho, resulta que el hombre en ninguna situacion de la vida debe apurarse, porque, ó nada le sucederá, ó si le sucede algo, por malo que sea, ese algo pasará, y cuando haya pasado del todo, será como si no hubiere sucedido.

—Pero eso es pura metafísica, es la nata de la filosofía. ¿Estamos en los tiempos de Esopo?

—Gracias, repito; pero no merezco vuestros aplausos, porque todo lo que acabo de decir es ajeno. No sé quién me lo enseñó, no sé cuándo, y yo lo repito como un papagayo.

—Es natural.

—Mi idea es otra; mi idea es, que, á pesar de lo que en ese trozo de filosofía se demuestra, yo me apuro, porque me fastidio, y creo que sería preferible que nos divirtiéramos, á que nos fastidiáramos.

—¡Gloria al príncipe y á su idea!

—¡Apoyado! ¡Apoyado! como dicen los portugueses.

—Pero ¿en qué nos hemos de divertir?

—Esa es la cola que habeis de poner á mi idea. No he de hacerlo yo todo.

—Es verdad.

—Yo digo como Leon X: hágase el templo-palacio por los primeros artistas, y á costa de los ahorros de los desconocidos, viudas hambrientas que ayunen un dia ó una semana, para que viva feliz en la gloria el esposo á quien adoraban, que las pegaba y las arruinó; huérfanos que vendan su única camisa, para sacar del purgatorio al padre que nunca se cuidó de ellos. Pero digo tambien: la gloria de hacer el templo ha de ser mia, y así como el que Salomon mandó que se hiciera se llamó templo de Salomon, y así como las Siete Partidas (y mirad si soy sábio; por cierto que los españoles pueden decir, sobre todo mirando la parte eclesiástica, que son partidas serranas) se llaman de D. Alonso, ya que he dado yo la idea, quiero que el descubrimiento sea una lámina de oro en que se escriba mi nombre. El trabajo para los otros y la gloria para mí. ¿Cuándo ha hecho otra cosa ningun Sultan, Faraon, Emperador ó Rey?

—¡Bien dicho!

—Soy la imágen de Dios sobre la tierra, y dejando en completa libertad á mis artífices para llevar á cabo mi oculto pensamiento, no hago más que imitar á Dios, que nos ha dejado el libre

albedrío, segun los filósofos y teólogos más reputados de nuestros enemigos los cristianos.

—Pero esa idea, ¿se le ha ocurrido de veras á V. M.?

—¿Por qué no? Donde ménos se piensa, salta la liebre.

—Es que vale más que la que V. M. nos enseñaba tan orgulloso.

—Vale más; ¿para qué?

—Para.... para....

—Así se dice á un coche que va á atropellar á alguno, ó á caer en un precipicio.

—Para dar gloria á su autor.

—Para eso sirven todas las cosas inútiles. Pero en fin, ¿nos divertimos, ó nó? Lo pongo á votacion.

—Aprobado por unanimidad.

—Y ¿en qué nos divertimos?

—En.... en.... en...

—En.... en.... en....

—En.... en.... en....

—Hable Vd. primero.

—A Vd. le toca.

—Le toca á Vd.

—A Vd.

—¿Podríamos poner acertijos?

—Si hubiera en toda la córte alguno capaz de adivinar cuántas son dos y dos....

—Podríamos entretenernos en ver asar un esclavo.

—¿No tenemos fritos á todos nuestros súbditos?

—¿No podríais entretenerme adulándome? Creo que eso me halagaría.

—No es tonto V. M.

—¡Imbécil! Cuando un príncipe tenga las narices largas, no le adularás diciéndole que es chato, sino tirándote de las tuyas, burlándote de los chatos, llamando chato al que tenga narices regulares, y diciendo una y otra vez que el ser narigudo es una perfeccion. No me aduleis diciéndome que tengo talento, sino probándome que el talento para nada sirve.

—¿No lo prueba nuestra grandeza? Somos al par los príncipes del reino y los más imbéciles entre los ciudadanos.

—Eso prueba mi justicia. Si al que tiene talento le diera además riquezas y poder, el mundo sería suyo. Es preciso repartir entre todos equitativamente los bienes y los males.

—Yo probaré á V. M. que el talento para nada sirve, por medio de dos historias.

—Pues cuéntalas, Sultana, y te daré un collar de perlas.

—Escuchad, pues, la historia de Paja-larga y sus vecinos.

II.

—Paja-larga tenía 16 años, y se hubiera sabido que era guapo, si su estatura no hubièra sido tal que un présbita no alcanzara á verle la cara, y si no hubiera sido tan flaco, que un miope mirándole de cerca hubiera podido ver algo de sus formas. Era una aguja, y su norte el bello sexo. Era un hilo que decia:—Mi destino es servir á las mujeres, y sobre todo, á las costureras. Consideraba perdido el dia en que no habia tenido una aventura amorosa, ¡ay! y ni una siquiera habia tenido en su vida. Por eso era infeliz y vivia triste; por eso repetia más de una vez con un poeta moderno, en sus raptos de ira:

¡Oh, quién tuviera el mundo en una mano
Para jugar con él á la pelota!

Y con el mismo poeta suspiraba en sus horas de desesperacion:

¿Dónde la paz humana?
No la pude encontrar, ni con linterna.
¡Ay! ¡quién pudiera descansar mañana
En los jergones de la vida eterna!

Pero todo tiene un término, y al fin se resolvió á que su inocencia le tuviese tambien.—He de

amar y ser amado,—se dijo;—y lo que es más, he de aspirar el aroma del árbol del amor, árbol de flores ruborosas, que da por fruto, no sé ahora qué, pero lo sabré mañana. Basilisa, mi criada, es más hermosa y más inocente que la célebre Maritornes. Será mi primera víctima, y así se verá si sirvo ó nó para D. Juan.

III.

¿Haré el retrato de Basilisa? Era.... ni siquiera me acuerdo; pero, en fin, figuraos que era una mujer como cualquiera otra.

IV.

Basilisa dormia en un cuarto separado, sobre el cual habia un desvancillo, propio para guardar esteras, y que por el mismo cuarto de Basilisa tenía la entrada.

Paja-larga se escondió en el desvan, y esperó á que su amada se retirase y cerrase la puerta, para arrojarse á sus piés y declararla su pasion volcánica en un discurso que, al efecto, habia compuesto y aprendido de memoria.

Para no dar un golpe en vago, hizo con poco

trabajo un agujerito en el suelo del desvan, que era de tablas, y desde allí miraba sin ser visto, riéndose para sus adentros, y diciendo:—¡Qué malo soy!

Así pasó algunas horas.

Al cabo de ellas, sintió un ligero ruido, y el corazon le latió con violencia.

La puerta se abrió y entró Basilisa; pero ¡oh dolor! no venia sola.

La acompañaba un hombre, que entró con precaucion.

Paja-larga reconoció en él al barbero de la esquina, que no le dejaba sosegar ninguna siesta, cantando á su puerta coplas y más coplas al compás de su guitarra.

Basilisa volvió á cerrar la puerta con cuidado, sacó al centro del cuarto una mesita, y la cubrió con un mantel y nada escasos ni ordinarios manjares.

Hecho esto, el barbero y ella se sentaron frente á frente, y empezaron á cenar, comiendo en el mismo plato, bebiendo en el mismo vaso y murmurando de todo bicho viviente.

—¡Cuánta gana tengo de que esto acabe,—decia Basilisa,—y de ser tu mujer ante Dios y los hombres!

—Yo tambien tengo gana,—respondió el barbero (y lo probaba metiéndose en la boca un gran

pedazo de jamon),—pero ¿qué hemos de hacer? Llevan tan caro por casarle á uno, que todos mis ahorros no alcanzan.

—Ni los mios, y eso que siso cuanto es posible; pero la señora es tan cominera y tan tacaña, que todos los dias se informa del precio de las cosas y examina lo que traigo. Hace dos dias que por poco me obliga á volver la carne, so pretesto de que le parecia mal pesada, y apenas se conocia, porque para libra y media que era, sólo faltaban tres cuarterones.

—No puedo ver á las gentes de ese género. ¡Qué diferente era la otra ama que tenias!

—¡Ya lo creo! Aquella, como nada la costaba ganarlo....

—¿Sigue aún manteniéndola el banquero?

—No; ahora ha decaido, y sólo la mantiene un comisionista.

—Otro banquero vendrá. ¿Quién habia de decirme que la novia de mi compañero de tienda habia de tener tanta suerte?

—¡Ya, ya! ¡Hay mujeres que tienen una fortuna! Pero el vino se acaba. Espera un momento, que voy á buscar otra botella.

Basilisa salió; el barbero, aprovechando su ausencia, se acercó á una ventana que daba á la calle y siseó dos ó tres veces.

Un momento despues, dos hombres de mala ca-

tadura entraron cautelosamente, y fueron escondidos debajo de la cama de Basilisa.

—¿Traeis las peras de ahogo?—preguntó el barbero.

—Y las navajas,—contestó uno de los recien llegados.

—Pues quietos hasta que yo avise.

Basilisa volvió á entrar, no con una botella, sino con dos, y prosiguió la cena.

Pero hé aquí que, cuando en lo mejor de ella estaban, llaman á la puerta del cuarto, y se oye por fuera la voz del padre de Paja-larga, que decia:

—¡Abre, muchacha!

—¡Mi amo!—esclamó Basilisa.—¡Soy perdida! Escóndete.

—¿Dónde?

—En el desvan.

—Está cerrado.

—Bajo mi cama.

—Pero, muchacha, ¿abres, ó no? Se ha puesto mala la señora, y hace una hora que estoy llamando.

—Voy, voy,—decia Basilisa,—me estoy vistiendo.

Con el azoramiento y la prisa, no acertaba á esconder la mesita y la cena. Púsola en un rincon, y echó sobre ella un vestido.

En seguida abrió.

El padre de Paja-larga entró con una palmatoria en la mano, diciendo:—Podias abrir, perezosa.... vé á hacer una taza de té á la señora.... pero, ¿qué es eso?

Acababa de ver una de las botellas, que al empuje del vestido echado sobre la mesa, se habia volcado, y estaba llenando el suelo de vino.

Levantó el vestido, vió todos los aprestos de la cena, y gritó con indignacion:—Grandísima ladrona, ¿es esta la cuenta que das de mi despensa?

—Yo, señor,—murmuró Basilisa, confusa,—es que....

—Es que, es que todo lo mejorcito lo has escojido; el pollo.... los chorizos.... el jamon.... el Burdeos.... el.... ¡mal rayo te parta, golosona! Arregla ahora mismo tu cuenta, y en cuanto sea de dia, á la calle.

—Señor...

—Nada, nada; á la calle, y que te ampare el que está arriba.

Queria decir Dios; pero Paja-larga, creyéndose descubierto, esclamó por el agujero de su escondite:—No haré yo tal. Que la protejan el barbero y los ladrones que tiene bajo la cama.

El padre de Paja-larga y Basilisa se espantaron mucho de oir esta voz. Pero más se espantaron de ver salir de debajo de la cama al barbero y sus

compañeros, que con las navajas abiertas y gritando: «¡Paso, paso!» se lanzaron por la ventana á la calle, y huyeron.

Entonces Paja-larga bajó y confesó su culpa; Basilisa confesó la suya tambien, asegurando que no era cómplice de los ladrones (lo que confirmó Paja-larga), y que el susto recibido la correjiria de sus amores barberiles; el padre de Paja-larga, en vista de todo esto, persistió en su idea de ponerla de patitas en la calle, y así lo hizo en cuanto fué de dia.

Cuando dan broma á Paja-larga por su aventura, contesta:—Pues si aquella noche no me hubiera yo empeñado en que me sucediera algo, nos sucede á todos los de la casa.

V.

Frente á la casa de Paja-larga vivia el sábio don Timoteo, cuya lengua, por lo larga y por las muchas lenguas que hablaba, parecia una torre de Babel; no hay biblioteca tan atestada de libros como su memoria; no hay ladron que tenga tantas ganzúas como él para penetrar los secretos de las artes y las ciencias; y por lo que hace á natural ingénio, ni Salomon le hubiera igualado. Todos le admiraban, todos le respetaban, todos le con-

sultaban, y todos le hacian regalos, que él recibia pronunciando grandes discursos sobre el conocido tema: *¡Oh, cuantum est in rebus inmanæ!*

Cuidando de su salud, para tener *mens sana in corpore sano*, salia todas las tardes despues de comer á dar un paseo á caballo, paseo que aprovechaba, ó para hablar con algun otro amigo, sábio tambien, ó para meditar sobre *omnia scile et quibusdem aliis*, ó para herborizar en los alrededores de la ciudad.

Una tarde que volvia solo, despues de haber recojido gran número de plantas medicinales, oyó gemidos al lado del camino; se acercó y vió un hombre herido, moribundo, casi desnudo, que imploraba su compasion.

Apeóse, reconoció las heridas, observó que estaban hechas con puñales venecianos, de esos que tienen en el lomo una canalita, y en ella veneno, y sacando de su alforja algunas plantas, vendas é hilas, salvó de la muerte á aquel hombre, que mientras tanto, le contó cómo habia sido sorprendido por unos bandoleros, que le habian robado, procurando asesinarle.

—Pues de esta ya está Vd. salvo,—le dijo don Timoteo,—aunque á decir verdad, no hubiera usted vivido dos horas, si no hubiera yo venido.

—Dios se lo pague á Vd.

—Ahora, para completar la curacion, tome usted este frasquito, y dentro de dos horas tome en un vaso de agua la mitad de lo que contiene; mañana podrá Vd. tomar la otra mitad, y se encontrará tan bueno, como si nada le hubiera ocurrido.

—Y ¿no me curaría más pronto tomándole todo de una vez?

—Guárdese Vd. de hacerlo. Moriria Vd. casi instantáneamente, y sin exhalar un gemido. Vamos ahora á buscar un albergue.

No tardaron en encontrarle. A pocos pasos de allí, vivia un administrador de las fincas rústicas de D. Timoteo, hombre muy recto, muy juicioso y muy precavido, que era célebre en el contorno por su miedo á los ladrones.

D. Timoteo llamó á su puerta, y el mismo administrador (D. Gil) salió á la ventana, con una escopeta, preguntando:—¿Quién es?

—Deja á un lado la escopeta,—contestó don Timoteo,—soy yo, que vengo con un enfermo.

—No me fio. Andan por aquí muchos ladrones....

—Precisamente, por eso vengo, porque han herido á mi compañero.

—¿Y no podríais ser de ellos, y haberos disfrazado de D. Timoteo?

—¿Estás loco?

—Porque no lo estoy, hablo así.

—Pero, ¿y mi cara, y mi voz?

—Hay ladrones tan listos, que roban las caras y las voces.

—No seas tonto y ábre.

Al cabo de mucho tiempo, y de muchas reflexiones, D. Gil se decidió á abrir, y D. Timoteo y el herido entraron, y observaron que la casa toda estaba defendida como una fortaleza.

El cuarto de D. Gil, sobre todo, lleno de armas y municiones, y guardado por dobles puertas forradas de hierro y aspilladas, podia defenderse hasta de un asalto de los criados de la casa, que dormian en el piso bajo.

Mientras veian todo esto y se disponia la cena, decia D. Gil:—No estrañeis que tomára hoy más precauciones que cualquier otro dia. Hoy, don Timoteo, he recibido el precio de las haciendas que me ha mandado Vd. vender, y aun no he podido colocarle en la empresa que Vd. deseaba, por no tener quien me acompañase por el camino. Sabe Vd. que mis criados son fieles, pero prefiero un destacamento de tropa. Al fin y al cabo, cuatro millones y medio no son un grano de anís.

—Y ¿dónde tiene Vd. ese dinero?—preguntó D. Timoteo.

—En el arca de al lado de mi cama,—con-

testó D. Gil.—Mire Vd. qué magnífico par de pistolas he puesto encima y al alcance de mi mano. Si alguno entrase, yo aseguro que no saldria sino entre cuatro, y con los piés para delante. Vamos á cenar.

La cena fué alegre. El herido contó su historia, que era insignificante. D. Timoteo habló de ciencias y el administrador refirió anécdotas de ladrones. Dadas gracias, cada uno se retiró á su cuarto.

Pero el herido, despues de haber tomado el medicamento y dormido dos horas, se despertó sano y empezó á meditar.

Su meditacion, al principio sosegada, se convirtió pronto en febril.

La suma que le habian robado en el bosque no era suya; ¿quién podia saber si el que se la habia confiado creeria en el robo? Y por haber sido robado, pasaria por ladron. Para él, vanidoso, ¿no era mejor serlo que parecerlo? Allí cerca, al alcance de su mano, habia unos millones que podian hacerle feliz. Compraria una casa en país lejano, se casaria con una mujer más bella que un ángel y más tierna que Safo, tendria hijos que brillarian como estrellas en el cielo de su felicidad....

Se levantó, se acercó cautelosamente á la puerta de D. Gil. Le sintió respirar dormido. Se alejó.

Volvió á acostarse. Se levantó de nuevo. Volvió á acercarse á la puerta. D. Gil le sintió.

—¿Quién anda ahí?—dijo.

El desconocido vaciló. D. Gil volvió á preguntar:—¿Quién anda ahí?

Entonces el desconocido se decidió, y contestó:

—Abrid.

Su suerte estaba echada.

—¿Qué quiere Vd.?—insistió D. Gil, alarmado.

—Me estoy muriendo,—contestó el desconocido.—El doctor me ha dado una medicina, encargándome que la tomase en dos dias; creyendo curarme más pronto, la he tomado de una vez, la he tomado en uno, y sin duda me he envenenado; ¿dónde duerme el doctor?

D. Gil, que conocia la medicina, y habia oido hablar de sus efectos á D. Timoteo, no tuvo duda. Levantóse, abrió, el desconocido le arrojó al suelo de un empellon, y posesionándose de las pistolas que estaban sobre el arca, antes de que hubiera podido exhalar un grito, le dijo:

—Una palabra, y te mato.

En seguida le tapó la boca, le amarró, cojió el dinero, y escapó por una ventana, arrojándole al rostro por despedida estas palabras:

—Hasta el valle de Josafat. Me llevo estas pistolas para recuerdo. Otra vez no gaste Vd. su di-

nero en armar á ladrones que vengan desarmados como yo.

VI.

Y ahora viene la moraleja.

Si una tontería salva á veces, y el talento, marchando por la línea más recta, produce nuestra ruina; si nosotros no ponemos más que la intencion y Dios las circunstancias, que son las que determinan los sucesos; si por lo tanto, el hombre que reflexiona no es otra cosa que un cabalista que sueña combinaciones en la lotería de la vida, ¿para qué sirve el talento?

Colorin colorado.... ¿Está contento V. M.?

VII.

—¿Sabes que me ha gustado el cuento?—dijo el Sultan.

—Me alegro,—contestó la Sultana;—porque así tendré mi collar de perlas.

—¿Qué collar?

—El que V. M. me ofreció.

—Es cierto que le ofrecí; pero me ocurre ahora que mejor te convendrá otra cosa.

—Lo dudo.

—Ahora lo verás. ¿No has tratado de probar que el talento es una tontería?

—Era el tema.

—¿Y que es una planta estéril?

—Era el tema...

—Pues si has mostrado talento al contar el cuento, y te premio con un collar de perlas, tu prueba queda destruida y tu gloria se derrumba. ¡Líbreme Alá de atentar á tu gloria! Nada de collar de perlas, nada de cosa que te agrade. Esclavos, en premio de su cuento, dad una paliza á la Sultana, y ofreced otra igual á todo el que de hoy en adelante, en mis Estados, tenga siquiera la mitad del talento que yo.

INOCENTADA.

Habia en un convento un lego de tan buen natúral, que era la víctima y el házme reir de todos sus hermanos.

Casi siempre en el mundo, el que se hace cordero se espone á servir de presa á los lobos, y aun por eso dice un refrán: «házte de miel, y te comerán las moscas.» Como era bueno, se le creia tonto; y sobre todo, cuando se hablaba de su credulidad y de sus candideces, no habia fraile á quien la risa no causase convulsiones. Él llegó á notarlo, pero tenia bastante grandeza de alma para no darse por entendido y perdonarlo. ¿Qué le importaba el juicio de los hombres á él, que se consagraba á Dios? Tanto hicieron, sin embargo, que le impacientaron y movieron á que considerase un deber de caridad darles una leccioncita.

Habiendo ido una mañana al convento el Rey y varios caballeros de la córte, en que ya se hablaba de las candideces del lego, el Rey quiso verle y juzgar por sí mismo de su candidez. Para satisfacer el deseo real, se llamó al lego, y cuando estaba hablando, de espaldas á la ventana, un fraile esclamó, señalando á esta:

—¡Mire, mire, hermano, cómo vuela aquel asno!

—¡Sí, sí, cómo vuela!—esclamaron tambien el Rey y un cortesano.

Y el lego se volvió, y pareció quedar maravillado de no ver nada. Hasta murmuró:

—¡No he llegado á tiempo de verlo!—Lo que produjo una carcajada general.

—¿He incurrido en alguna nueva candidez?—preguntó inocentemente el lego, sin desconcertarse.

Las risas redoblaron, y cuando se las dió tregua, el Rey le dijo con cierta conmiseracion:

—Pero, hombre de Dios, ¿es posible que llegue tu candidez á creer que los burros vuelan?

—Dificil me parecia, señor,—respondió el lego,—pero tuve que creerlo, porque me parecia imposible que un digno Rey, un digno caballero y un digno sacerdote mintiesen.

Desde aquel dia no se le volvieron á dar bromas.

UNA CARTA

Á

D. ANTONIO TRUEBA Y LA QUINTANA.

Este juguete no tiene otro mérito que la manera con que ha sido escrito. Déle Vd. la proteccion de su nombre, y consérvele como prenda de afecto de su buen amigo

CÁRLOS RUBIO.

D. Sebastian Gutierrez, tio del guardia del mismo nombre que tan célebre se hizo en Madrid por sus calaveradas, era un honrado fabricante de velas que habia sido militar y alcalde de monterilla en un pueblo, pero que no sabia leer ni escribir. Casado en primeras nupcias con la dueña de la fábrica en que habia entrado á servir de mozo, como recuerdo de ella al cumplir los cincuenta años, le quedaban la fábrica de velas y una hija de diez y ocho abriles llamada Eloisa. Seducido entonces por los encantos de la hija de

una viuda vecina suya, reincidió en el matrimonio, con harto pesar de Eloisa, que empezó á ser tratada por Clara (tal era el nombre de la nueva esposa de D. Sebastian) como generalmente las madrastras tratan á sus hijastras.

Eloisa, que desde los dos hasta los once años habia sido educada en casa de un pariente de su madre que vivia en Andalucía, y habia recibido una educacion superior á su clase, se halló pues aislada en su casa, entre el ódio de su madrastra y la grosería de su padre, sin poseer siquiera una amiga en cuyo seno pudiera derramar sus lágrimas.

Eloisa tenia talento; ¿qué niño desgraciado no le tiene? Y acostumbrándose á la rudeza de su padre determinó ganarse el cariño de su madrastra; pero esta empresa era harto difícil. Véase cómo trató de llevarla á cabo.

Clara, antes de casarse con D. Sebastian, habia tenido amores con un jóven llamado Donato, que aunque pobre se dedicaba á la diplomacia, carrera casi esclusivamente destinada á las personas ricas, y merced á varios lances de fortuna y habilidad habia conquistado en ella un honroso puesto. Separado de Clara por las mismas vicisitudes de su vida, no hubiera vuelto á acordarse de ella si la casualidad, la hada benéfica de los escritores y de los amantes, no los hubiera reuni-

do en Cádiz, donde Clara llevó un año á su marido. La casualidad hizo que Donato y Clara se hospedasen en la misma fonda, y no dejó que hacer nada al diablo, sino declinar su empleo en el amor.

Eloisa, merced á la poca importancia que se dá á los niños, se enteró pronto de los amores de su madrastra, y calló, como callaba siempre, pensando sacar partido de ellos.

Tambien la impidió hablar el carácter de su padre, confiado hasta la imprudencia, pero terrible en un momento de celos como el *Tetrarca de Jerusalem.* Su primera mujer habia muerto á consecuencia de haber tomado él unos celos infundados, que le movieron á abrir en dos partes de una sola cuchillada el cráneo á un amigo suyo. Esta historia, que Eloisa no olvidaba, la recomendaba el silencio.

Contentábase con esperar, observando á los amantes siempre á favor de su insignificancia, y su mirada, semejante á la de la Providencia, los seguia por todas partes. Escondida tras de unos árboles, sorprendió su primera entrevista en el jardin de la fonda, el duo de quejas de ambos, las protestas de Donato y las confesiones de Clara: todo lo observó y lo grabó en su memoria para ejercitarlo en su dia. Su madrastra la pareció una sublime maestra, si bien se dijo á sí misma:

—Lo que hace, es algo peor que mis travesuras; si como los grandes riñen á los niños, los niños riñeran á los grandes, creo que tendria derecho á echarla un buen sermoncito.

Clara culpó á Donato de haberla precipitado en el abismo de su matrimonio con sus infidelidades. Él, para probarla que sus quejas eran infundadas, la enseñó una carta, verdadera ó falsa, de un amigo suyo, en que le decia que hacía mal en guardarla tanta fé, cuando ella se iba á casar con otro. Al sacar esta carta, cayeron al suelo otras varias, que Donato se apresuró á recojer; pero no las recojió todas, pues Eloisa, cuando la amorosa pareja se hubo alejado, encontró sobre la yerba un billetito de amor dirijido á Donato por una mujer, que se firmaba Pepita.

—¡Ah, pícaro!—esclamó Eloisa;—engaña á mi madrastra, como mi madrastra á mi padre... Guardemos esta carta, que puede servir alguna vez.

Guardó la carta y siguió observando aquel drama de familia tan antiguo, tan sabido, y que sin embargo, no se hace nunca viejo, que dió argumento para su *Iliada* á Homero, para sus cuentos á Bocaccio, para sus comedias á Moliere, y para sus mejores dramas á Dumas y Víctor Hugo, sin contar con que en la Biblia está simbolizado en el pecado original.

Donato amaba de veras á Clara; algunos lo creerán estraño: el amor es un ambicioso más. ¿Por qué? Siendo la ambicion una pasion ficticia, y el amor una necesidad embellecida, nada tiene de estraño que despues de la ambicion, es decir, despues que la imaginacion ha recorrido todo el campo de lo ideal, venga á descansar de su jornada en la necesidad física, en el amor.

Teniendo que partir para América Donato, quiso llevarse á Clara; pero ella se negó con la tenacidad propia de las mujeres á quienes no se puede convencer sino por el sentimiento. Pésame ya haber puesto esta frase, porque el sentimiento no es en suma sino una idea, y quien convence por el sentimiento convence por la razon, aunque de un modo desconocido, á Aristóteles.

Donato, para obligar á Clara á que le siguiese, la escribió una carta imitada de la *Nueva Eloisa*, en que la amenazaba con suicidarse (el suicidio en los amantes modernos es un recurso como el de los ataques de nervios en las mujeres, escribia Larra poco antes de suicidarse) si no le seguia, y se dirijió á su cuarto. En él estaban D. Sebastian y Eloisa, además de Clara. Donato enseñó á esta su carta por detrás de D. Sebastian, y la metió en un libro; pero Eloisa se apoderó del libro al momento, y por pronto que su madrastra

quiso quitárselo, tuvo tiempo para sustituir la carta de Donato por la que habia encontrado en el jardin. Ni Donato ni Clara lo notaron, y Clara se apresuró á salir al jardin á ver lo que su amante la escribia.

Difícil sería describir lo que pasó en su corazon viendo la carta de Pepita: heridas á un mismo tiempo todas sus fibras irritables, produjeron una especie de rujido interior, una crispacion nerviosa con unos impulsos de llorar, que se comprenden mejor que se analizan. Hay momentos en que el pintor se vé obligado á presentar sus figuras de espalda por no destruir los efectos de la imaginacion de los lectores, y el arte consiste en comprender estos momentos, porque para el arte todo es cuestion de oportunidad.

—¡Infame!—esclamó Clara.—¿Así paga mi cariño? Me ha llevado hasta el borde del precipicio; ha robado á mi corazon su alegría, á mi conciencia su paz; ha arrancado y hollado en flor mi porvenir, y por premio me dá... ¡el desprecio! ¡Infeliz de mí! ¡En qué seno reclinaré mi cabeza para llorar mi falta, si mi cómplice y mi instigador me desprecia! ¡Infame y cobarde como todos los hombres! Cuando un hombre se siente insultado, como que es fuerte, reta al que le insultó y se venga; pero una mujer no puede vengarse, y por eso el hombre la desprecia y dice viéndola

padecer: «si lloras, bebe.» Por eso el que se creeria deshonrado si faltase al juramento que ha hecho á otro hombre, tiene á gala el romper los que ha hecho á una mujer... ¡porque la mujer es débil y no se puede vengar!

Y lloraba lágrimas que escaldaban su rostro, como las de Luzbel el dia de su caida. Hay que confesar que en sus quejas no la faltaba razon.

Luego, animada por un sentimiento de altivez, se levantó majestuosa como una reina que oye su sentencia de muerte y añadió:

—Y bien, puesto que quiere herirme con el desprecio, con el desprecio le corresponderé. Entre la víctima y el verdugo, el verdugo es siempre el más despreciable. Él es el único que no tiene derecho para juzgarme. Él solo es el infame; á mí sola me corresponde el despreciar.

En este momento llegó Donato, y sin parar la atencion en la fisonomía de Clara, la preguntó con interés:

—¿Has visto mi carta?

Clara dudó un momento si le responderia; le fulminó una mirada de desprecio, como debió ser la de Felipe II cuando mató á su bufon, y se dirijió silenciosamente hácia la casa. Donato, anonadado en el primer momento, la alcanzó en seguida, y la detuvo por el brazo cuando ponia el pié en el primer escalon del peristilo.

—¡Clara! ¡Clara!—la dijo con voz conmovida, —¿qué tienes?...

—¡Caballero! —respondió Clara libertando su brazo y fulminándole una mirada más terrible que la anterior.—Tarde he empezado á conocer á Vd.; pero le aseguro que me aprovecharé de la leccion.

—¿Pero no has visto mi carta?...

—En otras mujeres, quizá ese medio produjera un buen resultado; en mí, solo produce indignacion... he dicho mal, desprecio.

—¡Crees que no soy capaz de hacerlo!—esclamó Donato herido en lo vivo de su orgullo.

—No creo nada ni me importa, porque nada tengo que ver con Vd.; soy la señora de Gutierrez, y voy á ver á mi marido.

Y entró en la casa, dejando á Donato anonadado á la puerta.

—¡Ah!—esclamó Donato apretando los puños, —se burla de mí, me tiene por un cobarde; yo la probaré que soy capaz... pero no, mi suicidio halagaría su orgullo; eso es quizá lo que desea, porque la vanidad en las mujeres es tan escesiva, que llega muchas veces á ser cruel... Yo me vengaré, haciéndola que me siga á cualquier precio. Tengo cartas que la comprometen; su marido es celoso como un turco; se las daré, y entonces no tendrá más remedio que seguirme.

Y con el paso precipitado de toda persona profundamente agitada, subió á su cuarto y cojió las cartas de Clara.

Al volver á salir encontró en el jardin á don Sebastian. Era este un hombre alto y robusto como un Hércules. Sus cejas, negras, espesas y fruncidas como las de todos los celosos, prestaban á sus ojos, cuyo ceniciento íris estaba esmaltado de puntos oscuros, un no sé qué de terrible, que hubiera hecho vacilar á un fisónomo, pues las demás facciones de su rostro, aunque rudas y abultadas, indicaban cierta bondad. Vestia una levita de algodon color de ceniza con rayas pardas, y un pantalon color de tierra: ceñía su cabeza un sombrero de paja, de anchas álas, y ostentaba en su mano un grueso baston de madera pintada de amarillo imitando caña. Con él estaba Eloisa colgada de su brazo, suelta al aire su rubia cabellera y sonriendo de felicidad con sus ojos, que parecian reflejar el azul del cielo como un lago tranquilo.

Donato se acercó con el paquete de cartas en la mano, y dándosele á D. Sebastian, le dijo cortando sus saludos:

—Tome Vd., caballero; lea Vd.

Don Sebastian tomó maquinalmente el paquete y levantó la cabeza admirado, diciendo:—¡Que yo lea!

En su vida habia oido una cosa más estupenda.

Pero ya Donato se alejaba precipitadamente.

—¿Qué quiere decir esto?—esclamó D. Sebastian.

—Déjamelo ver, papá,—dijo Eloisa, temblando y presintiendo alguna desgracia.

Apenas leyó algunas líneas de una de las cartas, lo comprendió todo y sintió que se la helaba de espanto el corazon, como á quien se asoma á un abismo. Sin embargo, tuvo bastante fuerza de alma para dominar su emocion, y esclamar con voz tranquila:

—Es una novela... una novela en cartas.

—¡Una novela!... ¿Para qué me la dá á mí?

—Querrá consultarte sobre ella.

—Es un capricho como cualquiera otro. Pero me parece que para eso no se necesitaba poner aquella cara de furioso, ni marcharse tan precipitadamente... Bien dicen que los poetas son locos. Vamos, lee un poco, hija mia.

Mientras tanto, Donato corria al muelle y ajustaba el viaje para él y Clara, en un vapor que debia salir una hora despues.

Cuando volvió, encontró todavía á D. Sebastian en el jardin; pero Eloisa no estaba ya con él.

Donato tembló á la vista de aquel Goliat; pero pensando en su próximo viaje, que pondria entre ambos más de mil leguas de mar antes de una

hora, tomó el airado continente del valenton de que habla Cervantes en su célebre soneto, y escudándose con su propia audacia, le esperó.

Don Sebastian, por el contrario, se le acercó sonriendo amablemente, y le dijo:

—Ya he visto aquello.

—Para eso se lo dí á Vd.,—le respondió Donato con espantosa gravedad.

—Lo he visto, y me gusta.

—¡Cómo!

—Sí; es bueno: es decir, yo no soy voto en la materia; pero tambien tengo mi gusto. Ya lo acabaré de leer y se lo devolveré á Vd.

Donato estaba como quien vé visiones.

—Lo que debia Vd. hacer,—añadió D. Sebastian,—es publicarlo.

—¡Publicarlo!

—Sí, por entregas á real y con grabados... Otras cosas peores andan impresas.

Don Sebastian dejó á Donato, palpándose para asegurarse de que no soñaba.

—¡Que publique las cartas de su mujer!—decia. —Aquí hay un misterio sin duda. Y bien, que lo desenrede el diablo que lo ha enredado. Vamos á ver á Clara y á dar el golpe de gracia.

Cuando Clara le vió entrar en su cuarto, quiso hacerle salir sin oirle; pero apenas se enteró de que sus cartas estaban en poder de su esposo,

perdió toda su serenidad y se abandonó al miedo.

—Sígueme,—la dijo entonces Donato,—el vapor va á partir.

—Partir con Vd. ¡jamás!—esclamó ella,—antes sufriré la justa cólera de mi esposo.

—Sabes su furor...

—No importa.

—Es capaz de asesinarte.

—Lo merezco, y acaso le enternezca mi llanto.

—¿Le enterneció el de su primera esposa? ¡Y era inocente!

En este momento la voz de D. Sebastian, que reñia á un criado, se dejó oir en el patio, aterrando á Clara, que conoció que no podria soportar su vista; quizá iba á ceder, quizá iba á seguir á Donato por huir su castigo, y ya solo murmuraba:

—Esas cartas... si yo tuviera esas cartas...

Cuando la puerta se abrió y Eloisa se presentó en ella con un paquete en la mano, diciendo: —Esas cartas serán estas probablemente; tómalas, mamá.

Clara y Donato lanzaron una esclamacion de asombro.

Señor D. Donato,—añadió Eloisa,—el vapor va á partir.

—Pero tu padre...—preguntó con ansiedad Clara.

—Lo ignora todo.

—Y tú...

—Olvido lo que sé.

Donato conoció que estaba allí demás; se fué entonces de la casa, y media hora despues de Europa.

—Pero esplícame este misterio,—dijo Clara á Eloisa cuando quedaron solas.

—Todo se reduce,—respondió esta,—á que la hijastra ha querido ganar el cariño de su madrastra. ¿Lo ha conseguido?

Clara respondió abrazándola con efusion.

Desde entonces, ninguna nube ha vuelto á empañar el cielo de aquel matrimonio.

LA SOCIEDAD DE LOS LOCOS.

I.

Una mañana estaba Júpiter fumando un cigarro y contemplando la tierra desde una ventana del cielo. Escusado es decir que no le gustaba gran cosa lo que veia ; en el mundo, todo iba de mal en peor.

—Veo,—esclamó por fin,—que tendré que echar de nuevo al horno ese globo decrépito que no es siquiera divertido. Lo siento por los animales que en él hay. Los castores, las hormigas, las abejas trabajan y viven admirablemente; pero los hombres son de lo más malo y más estúpido que he podido inventar: su sociedad es un panal en que solo labran veneno amargo.

En este momento un criado le llamó:

—¡Señorito!

—¡Hola! Traes el chocolate,—respondió Júpi-

ter sin volverse;—bien, déjale ahí sobre la mesa.

—Es, señor,—insistió el criado,—que además del chocolate traigo el encargo de decir á V. M. D. que una comision pide audiencia.

—¡Audiencia á estas horas! Es una locura.

—Pues bien, eso es natural; porque la comision es de locos, y viene en representacion de todos los locos del mundo.

—¡Hola! Eso debe ser curioso. Que éntren.

Y Júpiter se quitó de la ventana, se sentó en su sillon, empezó á tomar su chocolate y esperó.

II.

Los locos entraron haciendo cabriolas en vez de cortesías y armando un ruido infernal.

—¡Gracias á Dios que te vemos frente á frente! —decian.—Tú al ménos no nos juzgarás como nuestros loqueros.

—Yo soy Solon.

—Yo Licurgo.

—Yo Moisés.

—Yo el Preste Juan de las Indias.

—Yo el Papa.

—Yo Napoleon.

—Yo Esculapio.

Etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc.

—Me alegro de tener aquí tanta gente honrada,—dijo Júpiter sonriéndose.—¿Y qué os trae á verme?

—Señor,—contestó el que hacía de cabeza;—yo soy Ciceron, y por eso mis compañeros me han cedido la palabra: yo vengo á declarar en su nombre y en el mio y en el de todos los locos del mundo, que las cosas en el mundo andan muy mal.

—Eso mismo pensaba yo hace un momento,—interrumpió Júpiter.—Tu pensamiento es razonable.

—Como todos los de los locos, señor; hace mucho tiempo que estoy persuadido de que solo los locos pensamos con cordura.

—Prosigue.

—Señor, cuando se conoce un mal se debe buscar remedio. Todo en el mundo está mal; tratemos de que esté bien. Está todo mal, porque los cuerdos gobiernan: ya veis qué torpes son. Permítame V. M. D. que formemos una sociedad los locos, y verá como es mucho mejor que todas las conocidas.

—¡Escelente idea!—esclamó Júpiter.—Id; formadla y venid á avisarme cuando la tengais concluida.

Los locos salieron, ébrios de placer, saltando, riendo y chillando, como lo que eran. Júpiter

acabó su chocolate, bebió un vaso de agua, encendió otro cigarro y se puso á leer la *Gaceta*.

III.

¿Podreis figuraros la sociedad que formaron los locos? Agotaron en ella todos los esfuerzos de su imaginacion y su estravío; todo en ella estaba al revés de como debia estar; todo en ella era monstruoso, absurdo; era la obra maestra de la demencia: sin haberla visto, nadie se la podria figurar, nadie comprenderla, aunque se la esplicasen.

Cuando estuvo terminada, los locos, orgullosos de su obra, llamaron á Júpiter para que la viese.

Él no se hizo esperar.

—¡Voy á pasar un escelente rato!—esclamó, y corrió al sitio designado.

Pero ¡ay! su gozo en un pozo. Al ver la creacion de los locos, se le cayó el alma á los piés.

—¿Esto es todo lo que habeis inventado?—esclamó.—¡Plagiarios!

—¡Cómo, señor! Esto lo hemos hecho los locos solos.

—Ya se comprende.

—Es la obra maestra y más estravagante de la locura.

—Cierto.

—Pues en ese caso...

—En ese caso, os repito que sois unos plagiarios; habeis creido crear y habeis copiado: esta sociedad de locos, absurda, monstruosa, desatinada, no es más que la sociedad española en el siglo XIX.

Y cuantos oyeron á Júpiter convinieron... en que tenia razon.

EL LENTE Y LA TROMPETILLA.

I.

D. Hermógenes Estudente, doctor en las cuatro facultades, miembro de ciento cincuenta y cinco Academias, profesor de filosofía en la Universidad de *** y de ciencias naturales en el Instituto de la misma ciudad, autor de doce millones de libros en fólio sobre toda clase de materias, era un sábio de tal calibre, que se presumia le llamaba el mismo Dios á su consejo privado, y seguia siempre su parecer.

Por los años de.... (sentiría que esta fecha no fuese exacta, por lo importante que es para el conocimiento de la historia), estaba D. Hermógenes escribiendo un nuevo libro sobre las escelencias de la razon y la estension de los conocimientos humanos. El mundo se habia ya admirado de esta obra antes de conocerla, y en varios reinos se habian abierto suscriciones para premiar el mérito del autor y probarle la gratitud del público, regalándole una corona y una pluma de oro, un sillon, una bata, un gorro de dormir y unas babuchas.

Lo que nadie habia pensado en regalarle eran

unos anteojos, y nada le hacía tanta falta. Su vista se habia debilitado de tal suerte, que muchas veces, cuando encontraba al cura de su parroquia, se apartaba creyéndole un asno, y cuando encontraba á su patron, huia creyéndole un toro. Respecto á las mujeres, no hablemos, porque solia decir llorando con un antiguo poeta:

A las muchachas, que es lo que más siento,
Ya no las puedo ver si no las tiento.

Tambien necesitaba (y tampoco le regalaban) una trompetilla acústica. Habíase quedado tan sordo, que una vez fué á un Congreso de diputados, oyó hablar á un representante del país que hacía la oposicion y á otro ministerial, y creyó que eran dos párvulos, de los cuales el primero lloraba pidiendo pan, y el segundo se lamentaba de haber ensuciado sus pañales.

En vista de que nadie se los regalaba, don Hermógenes resolvió comprarse los anteojos y la trompetilla, y esta tambien fué una sábia resolucion.

II.

Era tiempo de ferias en Madrid, el tiempo de las antiguas divertidísimas ferias en que salian al medio de la calle todos los trastos viejos y se vendia todo lo invendible.

D. Hermógenes se acercó á un puesto en que tomaban el sol, el polvo, y principalmente la lluvia, sobre un desvencijado, súcio y chinchoso tablado de cama, media docena de pucheros sin fondo, dos pedazos de tul apolillados, media docena de hojas de la historia de Bertoldo, tres pedazos de plato, medio espadin, un manojo de llaves, un lienzo pintado al fresco por uno de los peores discípulos de Orbaneja, varios frascos vacíos, varios clavos sin punta, varios peines sin púas, varios bastones sin puño, una multitud de pedazos de paño, de flecos de seda, una cazuela desportillada llena de alfileres viejos, y otras cosas del mismo género. En esta especie de basurero en venta, D. Hermógenes vió tambien con placer una trompetilla acústica y unos anteojos, ó por mejor decir, un lente.

Y ¡oh fortuna, rara vez protectora de los sábios! Al examinar ambos objetos, notó que eran obra nada ménos que del gran Homanes Trimegistro, que eran mágicos, y que el lente aumentaba y acercaba los objetos de tal suerte, que con él podia verse desde la tierra, como si estuviera á una cuarta de distancia, á una mosca habitante del planeta Sirio, y con la trompetilla podia oirse la conversacion de dos insectos microscópicos ocultos en el centro de una nebulosa de las que componen la vía láctea.

D. Hermógenes dió un salto de gozo, cojió ambos objetos, no regateó, no reparó en el precio (ni ¿á qué habia de reparar, si era opulento?), pagó tres cuartos por los dos, que fué cuanto le pidieron, y apretándolos contra su corazon, voló con ellos á su casa.

III.

Ya en su gabinete, sentado delante de su mesa, encendida su lámpara y calmada su emocion, púsose al oido la trompetilla, cojió el lente, y dijo suspirando como el gastrónomo que se sienta á una buena mesa, ó el capitalista que ha hecho un gran negocio y se dispone á ajustar la cuenta de sus utilidades:—Oigamos y veamos.

El primer objeto que cojió fué una muestra metálica que le servia para sujetar papeles. La examinó, y ¿cuál sería su asombro, al ver en una celdilla de su centro, celdilla más pequeña que la que podria hacerse en un cristal dando un golpecito con la punta de una aguja, una poblacion inmensa de insectos, que tenian las mismas formas de los hombres y vestian trajes tan ridículos como los nuestros? Estos insectos estaban reunidos en un gran congreso científico, y los oyó perorar en multitud de lenguas sobre multitud de asuntos, negando muchos de nuestros axiomas matemáticos, y no dando á las matemáticas la impor-

tancia que nosotros, pues no las consideraban, como nosotros, ciencias exactas.

—¿En qué consistirá esto?—se preguntó; pero no tardó en comprenderlo.—No tenemos más que dos modos de conocer, el cálculo y los sentidos. Las verdades matemáticas satisfacen á ambos á la vez, y por eso nos parecen indudables; pero los insectos de que hablo tenian otro modo de conocer aun, y por él evidenciaban la falsedad de muchos axiomas, á nuestro parecer indudables.

En ciencias naturales, ¿qué desatinos no les oyó? Para ellos no tenia duda que el universo estaba reducido á su celdilla; habian palpado las paredes que la circundaban, y sabian por esperiencia que no habia más allá.

Y á consecuencia de todo esto, ¡qué desatinos en metafísica, de los cuales se deducian otros no ménos graves en moral!

D. Hermógenes vió perseguir, apalear, aherrojar, quemar á un insecto, porque pretendia que en la masa de la piedra que creia como todos el universo, podia haber habido otras celdillas tambien habitadas; vió descuartizar á otro porque no queria creer que Dios tenía más de tres líneas de estension, y oyó la sentencia de un tercero, á quien se acusaba de haber comido dos veces en un dia.

Pasó un rato muy divertido.

Pero luego miró su biblioteca, miró sus libros, miró sus instrumentos de estudio, reflexionó sobre nuestras facultades, y esclamó dando un suspiro:—Si estos insectos pudieran observarnos, ¡cómo se divertirian tambien!

IV.

Cuando los suscritores fueron á recojer la obra de D. Hermógenes, hallaron que se reducia á una hojita que decia:

DE LA RAZON

Y

de la estension de los conocimientos humanos.

POR

D. HERMÓGENES STUDENTE.

Doctor, etc.

CAPITULO I.

Resúmen de la ciencia.

X quizá = O.

CAPITULO II.

Consecuencia.

Ergo...

Finis coronat opus.

LA NOCHE-BUENA.

I.

Fígaro escribió con sangre su artículo titulado *La Noche-Buena*; Alarcon le ha escrito mojando su pluma de acero en las lágrimas del hijo pródigo; voy á escribir el mio con tinta... no me negareis el derecho de decir que esta es la más negra.

Los artículos de Larra y Alarcon son dos joyas literarias, por más que sus autores no hablen en ellos sino de sí, moda reciente, no creada, pero sí elevada al trono por el eminente poeta inglés, que hasta en sus defectos es grande, pues sabe hacer que como Luzbel y como Vulcano en su deformidad, conserven algo que indiquen que han descendido del cielo; moda que muchos motejan porque no reflexionan que hay almas-espejos que diciendo siempre *yo*, hablan de todos los

demás porque á todos los reflejan, y hay almas-Narcisos que queriendo hablar de todos, sólo de sí mismas hablan porque sólo á sí mismas ven en el mundo; y moda por último, que si no sigo en este momento, es solo por impotencia; pues con motivo de la Noche-Buena, no podria contar sino una aventura, que como dice Zorrilla,

«Es una historia propiamente mia
Como otras muchas que á la vez se ignoran,»

y que se reduce á que por haber querido pasar la noche en un cementerio, porque la costumbre es pasarla en familia, y yo en los cementerios la tengo toda, me dispararon un tiro que desgraciadamente no me tocó, y me acosaron unos perros y una vieja mucho más temible que los perros, aunque ya falta de dientes.

Los artículos de Fígaro y Alarcon son tristes. ¿Por qué gustan tanto esos gemidos entre el alegre canto de los villancicos? ¿Por qué se beben con tanto placer esas lágrimas en un dia en que el despótico calendario manda á la humanidad estar contenta? Este dia es el aniversario del nacimiento del consuelo de las almas tristes, el aniversario del nacimiento del cristianismo, Verónica que acude á enjugar el rostro de toda alma que sube trabajosamente con su cruz á cuestas por la senda del Calvario; el aniversario de la re-

dencion de los pobres de oro, de fuerza, de inteligencia, que son, por ser los más pequeños, los Benjamines de Dios: este dia debian vestirse de júbilo los corazones coronados de espinas... y muchos se visten en efecto; pero este dia no es de júbilo para los pobres de fé; y los pobres de oro, de fuerza ó de inteligencia, si lo son de fé tambien, gimen este dia con más fuerza que los demás, porque conocen que les falta un puesto en el festin de la vida. Fígaro y Alarcon han formulado estos gemidos y han encontrado coro. Han dicho, «venid á llorar mientras todos rien,» y han tenido un gran séquito. En ese dia que parecia que todos se hartaban, han preguntado quién tenia hambre, y les han contestado los más. ¿Han hecho cuanto podian? ¿No debieran haber terminado su obra dando de comer á los hambrientos?

No dispongo yo de los tesoros de que Fígaro disponia, de que Alarcon dispone aun para socorrer á las almas pobres; pero ya que no pueda ofrecerles lo que ellos, les ofreceré mi humilde óbolo, esperando que agradezcan mi intencion. Nunca ha visitado mi casa la envidia porque la llena la idea de que todos los séres creados somos olas de un mismo mar que nos confundimos y separamos contínuamente. Por eso me enorgullecen las ajenas victorias, me alegran

las ajenas alegrías y siento el rechazo de los ajenos dolores. Pero no me es posible hacer que todos los estómagos digieran el pan de esta creencia. En forma de cuento ó de parábola diré algo que sea más sencillo y ménos opiado que una disertacion filosófica. Niños que no teneis nacimiento, ni tambor, ni sopa de almendra y os calentais las manos entumecidas: mientras el alma está absorta en una idea no siente el cuerpo, ni el cuerpo que permanece como muerto siente el frio, ni el calor, ni la sed, ni el hambre. Por eso el poder de la abstraccion es el secreto de los grandes caractéres. Formad corro en torno mio y escuchadme. Voy á serviros un cuento para cenar. No es cena muy sustanciosa, pero entretiene, y mientras se está entretenido, se olvida que se vive, y á no sentir la vida se reduce el vivir bien. Escuchad:

II.

Era una de esas noches en que la naturaleza parece haberse olvidado de que hay pobres. El cielo lucia un manto de color de perla, la tierra estaba cubierta con un sudario de nieve. A la puerta de un rico yacia envuelto en una pobre capa, más agujereada que un cedazo y más sutil

que un argumento de Scoto, un pobre anciano, que segun la frase de un amigo mio, habia dado un salto mortal mayor que los del mejor gimnasta: habia saltado desde un lunes hasta un sábado sin tropezar en un garbanzo ni en una miga de pan.

La ciudad entera ardia en gozo. Por todas las ventanas salian á torrentes rayos de luz, cantares y carcajadas, músicas alegres, chicos con tambores, zambombas y almireces, grupos de gente del pueblo con panderetas y guitarras recorrian las calles preservándose del frio con tragos de vino de todos colores; y de todas las chimeneas salia humo, y todas las confiterías brillaban adornadas como cortesanas de príncipe en una orgía, y todas las plazas cuajadas de gente y víveres ensordecian el espacio con sus gritos de compradores y vendedores, y todos los teatros estaban llenos y todos los niños encendian sus nacimientos, y todos los abuelitos se olvidaban de que sonaba la hora de recojerse, y hasta los perros y los gatos estaban de enhorabuena por la conmemoracion de la venida al mundo del Hijo de Dios.

Esto prueba que la escena pasaba á 24 de diciembre, pero ignoro el año y el nombre de la ciudad.

El pobre anciano, llamémosle Lázaro á falta de

otro nombre mejor, presenciaba esta algazara, y dos lágrimas de desesperacion corrian por sus mejillas.—Todos son felices menos yo,—suspiraba:—¿qué he hecho yo, Dios mio, para padecer donde todos gozan? ¿Esta desigualdad viene de Dios? ¿Qué motivo la causa? ¿Viene de los hombres? ¿Por qué Dios la permite? ¡Oh! ¡maldito el dia en que nací y la noche que dijo concebido varon!

En aquel momento empezaron á entrar en la calle los coches de los que acudian á la cena del rico. En los salones rompió la orquesta en cien cambiantes de armonía como una fuente artificial en cien juegos de aguas y colores; las antorchas de los criados corrian en todas direcciones como otros tantos meteoros, la multitud llenaba las aceras, las damas y los galanes cubiertos de oro y de diamantes, penetraban en el pórtico murmurando poemas de amor. El pobre prosiguió:—¡Unos tanto y otros tan poco! ¡Ah fortuna, fortuna! ¿Cuándo serás cuerda una vez?

En este momento, una mujer muy vieja, muy flaca, tanto que más que otra cosa parecia una sombra elegante, lujosamente vestida y cuidadosamente pintada y empelucada, se detuvo delante de Lázaro y le dijo:—¡Hola, murmurador! ¿Qué tienes que decir de mí?

—¿Quién sois, señora?—le preguntó el mendigo

admirado de que tan alta dama se tomára el trabajo de hablarle.

—Soy la Fortuna,—le respondió la vieja,—y estoy ya cansada de que se me calumnie. Vamos, ¿qué tienes que reclamar contra mí, mostrenco?

—Si soy mostrenco,—replicó el pobre incomodado,—á vos os lo debo que me habeis hecho lo que soy; de lo que me quejo es de que repartais tan mal vuestro patrimonio entre vuestros hijos.

—Doy á cada uno lo que merece.

—¿Y por qué merecen más unos que otros? En la nada todos seremos iguales; ¿por qué tenemos que cantar aquello de

«Los árboles en el campo
Nacen con su distincion,
Unos nacen para santos
Y otros para hacer carbon?»

—Doy á cada uno lo que más le conviene.

—A nadie le conviene padecer.

—¿Y crees tú que unos padecen más que otros?

—Vaya si lo creo.

—Pues para que te desengañes, voy á hacer contigo una prueba.

—¿Cuál?

—Vas á convertirte en quien quieras. Vas á olvidar lo que eres y ser lo que deseas, y en

cuanto desees ser otra cosa, en otra cosa te convertirás.

—¡Oh señora!

—Pero te advierto que si vuelves á desear ser lo que eres ahora...

—¡Oh! Entonces regaladme unas orejas de asno.

—Así lo haré. ¿Qué quieres ser?

Lázaro meditó un poco de tiempo y en seguida dijo:

—Señora, quiero ser rey.

—Sea,—dijo la Fortuna.

Y Lázaro, olvidado de su sér, se encontró vestido con el traje real en los salones de palacio.

III.

Estábase celebrando en palacio la Noche-Buena; ¡cuánto oro! ¡cuántas luces! ¡cuántos diamantes! ¡cuánta gente! ¡cuántas flores artificiales de todos géneros! La mesa estaba servida con mucho lujo, los platos eran escojidos, la conversacion animadísima... Allí solo faltaba una cosa: el placer. Aquel lujo no deslumbraba los ojos, aquellos manjares no halagaban á los paladares acostumbrados á ellos. La conversacion era una esgrima, y el rey y los cortesanos se miraban recíprocamente como el domador y las

fieras. Además, ¡los grillos de oro de la etiqueta eran tan pesados! ¡Y entre las risas de la cena se oian á lo lejos unos rujidos populares, tan semejantes á los de la desbordada mar de los bárbaros que servian de eco á los últimos festines de Roma!

Lázaro, á quien parecia haber sido siempre rey, que tenia sobre su alma los dolores de haberlo siempre sido, murmuraba en su interior:—¡Oh corona, corona, que deslumbras como el oro á los estraños, y quemas como el fuego á quien te ciñe! ¡Qué poco te conocen los que te envidian! Estar siempre en escena, estar siempre en las lenguas de la maledicencia, no poder ser hombre nunca, y poder pagar con el destierro, con la muerte, con la infamia cualquier error, tal es la suerte de los reyes. ¡Quién fuera un pobre artesano de esos que hoy gozan tanto, y tanto me envidian!

Apenas dijo esto, encontróse convertido en artesano.

IV.

Si San José viviera hoy, tendria la casa de artesano. Una esposa muy bella, y unos niños como los ángeles de Murillo, un viejo abuelito,

cuyo rostro santificaba y enaltecia la honradez, en un pobre taller de carpintero.

Los niños y el abuelito encendian un nacimiento, tocaban el tambor y cantaban villancicos. La madre ponia la mesa, asaba el besugo y disponia la sopa de almendra. Pronto vinieron algunos vecinos, más que alumbrados, y mientras cenaba la familia, y se oian chistes tradicionales y se apuraban uno y otro jarro, dispusieron ir á la misa del Gallo.

—¡Pobre abuelita!—dijo la mujer;—¡cómo la gustaba á ella ir á esa misa! ¡Este es el primer año que falta! Mientras nos estamos divirtiendo, la pobre está en el hospital.

—¿Y qué le hemos de hacer?—dijo un vecino,—su mal es incurable, y los pobres no tenemos otro refugio. Ustedes han hecho cuanto han podido por ella, y Dios se lo premiará...

—Pues lo que es hasta ahora... Desde que la abuelita nos falta, todo son desgracias. Mi hijo Pepe en la cárcel por haber cedido á los consejos de esas mujeres que despues de haberle puesto enfermo, le han hecho olvidar su oficio y le han hecho contraer amistades con gente de presidio. Mi hija Marta perdida... Los pobres no tenemos tiempo para educar á nuestros hijos, ¡y hay tantas tentaciones en el mundo para los hijos de los pobres!... Y lo que más estoy temiendo es la

quinta que se acerca. Mi hijo Pedro entrará en ella, ¿y cómo salvarle? ¡Si fuéramos ricos! Pero por más que trabajamos no nos alcanza: ¿cómo hemos de ahorrar?

—Vamos; vecina, para no sentir penas emborracharse. Un vaso y una copla. Mire Vd., ya se vá poniendo triste el maestro.

Lázaro, en efecto, estaba pensativo; pensaba en su hijo preso, en su hija ramera, en su hijo estudiante y espuesto á ser soldado, y pensaba sobre todo en que los víveres, la casa y el traje se encarecian, y el trabajo le faltaba.—¡Quién fuera capitalista!—se decia...

Y cambió la decoracion, y Lázaro se convirtió en uno de esos banqueros, que como Mídas, parece convierten en oro cuanto sus manos tocan, y que como Rotschild, disponen de la suerte de las naciones, y no sólo á su paso, sino al paso de un mueble suyo (es dato de E. Heine) ven á sus cortesanos arrodillándose como si pasase el Santísimo Sacramento.

V.

Habia cena en casa del banquero, pero el banquero no cenaba en su casa. Cenaba con unos parásitos y unas cortesanas que le desplumaban.

Se iba haciendo viejo, los placeres comprados le daban hastío; apenábale la crísis ministerial, la jugada de Bolsa, la ingratitud de su hijo, semejante al vizconde de *Martin el expósito*, la coquetería de su esposa, el amor de su hija á un amante de su dote... y á consecuencia de que su querida le dejaba por un artista, la envidia á los artistas.

—¡Si yo fuera artista!—decia.

VI.

En casa del artista habia una cena literaria, de esas en que cada uno lleva no sólo versos hechos sino frases hechas para improvisarlas en momentos determinados; se aplaudia mucho, se hablaba mucho, se reia mucho, se afianzaban por unos los lazos de la pandilla, se murmuraba por otros, más amigos de comer reputaciones que de comer pavo trufado; y al hablar de política, un autor silbado comprendia á *Fouquet Toinville* que cuando presentaban un acusado en su tribunal decia: —¿quién sabe si será uno de los que silbaron mis comedias?—y le condenaba por venganza; y cuando se hablaba de guisos, un autor aplaudido, recordando que el placer de los triunfos no compensa el dolor de las derrotas, comprendia al célebre cocinero francés que se suicidó porque le

habia salido mal una salsa. La necesidad de crear, las rivalidades, la sed de goces que, como la de los licores fuertes, se aumenta á cada sorbo de la copa en cuyo fondo está la muerte, y que no es en suma sino la aspiracion á lo infinito, la escitacion nerviosa que desarrolla la vida del arte le hacian formular en el fondo de su alma una elegía, ya semejante á la de Fígaro, ya á la de Alarcon. Estaba rodeado de placeres y estaba triste y solo. Era el féretro en el festin egipcio. —La flor sonríe á sus amores,—suspiraba recordando á Víctor Hugo;—la montaña tiene la frente arrugada y triste porque sostiene un cielo. El talento es el fruto del árbol de la ciencia, fruto venenoso que nos dá la muerte. Bienaventurados los tontos porque de ellos es el reino de los cielos.

VII.

Apenas dijo esto, cambióse de nuevo la decoracion, y Lázaro se convirtió en el hijo imbécil de una viuda del Monte Pio. La cena de aquella noche representaba la viudedad de medio mes. La viuda, pretestando ser dia de ayuno, se abstenia de cenar para que cenase más su hijo; pero éste, despues de haber cenado, juraba que podia comulgar sin escrúpulo de conciencia. Enjuagán-

dose la boca y entreteniéndose para engañar el hambre en oir leer un arte de cocina (creo que el de Montiño) en que se enseña á asar la manteca en asador de palo, y á hacer platillos de cuernos de ciervo, que no tienen de malo mas que el nombre, oia desde su cuarto la música de una gran casa inmediata donde habia baile y decia:

—¡Ahí sí que se divierten! ¡Quién fuera ese mayorazgo!

VIII.

Lázaro convertido en mayorazgo estaba asomado al balcon; y mientras bailaban sus contertulios meditaba así:—¡Qué vida tan fastidiosa! ¡Siempre lo mismo! Vivir es desear, y yo no puedo desear porque tengo todo lo que quiero! Será preciso que me ahorque para sentir una emocion. No seré el primero. En alguna parte he leido que un inglés se suicidó por la misma causa. ¡Dichosos los pobres, que como nada tienen, todo lo desean, y en todo pueden encontrar placer!

Vió en este momento en el rincon de su puerta un pobre anciano acurrucado y tiritando de frio.

—¡Qué feliz será ese pobre!—esclamó;—¡para él hasta un rayo de sol será una lotería! ¡Quién fuera ese pobre!

En aquel momento Lázaro se encontró de nuevo en la puerta del rico, en la posicion en que le habia sorprendido la Fortuna, pero con la cabeza adornada con dos orejas de asno.

IX.

—Y bien, Lázaro,—le dijo la Fortuna,—¿qué has sacado en limpio de tu correría?

—Ha sido muy corta,—murmuró Lázaro, que aun no queria dar su brazo á torcer.

—Aunque hubiera sido más larga no hubieras adelantado más. Lo que has visto te sobra para conocer que la felicidad no está en lo que nos rodea, sino en nosotros mismos; que el placer y el dolor son las dos caras de una misma lanza; que por lo tanto, quien mucho goza, mucho padece, y vice-versa, y que quien envidia á los otros es un ignorante, y quien me acusa es un necio, merecedor de tus orejas.

—Pero señora,—esclamó Lázaro poniéndose de rodillas,—¿no hay un estado en que el hombre sea feliz? ¿No podeis hacerme feliz?

—Yo no puedo crear la muerte,—dijo suspirando la Fortuna, y desapareció, á tiempo que pasaba por la calle un gran grupo que iba á la misa del Gallo; dos borrachos procuraban darse de

navajadas, y dos deidades de á seis cuartos se tiraban de los pelos y enseñaban á la luna lo que está destinado á cubrir y figurar el miriñaque.

X.

Niños mios: si os ha cansado mi cuento, del cual pudiera hacerse una larga novela y una comedia de mágia, tanto mejor. Un cuento que cansa dá sueño, y tener sueño es una felicidad cuando no se tiene cena. Buenas noches y á la camita. Mañana será otro dia, y no siendo Noche-Buena, acaso estaré más alegre y os contaré algo más divertido.

LA VIDA DE CUALQUIERA.

I.

Un alma coronada con flores del paraíso y envuelta en una túnica más brillante y más sutil que los rayos del sol naciente, descendió llorando de los cielos en una época que no me es dado fijar, y cada una de sus lágrimas purísimas, cayendo en la mar amarga, se convertia en una perla.—«¿Cómo viviré yo lejos de mi patria?—decia.—¿Cómo haré para no manchar mis piés en el cieno del abismo? ¿Cómo haré para no olvidar en la confusion de la humana Babel la santa palabra que nos abre las puertas del paraíso? Señor, si no me permitís que como la blanca paloma vuelva al arca sin haberme posado en parte alguna, ya que haya de ser coronada de espinas como el Cristo, ya que haya de subir como él por la áspera senda del Gólgota, ya que haya de ser como él herida en el costado, concededme al ménos

que como él redima algunos cautivos del error y no sea perdido mi sacrificio.»

Los ruegos de esta alma no eran perdidos. Un ángel, quizá el más hermoso despues del de la Piedad, la miraba desde el cielo y cantaba, acompañándose con un arpa de oro:

Adios, adios fresca simiente
Que del almendro asió al pasar,
Jugando loco el niño ambiente,
Y arrojó al mar.

¿En qué desierta playa helada
De bravas olas al rumor,
Entre peñascos arraigada
Darás tu flor?

Como una madre vigilante
Con mi mirar te seguiré,
Y, cuando tornes, como amante
Te abrazaré.

El alma oia esta voz y sus ecos la animaban; pero esta voz iba perdiéndose á lo lejos como un perfume que se disipa.

Llegó el alma á la puerta del mundo, y un anciano vestido de negro la interceptó el paso, brindándola con una copa de negro licor.

—¿Qué es esto que me ofreces?—le preguntó el alma.

—El filtro del olvido,—la contestó el anciano;—

una cosa semejante al licor con que los hebreos embriagaban á los que habian de sufrir la última pena.

—Pero yo no quiero olvidar, para no olvidar el amor de mi ángel, que me ha ofrecido acompañarme por el mundo y estar siempre en él al alcance de mi mano.

—¡Ojalá olvidases á ese ángel! Así sería tu suerte ménos amarga; porque se parece á la sombra que persigue al que huye de ella, y huye del que la persigue; pero no le olvidarás.

—¿De veras?

—Sí.

El alma apuró la copa (¡beber un alma! pero ¿cómo se puede hablar de cosas inmateriales en un mundo en que los sentidos nos dan el metal y el sello para la acuñacion de las ideas?), y apenas la apuró olvidóse de su naturaleza, y del cielo y de todo. Sólo la quedó una especie de recuerdo de no sé qué amor, semejante al recuerdo de un sueño.

II.

Declinaba la tarde. El sol se retiraba de nuestro horizonte como un conquistador que éntra en su tienda rodeado de toda su pompa. El cielo es-

taba azul y diáfano como la mirada de una vírgen. Sólo en Occidente algunas nubes de púrpura y oro que formaban una especie de gruta régia al astro del dia que se eclipsaba, ostentaban las asiáticas riquezas de la pasion de la mujer de treinta años, la leona del amor. Los pájaros se recojian á sus nidos, las chicharras cantaban, se oia á lo lejos la esquila de los ganados, la campana de la ermita y el hervidero de la ciudad; los prados exhalaban un aroma místico que podia tomarse por una oracion, y Juan (el alma envuelta en velo mortal) contemplaba estático la primera estrella que apareció en el cielo.

No sabia por qué; pero contemplándola, sus ojos se llenaban de lágrimas y un suspiro se exhalaba de su pecho. Tenía hambre su corazon de un manjar desconocido, recordaba unos ojos y una sonrisa que no habia visto; aspiraba á la satisfaccion de esa sed de Dios que á todos aqueja y pocos formulan, y decia:—Angel de mis sueños, ¿dónde te encontraré?—Una anciana que le contemplaba con los ojos húmedos tambien y ahogando tambien un suspiro, le señaló el templo. —«Allí como en todas partes, puedes encontrar á tu amada,—le dijo;—pero ten cuidado de no equivocarte, porque has de quitar muchas caretas antes de descubrir á tu máscara.»

Juan corrió al templo, y en efecto, entre las

nubes de humo del incienso vió elevarse una forma vaga con la faz velada que hizo palpitar su corazon.

—¡Ella es! ¡ella es!—esclamó entusiasmado; pero la sombra seguia subiendo, y acompañándose con un arpa de que caia una gota de sangre á cada vibracion, cantaba:

En mares ignotos
Perdido bajel
El hombre camina
Del viento á merced.
Vá en busca de dichas
Que intenta cojer
En tierra en que mártir
El mismo Dios fué.
Astutas sirenas
Al falso placer
Le llaman... Si escucha
Sus cantos ¡ay de él!
¡Feliz el que sigue
La luz de la fé,
Y al cielo, su patria,
Consigue volver!

—Yo te seguiré, amada mia, yo te seguiré como los Magos á la estrella hasta que me conduzcas al asilo de Dios,—decia Juan; pero su alma al lanzarse al espacio se hallaba oprimida por el cuerpo como un ave por su jaula...

Juan salió desesperado del templo y se sentó

en una piedra á la entrada de un bosquecillo de almendros y acacias.—Ha vuelto al cielo, ha faltado á su palabra, me ha abandonado,—decia.—¿Cómo vivirá la flor separada del rosal, cómo viviré yo en la tierra, si la raíz de mi alma está en el cielo? ¡Oh amada mia! Ven y consuélame en mis dolores.

Apenas habia dicho esto, cuando vió á lo lejos una pastora que estaba cojiendo flores y cantando:

Amor, tú eres solo la fuente de vida,
Tú hiciste del caos salir nuestro mundo.
Si tú te apagáras, ¡oh zarza encendida
Que nunca te quemas!, al antro profundo
Caerian rodando los orbes sin fin.
Los cielos, la tierra, los vientos, los mares,
Cantando tu gloria te dan obediencia;
Yo quiero á los suyos unir mis cantares,
Pues debo á tu aliento mi humilde existencia;
Yo quiero tan solo vivir para tí.

—¡Ah!—esclamó Juan,—me habia engañado antes; mi amada está aquí; ¡voy á abrazarla!—Y corrió tras ella. La pastora al verle venir huyó. Él la siguió subiendo á cumbres á que las águilas no pueden subir, descendiendo á abismos en que se retorcian silbadoras serpientes, entrando por grutas ignoradas de la luz, luchando con mónstruos que hubieran vencido á Hércules; y

cuando cansado y sin aliento la estrechó entre sus brazos como Apolo á Dafne, oyó en los espacios una carcajada mefistofélica, y vió que sólo abrazaba un poco de niebla que se deshacia en gotas como lágrimas entre sus brazos.

La impresion que le causó este desengaño fué tan fuerte que levantó los ojos al cielo y clavó en él una mirada que equivalia á una blasfemia; pero al mismo tiempo observó que estaba al lado de un palacio magníficamente iluminado, el castillo de Magdelon antes de la conversion de la pecadora, y oyó un coro que en su interior cantaba:

Debe el que quiera cojer
En nuestro mundo placeres,
Despreciár á las mujeres
Y adorar á la mujer.

—Me habia equivocado otra vez,—esclamó Juan;—ahora la cónozco, está en ese castillo.

Y penetró en él y se encontró en una bacanal digna del Imperio romano. La dama que la presidía estaba enmascarada. Al verle llegar le ofreció unas manzanas de oro. Juan cojió una y la probó; bajo su corteza dorada sólo contenia ceniza. La dama le ofreció vino, Juan bebió; el vino era sangre. Lanzóse á arrancar la máscara á la

dama y encontró bajo la máscara una calavera amarillenta.

Juan huyó.

Era de noche y se perdió en el campo; veia danzar á lo lejos fuegos fátuos, y oia rujidos amenazadores. Tenia miedo.

Vió otro palacio, el de la Gloria, y oyó tambien una voz que cantaba:

Yo soy más poderosa que la muerte,
Mi tálamo es un trono que sustenta
La eternidad.

Venid, venid, esclavos de la suerte,
A esta mansion de su poder exenta
Llegad, llegad.

—¿Me engañaré aun?—se preguntó Juan;—probemos.

Y penetró en el palacio por la puerta de la Ciencia. La escalera era difícil. Cuanto más subia le parecia que se encontraba más abajo, y cuando queria asirse á algo para sostenerse y no caer en los abismos que se abrian bajo sus pies, oia una voz ronca como la del Eclesiastes que le gritaba: «vanidad de vanidades y todo vanidad,» ó una voz burlona como la de Quevedo que decia: —Es cosa averiguada que no se sabe nada, y aun esto no se sabe de cierto, porque si se supiera, ya se sabria alguna cosa.

Cuando llegó á descubrir á la señora del palacio, vió que no era en realidad sino un jugueton fuego fátuo y que sus amantes se convertian en gusanos de luz. Su resplandor no les alumbraba y les denunciaba á sus enemigos.

Aun no habia vuelto de su asombro, cuando oyó otra voz más vibrante que decia:

> El hombre es el señor de lo creado.
> ¿Quién será de los hombres el señor?
> Quiero la humanidad tener por sierva.
> Ser en el mundo Dios.

—Si me engaño esta vez, es inútil que busque, —dijo Juan; y saltando por encima de montes de cadáveres, y pasando á nado mares de sangre llegó al trono en que la Ambicion cantaba. Pero esta, cuando le vió llegar, le dijo:—No te haré feliz hasta que llenes de agua este tonel,—y el tonel era uno de los de las Danaides.

Entonces, una anciana enlutada se acercó á Juan y le asió de la mano. La mano de la enlutada era fria como el mármol de la tumba. Juan sintió helarse la sangre en sus venas á su contacto.

—Yo te llevaré á ver á tu amada,—le dijo la enlutada;—sígueme.

—¿Quién eres?—la preguntó Juan con temor.

—¿Qué te importa si te uno á la que amas?

—¡He llevado ya tantos chascos!

—Y sin embargo, tu amada ha estado siempre al lado tuyo. Pero la has vuelto siempre la espalda. Si en vez de procurar ser feliz, hubieras procurado hacer felices á los otros, ¡qué pronto la hubieras encontrado! Porque tu amada es la Felicidad, y esa no se encuentra en el mundo sino haciendo bienes.

—¿Pero no quieres decirme quién eres?

—En cuanto te confies á mí.

—Pues bien... me confio.

—Pues bien... soy la Muerte.

Y se quitó el antifáz.

Juan dió un salto hácia atrás horrorizado; pero pronto su rostro reveló su asombro y su alegría. La misteriosa dama era su amada, su ángel soñado, aquella por quien tanto habia sufrido y á quien ya desesperaba de encontrar.

III.

Es posible que no os guste el nombre de Juan que he dado á mi héroe. Si no te gusta, lector, quien quiera que seas, pónle el tuyo.

CADA LOCO CON SU TEMA.

I.

Al escribir cuentos para niños, confieso que no aspiro á escribir cuentos completamente pueriles. Ofrezco esta confesion á los que me muerden los talones y tiran de mí para impedirme que éntre en ciertos campos vedados, segun ellos, á la niñez, árbol verde que conserva eternamente las cifras que en él se graban.

Recordando que cuando aun no sabia yo leer, mi buena madre me dormia leyéndome la Biblia y las comedias de Calderon, y recordando cuánto han influido en mí aquellas lecturas, procuro que sea más nutritivo lo que escribo para los que están en la edad en que se forma el corazon, que lo que escribo para los que están en aquella en que se forma la inteligencia. ¿Hago mal? ¡Cómo ha de ser! Tengo delante de mí un gran culpable del mismo delito, y no murmuraré ni exhalaré

la más leve queja si haceis estensiva á mí la sentencia que fulmineis contra él. Este reo es Jesucristo, que predicaba su Evangelio con preferencia á los niños.

II.

Al acabar de comer y mientras tomábamos café, un médico amigo mio, grueso y colorado como un lego de jerónimos, un inglés largo y delgado como un fideo amarillo, y yo, nos habíamos lanzado una mañana en una discusion más difícil de seguir con la vista que las espirales del humo de nuestros cigarros.

Hasta recuerdo el principio de la discusion. El médico, que adoraba á Gastárea, la décima musa segun Billard Savarin, y que consideraba la cocina como un templo, el fogon como un altar y el arte culinario como un sacerdocio, lamentaba los tiempos antiguos.

—¡Ay!—esclamaba mi amigo,—aquellos tiempos han pasado para no volver. Nuestros padres comian mejor que nosotros, y peor que nosotros comerán nuestros hijos: hé aquí por qué el mundo degenera. Cuando sobre las puertas de las cocinas se ponga el terrible *Lasciate ogni speranza*, «¿qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.»

—Tú estás tonto,—gritaba el inglés,—hoy se

come mejor que nunca; pero aunque así no fuera, ¿qué importaría? El hombre no ha nacido para comer sino para beber. La facultad de comer no es en él sino un pretesto para beber más y mejor. El hombre es el único animal que rie y se emborracha, pues los demás necesitan que los emborrachen, y la borrachera es tan necesaria al hombre, que no hay país donde no se conozca. Si mi patria está á la cabeza de la civilizacion, consiste, á mi entender, en que allí todo el mundo se emborracha diariamente. Si en Lóndres se declara un incendio por la noche, todos los vecinos de la casa incendiada se queman sin sentirlo, porque todos están embargados por la embriaguéz. ¡Qué gran pueblo!

—¡Bien dicen que todos los ingleses son locos! —esclamó el médico.

—Creo,—dije yo pagando mi escote en la conversacion,—que ambos estais un poco exagerados. Aunque en vista de las indignidades que nos hace cometer, me parece que el estómago es la grande imperfeccion de la especie humana, no negaré que se debe procurar comer bien por aquello de «dado que se hayan de tocar las castañuelas, más vale tocarlas bien que tocarlas mal;» pero de esto á suponer que el hombre no debe pensar sino en comer ó beber, hay gran diferencia.

—¿Y en qué otra cosa mejor ha de pensar? —gritó el inglés.—No es decir que no me gusten las andaluzas... especialmente una por quien cantan vuestros chulos aquello de

Antes eran, compairico,
Durces las aguas del mar;
Pero escupió una andalusa
Y se gorvieron saláas.

—Quisiera ver á esa mujer,—esclamé yo.

—Pronto vendrá á buscarme,—dijo el inglés.—Pero ¿qué has hecho de tu locura, doctor? ¿Crees tú en la locura?

—¿Y no he de creer, si á más de haber sido por espacio de ocho años médico de un hospital de locos, te conozco?

Aquí fué donde la discusion se enzarzó y se remontó á las esferas más altas. Mis amigos eran ya dos toneles, y razonaban hasta lo infinito. Llegué á sospechar si el alcohol tendrá un alma, porque discurre como un doctor.

Mi amigo el médico empezó á hablar de ciencia, de las relaciones del delirio con el sueño, de las alteraciones de la masa cerebral descubiertas por el escalpelo en los cadáveres de los dementes, de si la parálisis de algunos músculos que á veces precede á la locura, era causa ó efecto de ella, y sobre todo de las demencias

que tienen su orígen en alteraciones de los órganos del vientre ú otras inferiores; porque es de saber, mal que pese á ciertas gentes, que así como las grandes pasiones influyen sobre el estómago, así el estómago y el abdómen influyen sobre la inteligencia, y hay un delirio, quizá el más poético, un delirio en que el enfermo cree oir constantemente la melodía lejana de las arpas de los ángeles, motivado por una perturbacion de los órganos digestivos.

El inglés sostenia que las palabras *razon* y *locura* son convencionales. Que el hombre á quien ha sido concedida la aspiracion á lo absoluto, pero nó su realizacion, no conoce más que las ideas relativas. Que por lo tanto, nunca podemos tener seguridad de que una de nuestras ideas sea fuera del órden relativo verdadera. Que sólo declaramos como indubitables aquellas ideas á que asienten todos nuestros semejantes; pero que ante el absoluto, todos los hombres pueden estar equivocados, y tal ó cual que se crea delirante, puede acertar. Que esto se estiende hasta los conocimientos matemáticos; pues aparte de que es concebible el génio maléficamente burlon, supuesto por Descartes, si esos conocimientos nos parecen exentos de error, consiste en que nos los comprueban la razon y los sentidos, los dos medios que tenemos para conocer; pero que no son

los únicos posibles, y nos queda la duda de si muchas observaciones matemáticas, ó acaso todas, nos parecerian erróneas si tuviéramos un tercer medio de conocer. El médico replicaba, el inglés tornaba á replicar; y con la calma más evangélica escuchaba yo como las viejas los sermones, durmiéndome y murmurando:—Piquito de oro, piquito de oro.

En el momento en que la discusion se iba convirtiendo en disputa, entró un criado y dijo á mi amigo el médico:—El Sr. D. Pedro Orduña desea ver á usted.

—Hablando del ruin de Roma, al punto asoma, —esclamó el médico.—Hablábamos de locos, y viene un ex-loco á tomar parte en la discusion.

Díle que pase.

—¿Es loco ese caballero?—pregunté yo, mientras salia el criado.

—No lo es; lo era y me debe el haberle curado, —contestó mi amigo.—Aunque tengan razon los que dicen que la cordura consiste sólo en participar de las ideas falsas admitidas por la sociedad, este sugeto á quien he puesto en armonía con los demás, convendrás conmigo en que tiene algo que agradecerme.

—¿Quién sabe?—dijo el inglés.

—¿Cómo?—preguntó el médico.

—No hace mucho tiempo habia en Madrid una

fea contra quien se habia formado una verdadera conjuracion de burlones y burlonas que la hacian creer que era un ángel y que todas las mujeres se morian de celos y todos los hombres de amor por ella. Era feliz. Hubo uno que, indignado de aquella mofa, la hizo conocer la verdad y con su rectitud la mató. No hubiera hecho tanto daño á una hermosa, quien la hubiera desfigurado el rostro con vitriolo. Dice bien Calderon:

«¡Desdichado
Del que no vive engañado!»

—¿Crees, pues, que la locura es una fortuna?

—A veces.

—No me estraña, despues de haber oido que puede ser discrecion.

—Las verdades racionales son sueños en que todos creemos, y las alucinaciones de los locos, sueños en que ellos solos creen. Galileo y Colon fueron locos, hasta que convencieron al mundo de sus doctrinas.

—Pues verás cómo este amigo me dá las gracias.

—Y eso ¿qué probará?

Mi amigo no tuvo tiempo de contestar, porque el ex-loco entró en aquel momento en la habitacion.

III.

Despues supe la historia de D. Pedro Orduña, y para que el lector se haga cargo de la situacion, voy á contarla en breves palabras.

Era hijo único de un rico comerciante. Su madre habia muerto al darle á luz, y su padre no habia vuelto á casarse. Enamorado á los diez y ocho años de una jóven aristocrática, y no aprobando la familia de ella sus amores, la robó y llevó á su casa, donde encontró á su padre difunto. Arruinado completamente por una de esas mil eventualidades del comercio, se habia suicidado. Encontróse solo, sin fortuna, sin saber en qué emplearse; su amada enfermó y murió casi de hambre, y él, bajo el peso de tantas desgracias, se volvió loco.

Hacer una relacion como ésta, es viajar en ferro-carril: agradézcanmelo los impacientes; perdónenmelo los artistas. He de decir mucho en poco espacio, y sigo el ejemplo de los pintores cuando tienen que representar una multitud; pinto sólo algo de la coronilla de mis ideas.

IV.

Don Pedro Orduña tenia cincuenta y ocho años, pero parecia sexagenario. Su traje era pobre y

le venia mal, sin duda le habia comprado en el Rastro. Sus cabellos escasos y grises, su barba larga; descompuesta y casi completamente blanca, sus ojos saltones y brillantes, su tez tostada, sus facciones demacradas y cierto temblor nervioso que le aquejaba, causaban desde el primer momento una impresion penosa en que tenia gran parte el terror. Entró con paso firme, el mugriento sombrero en la mano, y sin decir una palabra, ni hacer un ademan de saludo, cerrando los dientes y frunciendo el ceño, murmuró dirijiéndose á mi amigo:

—Creí encontrar á Vd. solo.

—Los señores son amigos mios,—dijo el médico señalándonos;—puede Vd. hablar delante de ellos si le place.

Y al mismo tiempo que esto decia, le disecaba con su mirada. Parecia que encontraba en él algo de estraño.

El ex-loco nos miró de arriba abajo, pareció meditar un momento y luego dijo:

—Quizá serán útiles.

Volviónos la espalda y añadió dirijiéndose á su *bienhechor:*

—Usted no se ha olvidado de mí, ¿no es verdad?

—Nó, seguramente.

—Yo he estado loco cuarenta años.

—Cierto.

—Me creia rey, y era tan feliz como si fuera rey.

—Cierto.

—Usted me quitó mi locura, y por lo tanto mi reino.

—Es verdad.

—Y hoy, yo que no tengo familia, que no tengo amigos, que no tengo oficio ni beneficio, que me veo obligado á mendigar para vivir, que me encuentro en este mundo como en un mundo estraño, que puede decirse que nazco de cincuenta y ocho años y que nazco como un hongo, soy el más infeliz de los hombres. Ayer rey, hoy mendigo, y todo se lo debo á usted.

—Pero el reino de Vd. era ilusorio...

—¿Qué importa si creia yo en él? ¡Yo era feliz!

—Pero ahora está Vd. cuerdo.

—Pero ahora soy desgraciado y no me resigno con mi suerte; ¿quién le mandó á Vd. devolverme la razon?

—La caridad.

—¡La caridad le mandó á Vd. hacerme desgraciado!

—En fin, dejemos eso: ¿qué quiere Vd.?

—¿Qué quiero? O que me devuelva Vd. mi locura ó que se bata conmigo á muerte. Estos señores podrán servirnos de testigos.

El inglés, que apenas podia contener la risa, se

abalanzó al loco y le abrazó diciendo:—Con mil amores; ¿trata más que de perder la razon el que se emborracha? Usted puede ser un gran borracho, uno de los mios...—Y volviéndose hácia el médico, gritó:— ¿Ves, ves, ves?

El ex-loco le dió un empellon, y dirijiéndose de nuevo á su salvador, le dijo:—¿Qué contesta usted?

—Pero Vd. se chancea,—dijo mi amigo, sin dejar de observarle.

—¿Chancearme? Si no acepta Vd. el duelo, le levanto la tapa de los sesos.

Y sacó dos pistolas que amartilló.

No sé el desenlace que hubiera tenido aquella escena si en el mismo momento en que el ex-loco levantaba las pistolas y el inglés y yo nos lanzamos á detenerle, no hubiera entrado en la habitacion la amada del inglés, que dicho sea de paso, á pesar de los elogios de su amante, me pareció feísima. A su lado Maritornes hubiera ganado la manzana si Páris hubiera tenido que dársela á una de las dos.

El ex-loco la miró sorprendido, dejó caer las pistolas, corrió á ella y la estrechó en sus brazos esclamando:—¡Adelina, Adelina!

Este era el nombre de su antigua amada.

La muchacha, sorprendida por aquel ataque brusco, exhaló un grito de terror, repelió al loco



con fuerza y dió á correr gritando:—¡Socorro, socorro!

—¡No me ama ya! ¡No me ama ya!—esclamó Orduña con dolor, y se dejó caer en un sillon cubriéndose el rostro con las manos.

A pesar de lo cómico de esta situacion, confieso que no sentia gana alguna de reir. Al contrario, aquel dolor profundo, me desgarraba el alma.

El médico observaba. Su mirada seguia disecando.

El que rompió el silencio fué el inglés.

—Ahí veis,—nos dijo,—como quitar una ilusion es quitar su parte de felicidad á un desgraciado; pero yo remediaré el mal que el médico ha hecho. Entretenedle mientras vuelvo.

Y salió de la habitacion.

Cuando volvió, media hora despues, encontró al loco en la misma posicion; no se habia movido.

Acercóse á él y le dijo afectuosamente:—Amigo mio; Adelina, que no habia conocido á usted al pronto, le está esperando en la pieza inmediata.

—¿Será verdad?—esclamó el loco poniéndose de pié.

En su rostro se reflejó toda la alegría del cielo. Nos saludó afectuosamente y salió de la habitacion con paso firme y seguro.

Parecia que se le habian quitado veinte años de encima.

—¿Qué has hecho?—preguntó el médico.

—¿Qué ha hecho Vd.?—le pregunté yo.

—Reparar el error de la ciencia,—nos contestó.—He ordenado á mi amada que se preste á una comedia que durará poco.

—¡Y despues!

—Despues, Dios dirá.

Cuando salimos el inglés y yo de casa de nuestro amigo, salian tambien el loco y su amada. Él la contemplaba arrobado, y la decia ternezas que le hubiera envidiado Abelardo. Ella se mordia los lábios para no reirse, y con los esfuerzos se ponia tan espantosa, que si el sargento de Utrera que reventó de feo la hubiera visto, se hubiera consolado.

En este momento me preguntó el inglés:

—¿Quién tan feliz como ese loco? Darle la razon, ¿no sería quitarle su parte de paraíso?

V.

Pasó un año y no volví á ver al médico ni al inglés. Un dia, paseando por el Prado, encontré al primero y le pregunté por el segundo.

—Ha muerto,—me contestó.

—¿Cómo?

—Asesinado.

—¿Por quién?

—Por D. Pedro Orduña.

—¿El loco?

—El mismo.

—Esa debe ser una historia completa.

—Nó; es una cosa muy sencilla. La supuesta Adelina habia logrado del inglés que hiciera testamento en su favor. Parecíala que tardaba mucho en morirse, y escitando celos y finjiendo agravios, persuadió á Orduña que le matase.

—¿Y qué ha sido de Orduña?

—Preso apenas cometió el delito iba á ser llevado á una casa de locos, cuando dió una gran caida y en la convalecencia pareció recobrar la razon. Comprendió entonces lo engañado que estaba, conoció su crímen, se avergonzó de él y se suicidó.

—¡Desdichado!

—La locura, por bien que se cure, deja siempre algunas heces en la inteligencia... Y ahora, viendo el mal que le ha causado su locura y volviendo á la discusion que teníamos la primera vez que le viste, ¿no convienes en que le hubiera convenido más ser siempre cuerdo?

—O siempre loco,—respondí.—La fé, sea razon ó locura, no debe quitarse á nadie, porque para todos es una buena almohada, y para muchos el

único bien; pero abusar de ella, tomar la locura como instrumento, esplotar la desgracia, es infame.

—¿Lo cual en otro terreno significa que debe honrarse la fé y considerarse peor que á los que llevan grillete á los que esplotan la superstición, y esa será la moraleja de esta parábola?

—Bien puede serlo; pero en el mundo, donde no habiendo dos organizaciones iguales no hay dos que sientan ni por lo tanto que piensen de la misma manera, ¿qué accion tan mala no se puede considerar como una locura, y qué esplotacion de ella no puede considerarse como una locura tambien?

—Nó: no puedo convenir en eso; lo malo, siempre es malo, y por lo tanto, seguiré curando locos.

—¿Y quién sabe si esa es tu locura? Todos tenemos la nuestra, que nos hace felices. El dia que fuéramos cuerdos por completo, sería el último de nuestra existencia.

En este momento encontramos á otros amigos que nos empezaron á hablar de política y dimos fin á nuestra conversacion.

EL HIJO DE LA FORTUNA.

I.

Hay fatalistas que dicen, *vita regit fortuna, non sapientia:* hay amantes de los términos medios que murmuran con Plinio, *sunt in his quidem virtutis opera magna; sed majora fortunæ;* hay radicales que con más confianza en sus propias fuerzas gritan, *sui cuique mores fingunt fortunam;* y hay por último tambien inconstantes como Juvenal, que sostienen alternativamente la opinion de que el Destino lo es todo y la de que nada es; de modo que el lector puede escojer á su gusto.

Decir que la Fortuna lo hace todo, es un gran recurso para los imprudentes y los envidiosos que salvan su vanidad echando á Dios la culpa de sus derrotas y pintando á los vencedores en el combate de la vida, como los atenienses pin-

taban al hijo de Conon, dormido mientras el númen protector le traia las ciudades atadas.

Para algunos príncipes podrá tambien ser un recurso, y por eso dice Ancelot de Tiberio, que se presentaba al Senado como el más afortunado de los romanos, porque sabiendo todas las máximas de reinar, no ignoraba la confianza que inspira á los pueblos un jefe cuya buena estrella indica que es favorito del cielo. Pero aunque fuese cierto que nuestra actividad para nada sirviese, sería útil creer que el trabajo y la fuerza de voluntad se enseñorean del Destino como de un caballo salvaje y le convierten en el más útil de los esclavos. Mientras se trabaja con la esperanza de un éxito se goza anticipadamente del éxito mismo, y el que funda su confianza en sus propias fuerzas, nunca es del todo vencido: como Anteo cuando luchaba con Hércules, cobra nuevas fuerzas, renace en cada caida. Acostumbraos, queridos niños, á la idea de que debeis vencer la adversidad, y cuantos más obstáculos os oponga la Fortuna, más satisfaccion os causará vencerla; para los corazones generosos, la lucha con la Fortuna es siempre apetecible. El que tiene un destino adverso es distinguido por la Providencia; el que no se deja vencer por él, es digno del cariño de Dios, y los que se quejan de su suerte en vez de quejarse de sí mismos deben oir este

cuento que acaso les será provechoso. Si no le oyen, razon demás para que se le espliquemos.

II.

La Fortuna y la Pereza han sido siempre enemigas, y á no ser por lo de prisa que la una corre y por lo calmosa que es la otra, hubieran andado más de una vez á la greña

Dando al sol como el sol mismo
Toda su posteridad.

La Fortuna, pues, tuvo un hijo que dió á criar en secreto.

Aprovechándose de esto y de la ausencia de su madre, la Pereza se apoderó del niño desde sus más tiernos pasos, y le hizo amamantar y educar por la Inconstancia. Cómo saldria Juan Veleta (démosle este nombre á falta de otro) con tal crianza, no hay para qué ponderarlo.

Juan Veleta creció y presentaba las mejores disposiciones para todo. Su figura era hermosa, su talento claro, su cuerpo sano y robusto. La Fortuna pasó por su lado y se complació al verle. —Voy muy de prisa,—le dijo;—pero puesto que no te falta más que dinero, toma esto para encontrarle.

Le arrojó á los pies un azadon y desapareció.

Juan Veleta cojió el azadon con alegría y empezó á cavar; pero vino á poco la Pereza y tras ella la Inconstancia y soltaron la risa al verle.—Trabaja, trabaja, hermoso,—le dijeron,—que con ese oficio, ya ganarás para comer lentejas, mientras otros sin fatigarse se harán ricos.

—Es verdad,—pensó Juan Veleta;—este oficio no es para mí,—y tiró el azadon que recojió un pobre tonto del pueblo, á cuya familia la Fortuna siempre habia mirado con desden.

Volvió á pasar la Fortuna y vió á su hijo tumbado al sol y fatigado de su ociosidad.

—Haragan,—le dijo,—¿crees que has nacido para eso? Vamos, toma ese libro y él te dirá cómo has de llegar hasta mi palacio; allí te espero.

Y desapareció.

Y vinieron de nuevo la Pereza y la Inconstancia y le dijeron:—¡Estudiar! Los sábios mueren siempre pobres, ese libro es la guia del hospital; pierde el tiempo leyéndole y fatiga tu inteligencia para morirte de hambre.

Juan Veleta tiró el libro, que cojió un hermano del que habia cojido el azadon.

La Fortuna volvió á pasar.

—Vamos, hijo mio,—esclamó ya desesperada;—veo que eres incorrejible. Ni el trabajo mecánico ni el estudio te gustan; ahí tienes sin

embargo un medio de hacerte digno de mí. No desdeñes este don; porque si no le empleas, no volverás á verme.

Y le dió un fusil.

Avergonzado de sí, Juan Veleta corrió á alistarse en el ejército; pero la Pereza y la Inconstancia le alcanzaron antes de acabar la primera marcha.

—¿A dónde vas? ¿á pasar trabajos?—le gritaron.—¡Largas marchas, noches en vela, desnudez, hambre, frio, combates en que tú pones el trabajo y el general se lleva la gloria; y todo para morir de mala muerte, ó quedarte inválido y pedir una limosna! Hé ahí lo que te ha de dar la milicia.

Juan Veleta se dejó convencer y desertó aquella noche tirando el fusil, que cojió otro hermano de los que habian cojido el azadon y el libro.

Y pasaron años, y Juan Veleta se hizo viejo sin volver á ver á la Fortuna, y se vió tan pobre que recorria el mundo llevando tras sí á la Pereza y á la Inconstancia, y mendigando de puerta en puerta, y pocos aliviaban su desgracia, y los más, ni siquiera le mostraban compasion.

III.

—¡Qué mala suerte tengo!—iba diciendo una tarde en que, mientras pasaba la tempestad, se

habia refugiado en el portal de una casa de campo.—Hoy no he comido, no encuentro donde dormir, y ningun placer compensa los dolores que me aflijen. Entre tanto, otros gozan y se divierten. Por ejemplo, el dueño de esta casa; es opulento, no tiene que pensar más que en divertirse, y ¿qué ha hecho más que yo? Tener fortuna. ¿Por qué el mundo está dividido en dos razas, una de hombres que gozan y otra de hombres que padecen? ¿Por qué la fortuna no es para todos igual?

En este momento el dueño de la casa entró con su mujer y sus hijos que venian en un coche de un pueblo inmediato.

No habia mas que ver á aquella familia para conocer que era enteramente feliz.

Juan Veleta sintió que la envidia le roia las entrañas.

Pero miró más al dueño de la casa y dió un grito; habia reconocido en aquel rico labrador al pobre tonto de su pueblo que recojió su azadon.

El labrador le reconoció tambien y ambos se abrazaron.

—¿Pero cómo estás tan rico?—preguntó Juan Veleta.

—A tí te lo debo,—contestó el labrador;—con el azadon que me diste cavé la tierra, y en su seno

encontré un tesoro con que he comprado estas haciendas.

Un nuevo personaje apareció entonces en escena. En su traje se conocia que era un alto dignatario.

—Mira, hermano mio,—dijo el labrador, al verle entrar;—aquí está Juan Veleta á quien debemos nuestra fortuna.

—Confieso que le debo la mia,—esclamó el dignatario;—en el libro que él tiró y yo recojí, aprendí á conseguir riquezas, y lo que es más, á no necesitarlas.

—Y yo,—dijo un general que entró en aquel instante,—yo le debo tambien la mia. El fusil que tiró, tenia por porta-fusil mi faja.

Este fué para Juan Veleta el último golpe.

—¿Es decir,—esclamó desesperado,—que he tenido constantemente la fortuna al alcance de mi mano y no la he cojido? ¿Es decir que soy un imbécil?... Pero nó, lo que soy es desgraciado, y vosotros venturosos; porque ¿qué culpa tengo yo de ser inconstante y holgazan? Yo no me he hecho á mí mismo.

—Pero hubieras podido correjirte,—dijo la Fortuna apareciendo en el aire:—todos estos han luchado el uno con su cuerpo débil, el otro con su ignorancia, el otro con su miedo, y porque han vencido son dichosos. Tú sólo has tenido que lu-

char con tu pereza y te has dejado vencer por ella: Mientras la organizacion social sea la que hay ahora, conténtate con tu suerte.

IV.

Juan Veleta se desesperó, lloró y se marchó avergonzado á un desierto. Allí se mantenia de la caza; pero para transijir con su pereza, se dedicó á la caza de espera.

Este ejercicio le absorbió hasta tal punto que no sentia pasar el tiempo, y un dia y otro dia le veian en la misma posicion.

Al fin llegó á formarse en torno suyo una piedra en que quedó herméticamente cerrado.

Encima de esta piedra formó su nido la cria del conejo que él aguardaba.

Hace poco tiempo unos obreros rompieron esta piedra y salió Juan Veleta de ella, como, de la que le envolvia, el sapo de que han hablado los ingleses, y lo primero que hizo fue recitar unos versos de Regnier que dicen:

«Nous sommes du bonheur de nous mesmes artisans,
Fabriquons nos jours ou fascheux ou plaisants.
La fortune est á nous, et n' ést mauvaise ou bonne
Que selon qu' on la forme, ou bien qu' on se la donne.»

Los obreros se quedaron con la boca abierta oyéndole.

Él siguió recitando unos versos de la *Odisea* relativos al mismo asunto y que parecieron á los obreros demasiado griegos, y por último se puso á contar un cuento de Lafontaine.

Entonces los obreros le dejaron por loco y se fueron á la taberna, donde entre copa y copa hablaron de este suceso; mientras uno de los concurrentes leia un largo escrito sobre la desigualdad de fortunas. Juan Veleta murió á los pocos dias en el hospital.

VANITAS, VANITATUM.

I.

Juan habia nacido para casado como los becerros para toros; mientras no se casase, no se completaria, no llegaria á su plenitud; todos se lo decian y él lo sentia, sobre todo cuando hubo doblado el equinoccio de los cuarenta años. Siempre que veia á esa edad un niño algo crecidito suspiraba diciendo:—Si yo me hubiera casado, sería el legítimo papá de otro igual.—Siempre que caia enfermo y se encontraba solo, porque las personas pagadas no nos ofrecen más que un cariño de pacotilla, lloraba pensando: —Si yo me hubiera casado, tendria una mujer, una esposa, una enfermera...—¿Pues y cuándo se le caia el boton de la camisa, ó no encontraba pañuelo limpio porque se le había olvidado dar los sucios á la lavandera, ó le robaban los criados?...

Y sin embargo, Juan permanecia soltero porque estaba convencido de que la eleccion de una mujer es cosa difícil; si se equivoca no hay lugar á la enmienda, y de la buena eleccion á la mala, vá la diferencia de la felicidad á la desgracia, pues como dice Lope de Vega:

«Es la mujer al fin como sangría,
Que á veces dá salud y á veces mata.»

Persuadido de que nunca pensaria bastante sobre lo que le convenia casarse y sobre las condiciones de su futura, habia resuelto estar pensando en eso toda la vida. Pollo, habia dicho:—Casarse á los quince años es imitar á Esaú, que vendió su primogenitura por un plato de lentejas.

A los treinta decia:—Casarse á esta edad es resolverse á comer la sopa y el cocido caseros, que aprovechan más y cansan ménos que las comidas de fonda; pero las fondas nuevas me llaman tanto la atencion, que si mi mujer no conviene en que las haga una visita de vez en cuando, voy á rabiar de lo lindo.

A los cincuenta suspiraba:—Casarse á esta edad es tener buena mesa para los amigos y comer sopa.

A los cincuenta y cinco se despertó un dia de

tan mal humor, que á haber visto alguien el fondo de su alma, hubiera quitado los pistones de sus pistolas y la espada de la cabecera de su cama.

Y hubiera hecho mal; porque para la furia que Juan teniá no bastaba matarse, era necesario algo más horrible: ¿qué algo? Mucho, muchísimo más. Vió á una vecina suya que no habia nacido para casada. Así lo habia dicho ella altaneramente desde los quince á los veinte años, despues de haber reñido con su primer novio; así lo habia cantado desde los veinte á los treinta con la música de Atala y Corina; así lo repetia desde los treinta con el tono con que Cortés debia arengar á sus tropas, quemadas las naves. Hízola dos señas, díjola cuatro piropos, se engulló dos desdenes acaramelados y cuatro suspiros mohosos, obtuvo un *sí* agridulce, y cerrando los ojos, como el caballero romano que se lanzó á la sima, se casó.

De todas las mujeres á quienes se habia dedicado, moral é inmoralmente, aquella era la que ménos le convenia.

Era una mujer demasiado filosófica: por el génio se parecia á la de Sócrates; por la pureza y el talento, á la de J. Jacobo Rousseau.

II.

Juan habia nacido para ser hombre científico; largos años andaba buscando una profesion que armonizase con las aspiraciones de su alma, y no acertaba con ella. Hubiera sido sacerdote, pero le enojaba el celibato; jurisconsulto, pero no se permite hablar á los abogados sino de derecho constituido, y en el campo del derecho constituido ¡crecen tantas malas yerbas! Médico, pero ¡es tan oscura la medicina! Matemático, pero la imágen de Numeria está hecha de un mármol tan frio, que recuerda el de las losas sepulcrales; poeta, pero ya no estamos en los siglos de Homero, Virgilio ó Dante. Naturalista, pero el estudio de la naturaleza conduce al hospital.

Despues de pensar mucho, acosado por el hambre se dedicó á limpia-botas.

III.

Juan habia nacido con conciencia: anduvo buscando largo tiempo una religion; tenia sed de fé, de amor de Dios, del infinito... Profesó todos los cultos y todos le cansaron, de todos renegó.

Un dia leyó una gacetilla de no sé qué periódico que decia:

«El demonio es vanidoso,
Segun un sábio asegura,
Y por mil medios procura
Poderse finjir hermoso.
Despues de mucho estudiar
Dedujo esta conclusion:
«Junto al negro el cuarteron
Por blanco puede pasar.
Buscaré pues almas negras,
Aun más negras que la mia,
Que me cerquen,» y aquel dia
Dicen que inventó las suegras.
Mas las suegras sus deseos
No llenaban en rigor.
Buscó otra cosa peor,
Y llegó á inventar los neos.»

Sin examinar si el gacetillero tenia ó nó razon en su sátira, Juan esclamó despues de haber leido esta especie de coplas:—¡No seré yo neo jamás!

Antes de dos meses era neo de pura raza.

IV.

Juan era muy aficionado á la política y estudió pieza por pieza las diferentes máquinas gubernamentales que los diferentes gobiernos em-

plean para oprimir y esprimir á los ciudadanos. No podia decidirse por ninguna; al fin se decidió por la del emperador de la China.

V.

Todo acaba, y por lo tanto acabó la vida de Juan. Cuando en la agonía reflexionaba en sus elecciones y en el trabajo que le habian costado, no pudo ménos de suspirar: —Juanito, te has lucido; si la metempsícosis es verdad, y el Todopoderoso te premia con arreglo á tus méritos, debes convertirte en avestruz.

Esto pasaba en Alemania en la noche de Páscua, noche en que hablan los animales, segun tradicion vulgar que no combatiré, pues en España en otros dias del año los he oido hablar repetidas veces en Academias y Congresos. Un avestruz estaba cerca de Juan, y al oirle espresarse como queda dicho, esclamó:

—Pido la palabra para una alusion personal: Señor D. Juan ó D. Camueso, ¿de dónde deduce Vd. que merece ser avestruz? ¿Cuándo ha visto Vd. á un avestruz hacer una mala eleccion? Si tengo que elejir, consulto al instinto que es la voz de Dios, mientras que tú consultas á la razon que engendra muchos fantasmas; por más humilde, merezco más que tú.

Segun la tradicion alemana, tambien la noche de Páscua hablan los séres inanimados; es decir, los vejetales y las piedras, pues lo que es séres inanimados verdaderamente no conozco. ¿Cómo he de conocerlos si creo que la vida está en el átomo? Un camueso pidió la palabra tambien para una alusion personal, apenas acabó de hablar el avestruz, y dijo:

—¿Por qué llamar camueso á Juan? Esto para los camuesos es degradante. Ninguno de nosotros ha cometido una torpeza en su vida; sigo las leyes de la naturaleza más fielmente que el avestruz, y mis hermanos hacen lo mismo.

Juan, espantado de estas reclamaciones, esclamó:

—¡Dios mio! ¿Habeis hecho al hombre rey de la creacion para que sea el más torpe de todos los séres creados?

Pero le contestó una carcajada de toda la naturaleza.

—¡Rey! ¡rey!—gritaban burlándose los árboles y las plantas, las fieras y los gusanos, los astros y los átomos del aire.—¡Rey! ¡rey! Un diente de la máquina como nosotros, que pruebe á mandar el esclavo, hasta de sus ilusiones, que detenga en un punto la marcha de la naturaleza con un decreto. Cuando se figura que crea, descubre; cuando se figura que piensa, obedece á

una ley preestablecida. A no ser así, el hombre sería más que Dios, y la parte más que el todo.

Juan se tapó la cabeza y se murió de rábia esclamando:

—¡Señor, Señor; quitad á la creacion la vanidad!

Y una voz burlona le contestó de lo alto:—¡Desdichado! ¿Quieres, pues, que todo vuelva á la nada? ¿Ignoras que el dia del Juicio será el siguiente á aquel en que acabe el mundo?

EL ARTE DE HACERSE AMAR.

CUENTO ENIGMÁTICO.

I.

Ocurrió en no sé qué edad del mundo (fué tan antigua esta edad, que ninguna crónica la recuerda), un fenómeno, que sólo bajo palabra podrán creer mis lectores. Nació un príncipe real que, cuando llegó á aquella edad en que los moralistas, embaucadores supersticiosos, con palabras, en vez de yerbas ó bisturís, pretenden reducir á todos los nacidos á la triste situacion en que colocó al tierno y elocuente Abelardo el feroz tio de la enardecida Eloisa, á Boileau no sé qué cerdo, y á muchos niños italianos el pudibundo y filarmónico epicurismo pontifical, trató de aprovechar el tiempo y aprender el difícil arte de hacerse amar de su pueblo.

Por el mismo tiempo y en el mismo país, brillaba un sábio, á quien las gentes sencillas sólo

conocian por el sobrenombre de *El mago*, y á quien colgaban milagros tan inocentes como el de haber hecho rebuznar una noche al cura de la parroquia, que no hacía otra cosa siempre que predicaba, y haber adornado con las defensas de los ciervos al dómine, á quien hacian regalos semejantes todos los muchachos traviesos de la comarca.

El príncipe fué á visitar á este sábio como á un oráculo, y le encontró metido en una cueva, como Alejandro á Diógenes en su cuba, acompañado por un gato y un mochuelo, y tomando filosóficamente un polvo, aunque todavía no se habian descubierto las Américas, ni mucho ménos habian nacido estos siglos tabacosos, en que tantos adoradores de la muerte y la opresion revuelven el polvo fúnebre de las tumbas rebuscando las cadenas de Colon para atar con ellas el pensamiento celestial, inmortal é inencadenable; empresa tan loca, como la del que quisiera cojer la luz del sol en un cepo, ó encerrar todo el aire que envuelve al mundo en un pliegue de su manto.

Oida la pretension del príncipe, el sábio le dijo:—El problema que me presentas es difícil de resolver. Quizá tendrá muchas soluciones, quizá ninguna. ¿Quién sabe si la parte física influye de tal suerte sobre la moral, que hay épocas revolucionarias, en que los príncipes no pueden ménos

de ser malos y aborrecidos, y épocas de aplanamiento, en que la impotencia pasa en los príncipes por bondad y en los pueblos por mansedumbre? Desde luego, si hay una ciencia para reinar, debe ser como la medicina, cuyos principios son todos generales y cuyas aplicaciones son individuales y exijen una nueva ciencia personal y del momento en cada caso.

—¿Es decir,—suspiró el príncipe desconsolado,—que no me podeis dar la limosna de ciencia que he venido á pediros?

—Ciertamente que nó, pero puedo poneros en camino de encontrarla.

—¿Cómo?

—Haciéndoos conocer á un génio superior al hombre, que conoce el mundo como un relojero la máquina de un reloj.

—¿Os quereis burlar de mí?

—¿Por qué lo suponeis?

—¿Pensais que creo en brujas?

—Os suponia más instruido; ¿teneis, pues, el alma encenagada en las preocupaciones de la incredulidad?

—No creo más que en lo natural.

—¿Y quién os habla de cosas sobrenaturales, ni de dónde os ha venido la pretension de conocer los secretos de la naturaleza? Hay una escuela, hija de la vanidad humana, que suponien-

do al hombre el objeto de la creacion, todo lo reduce á él; pero, ¿quién os dice que la forma humana es otra cosa que uno de los infinitos arcaduces del sér, cuya vida es el movimiento, que reducido á los límites del tiempo y el espacio, se llama *materia*; que fuera de ellos se llama *espíritu*, y que toma formas superiores que no tenemos sentidos para percibir? ¡El hombre el objeto de la creacion! Alzad los ojos al cielo, cuyos espacios os ensanchará el telescopio, vereis cuántos millones de mundos ruedan en la inmensidad, y la imaginacion os revelará los que no veais. ¿Qué necesidad habia de tantos soles, que ni siquiera nuestra mente alcanza, para qué existiese nuestro miserable globo? Penetrad en los abismos del mar y en los senos de la tierra; ¡cuántas especies de animales que no hacian falta para nuestra vida! ¡Que toda la ciencia puede ser encerrada en los estrechos límites de nuestra razon, y nuestra razon no puede elevarse á ninguna causa primitiva! Creedme, príncipe, creedme: sed ménos orgulloso y sereis más sábio; aprended á comprender vuestra pequeñez y respetad los misterios de la creacion; no digais que no existe lo que no comprendeis, sino decid únicamente:—No lo comprendo.

—¿Pero de veras creeis que existen génios?

—Sé que existen naturalezas tan superiores al

hombre, como el animal lo es al vejetal y el vejetal al mineral.

—¿Y podemos tener relacion con ellos?

—Con algunos ¿por qué no?

—¿Y me hareis hablar á uno?

—Sí, si os atreveis.

—Vamos á verle.

El príncipe y el mago salieron de la caverna y se dirijieron á la cima de la montaña, que era tan alta que parecia un pilar del firmamento y estaba tan cubierta de árboles verdes y frondosos como de lana el lomo de un borrego.

II.

—Mis largos estudios y mis sacrificios,—dijo el mago, cuando hubieron llegado á la cima,—no han alcanzado á obligar á los génios á obedecer mi voluntad. Sólo con uno de ellos he hecho un pacto. Me he obligado á ciertas cosas, en pago de las cuales él se ha comprometido, por su parte, á contestarme á las preguntas que le dirijiese, pero advirtiendo que nunca le preguntaría dos veces sobre lo mismo, ni en cada evocacion le dirijiría dos preguntas; así, pues, meditad bien lo que vais á preguntar, para que la contestacion no os parezca despues oscura ó ambígua.

—¿Contestan los génios como los antiguos oráculos?—preguntó el príncipe algo alarmado.

—Nó; pero no contestan, sino á lo que se les pregunta.

—Pues mi demanda será clara y neta, y si no se burla de nosotros, el génio me dará tambien clara y neta la contestacion.

—Así sea.

El mago formó un altar con algunas piedras, puso sobre él ramas que escojió con cuidado, vertió sobre ellas un licor que llevaba en un frasco, se arrodilló, oró y el fuego del ara se encendió por sí mismo.

El dia estaba claro y sereno. Era una de esas perfumadas tardes de verano, en que la soledad parece entonar un radiante himno de amor y de alegría. El cielo estaba azul y diáfano, la tierra verde y florida. Pero, ¡cosa estraña!, á medida que la llama del ara se levantaba y tomaba cuerpo, el cielo se oscurecia y la tierra parecia palpitar como un pecho medroso. Pronto la noche, una noche negra y tormentosa, cubrió los espacios, un huracan creciente desnudó la campiña, que parecia un inmenso cementerio, en que los cadáveres se levantaban de los sepulcros, rodó el trueno sin relámpago, redoblóse la oscuridad, ya no se veia más que la llama de la hoguera, llama cárdena, temblorosa y jigantesca, con una forma

semejante á la humana. Parecia un titan de fuego, un titan embriagado de furor; y enmedio de aquel caos de horrores, resonó una voz semejante al ruido de las aguas, que preguntó:—¿Qué me quieres?

—Formula tu pregunta,—dijo el mago al príncipe.

El príncipe, que habia caido de rodillas primero y luego habia pegado la frente á la tierra, obedeció.

—Espíritu superior y desconocido,—dijo,—¿cómo podré hacerme amar de mi pueblo?

—Toda multitud humana,—contestó la voz misteriosa,—tiene naturaleza femenil. Te harás amar de tu pueblo, por los mismos medios que un hombre feo puede hacerse amar con locura de una mujer sobre cuya naturaleza no influya su fluido magnético.

Enseguida, resonó un trueno horrible, cayó el altar derrumbado, la llama se apagó, la oscuridad se disipó, y el príncipe y el mago tornaron á encontrarse en la cima de la montaña, enmedio de la tarde de estío, como si nada hubiera pasado.

III.

Aquella noche el mago convidó á cenar al príncipe, que notó con estrañeza lo rebuscado de

la cena. Los alimentos eran sencillos, pero variados y gustosos.—Veo que sois gastrónomo,—le dijo riendo.

—No tal,—replicó el mago;—soy únicamente filósofo.

—¿Epicúreo?

—En parte. ¿Ignorais la importancia de la salud? *Mens sana in corpore sano*. Sea la inteligencia un resultado de nuestro organismo, ó sea el hombre una inteligencia servida por órganos, lo que hemos dado en llamar parte física, merecerá siempre ser atendido; para obtener buena luz, cuidad de que sea bueno el combustible; si sois violinista y quereis lucir vuestra habilidad, buscad un buen violin, cuidadle y templadle bien. Por medio del alimento, así interno como esterno, nos regeneramos hasta tal punto, que de cierto en cierto tiempo no nos queda un átomo de toda la materia que antes nos constituia. (Dicho sea con perdon de los rabinos, que creen nos queda el incógnito hueso *luz*.) Por medio del alimento, pues, podemos rehacernos. La comida es una medicina diaria; ¿estrañais que quiera medicinarme bien, y nó que coja al azar el primer frasco que encuentre en la botica?

—Veo que sabeis mucho,—dijo el príncipe;—y me huelgo de ello, porque así podreis aclarar las dudas en que el génio me ha envuelto.

—¿Qué dudas?

—Me ha dicho que me haria amar del pueblo como de una mujer...

—¿Y bien?

—¿Cómo se hace un feo amar de una mujer que no tenga con él simpatía magnética?

—A tanto no llega mi ciencia ; preguntad, si os place, á los hombres de mundo.

El príncipe suspiró y se propuso tomar el consejo.

En la ciudad más cercana habia un pretendido Tenorio. Dos mujeres se habian suicidado por él, varias casadas habian abandonado á sus maridos, hasta las monjas rompian la clausura por correr á sus brazos.

El príncipe le fué á buscar y le propuso su duda.

Pero el Tenorio no le sacó de ella más que el sábio. Despues de muchos rodeos, le confesó que era amado, no sabia por qué. Él lo atribuía á su belleza; pero por Dios, ¡si era un verdadero Mefistófeles! ¡si la vieja no se hubiera atrevido á ponerle la vela, á haberle visto á los piés de San Miguel!

En una casa de la ciudad vivia el peor hombre que ha nacido. Vulgar de figura, lleno de enfermedades vergonzosas, áspero de carácter, era adorado por su esposa, jóven, dulcísima, pura y

hermosa como la Madre del Salvador; por su esposa, á quien trataba como una negra.—¿Cómo haceis para que vuestra esposa os ame?—le preguntó el príncipe; y tambien aquel hombre le contestó:—¿Qué sé yo?

En una cabaña encontró á un Pablo y una Virginia, dos esposos que se idolatraban. Sobre todo, la mujer al marido; pues éste se distraia á veces cazando en vedado y cojiendo la fruta del cercado ajeno. Trajeron á la mujer la noticia de que su esposo habia caido al agua al pasar un rio y se habia ahogado. Ella lo oyó, no exhaló una queja, no vertió una lágrima, pero quedó muerta en el acto. El marido no se habia ahogado, la corriente le arrastró, pero al fin pudo nadar y ganar la orilla; cuando volvió á su cabaña, sintió mucho lo ocurrido, gritó, lloró, estuvo enfermo, pero no murió. El príncipe le expuso su problema, y el jóven le contestó como todos:—No sé.

En cambio, en muchas partes vió el príncipe jóvenes gallardos, hermosos, apacibles, instruidos, valientes, generosos, á quienes ninguna mujer concedia una mirada ni de limosna, y á quienes sus esposas aborrecian.—¿Será,—se preguntó,—que el amor se imponga por la fuerza y el terror, que el corazon se dome como una fiera y que tengan razon los tiranos?—Pero algo en el fondo del alma le decia que esta es la opinion de

los que no saben gobernar; que el soldado que entra á saco en una plaza, puede violentar muchos cuerpos pero ni un alma, como el banquero puede comprar muchas queridas, pero ni un corazon; que Maquiavelo se vé obligado á declarar á los príncipes que, por el camino que les traza, pueden marchar apoyándose en el ódio, pero nó en el cariño de sus súbditos, y que el génio habia querido enseñarle la verdadera ciencia y nó su imitacion. Cada vez eran mayores sus confusiones. Cansado, por fin, de andar y de hacer preguntas, volvió á la cueva del mago y le dió cuenta de la inutilidad de sus trabajos. Entonces le dijo el mago:—¿Por qué, en vez de preguntar, no enamorais vos mismo y os enriqueceis con esperiencias propias, en vez de intentar aprovecharos de las ajenas?

—El caso es,—observó el príncipe,—que puedo ser fácilmente engañado. Quizá creeré que me aman cuando me aborrezcan, y viceversa. ¿Quién lee en el fondo de los corazones?

El mago le puso en el dedo un anillo con una esmeralda, y le dijo:—Cuando veas que esta esmeralda se torna blanca y brilla como un diamante, será señal de que eres amado; mientras esté verde, no despiertas ningun sentimiento.

El príncipe recomenzó sus viajes.

IV.

Nada más fácil á un príncipe que tener queridas; nada más difícil que gozar los verdaderos goces del amor. En lo más desenfrenado de una orgía de voluptuosidad, si no es imbécil, ha de preguntarse:—¿El amado soy yo, ó el príncipe? Si no fuera príncipe, ¿se me mostraría este cariño?—Se cuenta que Catalina II de Rusia, habiéndola puesto á la firma una sentencia dictada contra un jóven que habia violado á cierta dama, á cuya peticion se seguia la causa, se negó á firmar esclamando:—¡Es posible que una mujer se queje de inspirar tanto amor á un jóven, que por conseguirla no teme esponerse á sufrir el rayo de la ley! ¡Decidla que la emperatriz la envidia su triunfo y daria su corona por otro igual!—Catalina necesitaba una prueba semejante para creer en el amor de sus favoritos. Un granadero lo supo, la violó y la engañó. Desde entonces, ni aun en esa prueba pudo tener fé. ¿Quién sabe si una sed de cariño de esta especie llevaba al lupanar á Mesalina y á D. Pedro I de Castilla á muchos burdeles?

El príncipe tuvo muchas amadas; no le costaban más trabajo que el que se emplea en cojer flores en un jardin; pero la esmeralda siempre

estaba verde. Una tarde, volviendo de caza, se adelantó como un cuarto de hora á sus amigos y yendo solo, al volver un camino, le asaltaron cuatro hombres armados, capitaneados por una amazona cuyo rostro velaba un antifáz. El príncipe era valiente, su resistencia fué bastante larga para dar lugar á que llegasen sus gentes, y los bandidos huyeron.

La amazona huyó la última.

Antes de huir, se acercó al príncipe, tiró sus armas, y le dijo:—Eres un valiente, dáme un abrazo, te amo.—Le abrazó, picó espuelas al caballo y huyó.

El príncipe miró su sortija. Brillaba como un sol.

—Quien me ame que me siga,—esclamó y echó á correr en persecucion de la fugitiva, pero fué inútil; no pudo encontrarla.

Tres meses despues, recibió una carta escrita infernalmente, con una ortografía semejante á la que yo uso, y con una letra de gato. Esta carta decia:

«Mi querido: Hija no sé de quien, criada por bandidos, la justicia me ha sorprendido y dentro de dos horas (dos dias antes de que recibas esta carta) habré muerto en la horca. Ruega por mí á Dios, á quien ruego yo que te haga feliz. Te he visto un momento. Nadie te ha amado como yo. —Asima.»

El príncipe corrió á la poblacion de donde venia fechada la carta. Era cierto, Asima habia sido ejecutada. La desenterró, la vió en la tumba. (Lectores mios, yo tengo idea de que he hecho esto con dos mujeres; pero os aconsejo que no lo hagais jamás con nadie.) Era una mujer hermosísima, pero una mujer... que *habia sido.*

Otra vez... era una tarde de la estacion en que las hojas de los árboles van cayendo silenciosas como los granos de arena del reloj, como las lágrimas de los ojos de la desesperacion resignada. El cielo estaba cubierto de nubes candentes y la tierra ardia; parecia que bajo su calma se sentia palpitar un volcan. El aire era el hálito de una bacante. El príncipe, disfrazado con un traje humilde, descendia solo de la montaña; habia sabido que una familia pobre estaba á las puertas de la muerte y habia ido á socorrerla, viendo por sí mismo la llaga, arrancando de ella el dardo con su propia mano, pero ocultando su rostro y diciendo á los socorridos que le preguntaban su nombre:—¿Para qué quereis saberlo? El hombre que hace el bien no es más que un enviado; quien hace todo el bien es siempre Dios.

Algunos criados habian seguido al príncipe, á distancia, para cuidar de su seguridad personal; pero lo habian hecho sin que él lo supiese y procurando ocultarse de él.

Pronto las nubes se hicieron más densas, el calor más sofocante, brilló un relámpago, rodó el trueno, las nubes se desataron en agua y granizo, y la tempestad, una tempestad vertiginosa, horrible, envolvió la campiña.

El caballo del príncipe se espantó, trató de derribar á su ginete, no pudo, se desbocó y dió á huir más rápido que una flecha á través de las rocas, salvando torrentes y precipicios, hasta que al bajar de una cima se escurrió, se despeñó, se mató del golpe y arrojó al príncipe sin sentido y cubierto de sangre á algunos pasos de sí.

Una mujer como de treinta años, vestida al modo del pueblo, pero á quien se hubiera tomado por el génio de la tempestad misma, tanto era el fuego de sus ojos árabes, tanta lava revelaba en sus venas, su tez morena, pero suave como el raso más fino, acudió en auxilio del herido. Vió que respiraba, lanzó un grito estraño semejante al de un ave salvaje, y las rocas brotaron algunos hombres de mal aspecto, que la ayudaron á trasportarle á una covacha alumbrada por una humosa tea.

Allí ella vendó sus heridas, refrescó sus lábios con no sé qué brevaje, y le veló silenciosa y agitada.

Cuando el príncipe abrió los ojos, la vió sentada á su lado. Quiso hablar y ella le impu-

so silencio, cubriéndole la boca con la mano.

—No hagas esfuerzos para hablar,—le dijo;—aunque no te he visto nunca, te habia adivinado; eres el *Buitre*, de quien ningun caminante está seguro; sé que cojieron tu banda las tropas del rey, que pudíste escapar y que en venganza incendiaste ayer las casas del gobernador y sus agentes, despues de asesinar al que os delató. Sé que vagabas por los campos, perseguido como una fiera, y sin saber á dónde acojerte. Rogaba á Dios que te trajera á mi lado y te ha traido. He escondido tu caballo, he dado una falsa direccion á las gentes del príncipe, que han llegado poco despues que tú y han dado tus señas, aunque no han dicho tu nombre. Mis amigos te obedecerán como esclavos y yo seré tu esclava tambien.

El príncipe al principio se indignó, pero luego se sonrió interiormente de verse tomado por un salteador de caminos.

Aceptó aquella estraña situacion los dos dias que bastaron á su restablecimiento, y al ponerse en pié observó con éxtasis que su sortija brillaba clara y blanca como un diamante. La hospitalaria *Niña* (con este nombre se conocia á la desconocida) le amaba con delirio; ¡y era tan hermosa! ¡y es tan dulce ser amado, aunque quien nos ame sea la hez de la sociedad!

Cojió á la *Niña* de la mano y echó á andar;

ella le siguió, sin preguntarle dónde iba. Llegaron á la ciudad; llegaron á palacio; los magnates del reino salieron á recibir á su soberano, cuya ausencia les tenia inquietos; el pueblo acudia en tropel por todas partes y aplaudia.

—¿No eres, pues, el *Buitre*?—murmuró la Niña palideciendo.

—Soy el príncipe.

—¡Ah!

El príncipe miró su sortija: estaba verde.

—¿Por qué me amabas creyéndome un bandido, y no me amas sabiendo quien soy?—preguntó el príncipe á la Niña.

—Te amo lo mismo que siempre: ¿quién te ha dicho que te he amado nunca?

La Niña aprovechó un momento de confusion para evadirse, y el príncipe no volvió á saber de ella jamás.

Al cabo de dos años, el príncipe se presentó de nuevo al mago.—Nada he conseguido,—le dijo;—el problema sigue sin resolver.

—Mañana intentaremos la última prueba,—le contestó el mago,—y veremos si somos más afortunados.

V.

En un pueblo cercano á la cueva del mago habia una casa que se llamaba del Vampiro.

Esta casa pertenecia ó habia pertenecido á Heliodoro, cuya historia debo referir en dos palabras. Era hijo de un gran señor y de una esclava; feo, monstruoso como una pesadilla y más sediento de amor que de lluvia la tierra seca, en verano. Enamorado de una mala mujer, al verla infiel, se suicidó, y Dios le iba á herir con su rayo, cuando su madre, que era una santa (tanto se habia purificado por el arrepentimiento), logró calmar la divina cólera y obtuvo que sólo se le impusiese un castigo pasajero. Este castigo fué horrible; Dios le hizo vivir todo el tiempo que le faltaba para terminar su carrera, pero le hizo vivir en su cuerpo muerto y mutilado, al cual hizo incorruptible.

Para todos los que le veian, Heliodoro seguia viviendo; hablaba, aunque poco, y con una voz semejante al doblar de las campanas; andaba, miraba, pero sus ojos parecian de hielo, el contacto de su mano era como el del mármol de los sepulcros, y á poco que se le observase, se notaba que no respiraba, que la sangre no circulaba por sus venas, ni latia su corazon.

Y él seguia teniendo deseos como cuando su cuerpo estaba vivo, y amaba y padecia y se alegraba y llegaba al estremo su desesperacion, al ver que no pertenecia del todo ni á la vida ni á la tumba.

Un dia desapareció: ¿habia acabado de morir? No se sabia; inspiraba tanto miedo, que nadie se habia atrevido á penetrar en su casa á recojer el cadáver.

Un soldado, pasado mucho tiempo, no teniendo donde dormir, apostó á que dormiria en ella; entró bromeando fanfarronamente y retando con dos botellas y un jamon al diablo, á Dios y á todos los duendes y brujas. A la mañana siguiente, salió con el pelo cano y la razon perdida.

A esta casa fué el príncipe, por órden del mago, á saber el secreto que tanto le interesaba. Las gentes del barrio le vieron entrar con terror, como si fuese á descender á los infiernos. Viejas y jóvenes rezaban por él; los niños preguntaban á sus madres, en voz baja:—¿Es ese?—Pero él marchaba sereno por la calle, porque tenia un talisman, merced al cual podia desafiar impúnemente todos los peligros del misterioso palacio; este talisman era una flor roja nacida en la tumba de aquella mujer á quien sólo un momento habia visto viva y á quien habia desenterrado.

Tres dias y tres noches estuvo encerrado en la casa; el tercero, salió á la puerta y convidó á varias gentes del barrio á que entrasen. Al principio sólo algunos valientes se atrevieron, despues fué aumentando el número y, al fin, toda la ciudad se apiñó y se esforzó por entrar.

Heliodoro acababa de morir. Su cadáver estaba en el salon principal sobre una bayeta negra, rodeado de luces amarillas; y ¡cosa estraña! él, que durante toda su vida habia parecido tan feo, en aquel momento estaba hermoso.

El príncipe habia llegado á presenciar su agonía. Le costó mucho trabajo encontrarle, porque se habia escondido y no respondia á los que le llamaban; cuando le encontró en uno de los últimos rincones de la casa, vió que estaba delirando. Dios habia templado el dolor de sus últimos años por una especie de locura. «La felicidad es la muerte,—decia;—ya que yo no puedo morir, haré el bien, matando.» Si el príncipe no hubiera llevado su talisman, hubiera muerto á sus manos.

Poco antes de morir, recobró la razon; tuvo con el príncipe una conversacion muy animada, de la cual nada se ha sabido, y le dijo cómo habian de hacerse sus funerales, para los cuales lo tenia todo preparado.

Murió alegre pensando en el cielo, en su madre y bendiciendo á Dios.

El príncipe, en su nombre, repartió mucho dinero á los pobres, y abdicando la corona, se metió fraile; «porque, —dijo, —sabido el secreto del amor y del poder, ambos enojan, y ese secreto, Heliodoro me le ha revelado.» ¿Cuál era este secreto?

El príncipe decia, que Heliodoro le habia formulado en estas palabras:

«Si quereis ser amados de mujeres y pueblos, saciad la sed de su vanidad, colmad el vacío de sus necesidades materiales y marchad por el camino que os señale su instinto, que es en ellas la ley de la gravitacion de su organismo y en ellos la de su raza. Así sereis su presente y su esperanza, al mismo tiempo que el recuerdo de su ideal. Nadie es amado, si no lo ha sido su imágen moral antes de que le haya visto quien le ama, y muchos son amados, porque los que los aman, los creen como los sueñan, y no los ven como son.»

Esto decia el príncipe; pero muchos aseguraban que no era esto lo que le habia dicho Heliodoro, ni lo que él pensaba, y que sólo lo decia para ocultar su pensamiento.

¿QUIÉN SABE LO QUE NACERÁ DE AQUI?

I.

¿Quién sabe cuál es la hora de llorar y cuál la de reir? ¿Quién conocerá la ventura y la desgracia, á primera vista, si tantas veces cambia aquella su blanco traje de gala por los lutos de ésta? ¿Quién... Pero basta ya de reflexiones filosóficas: comencemos la narracion.

II.

No léjos de una aldehuela, que no recuerdo bien si estaba situada en las cercanías de Lima ó de Toledo, se elevaba una montaña que los habitantes de la comarca creian habitada por el diablo y un amigo suyo, viejo solitario que

hacía una vida semejante á la de los anacoretas del siglo de oro del cristianismo, y de quien nadie se atrevia á murmurar, por miedo á sus sortilegios. ¿De dónde habia venido? ¿Cuándo? ¿Cómo se llamaba? Nadie lo sabía. Algunos aseguraban que no era un hombre, sino el diablo mismo metido á ermitaño, y corroboraban su opinion señalando los rasgos de su fisonomía. Era alto, flaco, nervioso, de faz aguileña, color oscuro como las olas del Canal de la Mancha en invierno, barba y cabellos blancos como la espuma, ojos negros, grandes y espresivos; y un dia de invierno habia dado la mano á un campesino ¡y la tenia helada! ¿Se necesitaban más pruebas de que era un espíritu infernal? Pues aun habia otra: se recordaba que en cierta época, que nadie sabía de cierto, se le vió cojear, con el pretesto de haberse torcido un pié andando entre las rocas. Por lo demás, no hacía daño á nadie á las claras; pero era tan maligno, que mirando los árboles sin riego, los secaba; se sabía que la vaca de N... habia muerto partida por un rayo, á consecuencia de haberla él hecho mal de ojo seis años antes; y si se quemaba el asado al ama del cura mientras estaba distraida en murmurar con la boticaria, y si un pastor, á fuerza de absorber hùmedades, se llenaba de dolores reumáticos, era evidente que él tenia la culpa. Por eso le llamaban todos el

anciano malo, es decir, el *anciano* cuando estaba delante, y el *malo* cuando nó, y por eso procuraban todos complacerle, regalarle y mimarle para tenerle contento.

III.

Una tarde, el *anciano malo* fué invitado á un convite que se daba en casa del herrador, á consecuencia de haberle nacido un hijo. Asistió, comió y bebió como todos, sin mezclar acíbar ni ceniza con el vino ni los manjares, segun se cuenta de ciertos santos, y esta fué una nueva prueba de su maldad. Como se comia y bebia de largo á costa del herrador, todos ménos éste estaban contentos. El herrador no lo estaba, porque el recien nacido, niño 14.° que su mujer le regalaba, era una especie de monstruosidad, de cuerpo endeble, de gran cabeza, cojo del pié izquierdo, manco de la mano derecha y hasta un poco jorobado. El *anciano malo* le contempló largo rato, y luego dijo pausadamente:—Sea enhorabuena.

—No debe uno quejarse de lo que dá Dios,—dijo el herrador;—pero más hubiera querido no tener este hijo, ó que fuera gallardo y robusto como sus hermanos. Este aborto será un peso inútil y

una vergüenza para la familia, y él mismo será desgraciado.

—Más vale así,—murmuró el viejo; bebió otra copa, y despidiéndose de la compañía, se alejó hácia la montaña.

Todos quedaron diciendo:—¡Qué malo es! ¡Qué justo sería que le quemáran!—Pero él hizo como si no lo oyese, aunque no esperaron para decirlo sino que hubiese andado dos calles, y lo dijeron en voz tan alta como la que usan las tímidas beatas al acusarse en el confesonario, de haber comido un cañamon en dia de ayuno; y pasando por delante de la casa del cacique del pueblo, riquísimo cosechero, á quien su jóven esposa acababa de dar el primer vástago, robusto y hermoso como un amor, dió el pésame á los padres.

IV.

Pasaron años, y Angelito (así habian puesto en la cuna al recien nacido) fué creciendo en edad, en cuerpo y en deformidades. Tambien Manuel, el hijo del cosechero, crecia y era cada vez más gallardo y más hermoso. Por todas partes se contaban rasgos sorprendentes de su grandeza de alma, y el maestro de escuela, á quien el cosechero hacía contínuos regalos, y el cura á quien

los hacía la mujer del cosechero, ponderaban su talento y su buena conducta. Un dia, el *anciano malo* bajó al pueblo á hacer unas compras, y hablando con el cura y el dómine, que estaban en la plaza, preguntó por los dos niños, que ya tenian 16 años, y de quienes hablaban aun poco los hombres, pero mucho las madres y las muchachas.

—Manuel,—dijo el cura,—es mi espejo de delectacion; la viña que con más gusto cultivo, por los escelentes frutos que muestra ya en esperanza; un feraz terreno en que se aprovecha toda la semilla de la palabra divina. Es hijo único, y no podia ser de otro modo, porque no envia Dios al mundo dos ángeles semejantes. ¡Qué talento! ¡qué memoria! ¡qué despejo natural! Hace versos mejor que yo, y de sólo oirme citar las sentencias de los Santos Padres, habla de ellos como si los hubiera leido. ¡Si viérais con qué elocuencia probó hace dos dias que es herético sostener, como varios autores lo hacen, que Adan al salir del Paraíso, quedó excomulgado por espacio de 150 años y vivió en un desierto con una mujer llamada Lilia, nacida como él de la tierra y en quien engendró muchos diablos; mientras Eva, retirada á otro desierto, prestaba oido, y algo más, á los galanteos de Satanás y engendraba con él á Caín y Abel! ¡Cómo confundió á los

herejes que dicen eso, á pesar de no haberlos leido, y cómo puso de manifiesto su contradiccion con la historia sagrada que yo he redactado para su uso, y que apenas hace un año que está estudiando!

—¡Qué lástima! ¡qué lástima!—murmuró el *anciano malo.*—¿Y Angelito?

—¡Oh! Ese,—esclamó el dómine, un pedanton de á fólio que se preciaba de retórico y erudito y no perdia ocasion de lucir sus habilidades,—ese *non est eadem farinæ.*

—¿Es malo?

—¡Malo! No tal: es el prodigio de los prodigios en lo moral y en lo físico. Es *in utroque* el conjunto, la cifra, la suma de las cualidades de los héroes antiguos y modernos; no tiene una cualidad moral ni física que la historia no atribuya á algun personaje célebre por su valor, su instruccion, su dignidad, su fortuna ó su virtud.

—Parece que hablais de chanza.

—Dios me libre de tal cosa. Juzgad vos mismo. Ha nacido, ya lo sabeis, pobre como Jesus, que nació en un establo; y es más que probable que como él, sea azotado y muera en un cadalso. Ya sabeis que Moliere, diciéndole un criado, «vienen á veros dos padres de la Compañía de Jesus,» esclamó:—«Jesus nació entre dos bestias y murió entre dos ladrones; ¿de qué compañía son esos

padres?» —De las compañías de Angel se dirá lo mismo con el tiempo.

Es bajo de cuerpo como Alypio de Alejandría, que tenia dos pies de altura y daba gracias á Dios de que no hubiera cargado su alma con más peso de materia corruptible; como Alberto el Grande, de quien se cuenta que el Papa le ordenó muchas veces levantarse creyéndole de rodillas; como el Cid, como Vasco de Gama, como Godean, llamado el Enano de Julia; como el príncipe Eugenio, como Thiers, como Brisot y como Apostoli, el enviado de la república de San Marino, á quien decian: *picola república*, *picolo representante*. El ser bajo es una gran propiedad: recordad los versos de Breton de los Herreros:

Pues el hombre nunca es bueno,
Le prefiero chiquitin,
Que en pequeño vaso al fin
No cabe mucho veneno.

Es jorobado como Berenger Raimundo, conde de Barcelona, como el príncipe de Conti, el poeta español Alarcon y el francés Saint-Pavin, que decia de sí mismo:

Soit par hasard, soit par dépit,
La nature injuste me fit
Court, entasé la panse grosse;
Au milieu de mon dos se hausse

Certain amas d'os et de chair
Fait en pointe como un clocher.

Ya sabeis que es proverbial el ingénio de los jorobados. Nó en las llanuras, sino en las montañas se revelan los grandes misterios, y su joroba es un Olimpo, un Sinaí.

Es feo como Tremouille, que sentado entre dos damas, y vuelto de cara á una para decirla galanterías, oia murmurar á la otra: «Pues que me vuelve la espalda, es á mí á quien quiere agradar.» Feo como Becker, autor aleman, que habiendo negado la existencia del diablo en su *Mundo encantado*, recibió el siguiente epígrama:

Pour nous ôter du diable entierement l'idée,
Becker suprime ton portrait.

Feo como Delille, como Florian, como Lekain... Los Menelaos le hospedáran sin temor.

Es narigudo como Ovidio, Tito Livio, Leoni de Ancona, sobre cuya nariz Anibal Caro escribió una gran disertacion, con el título de *Diceria nasi;* como todos los primeros reyes de Roma, á escepcion de Tarquino el Soberbio (¿si sería por eso destronado?); como Homero, que tenia siete pulgadas de nariz, segun las *nugæ venales*, y como Luis Vélez de Guevara.

Es virolento como Vauvernagues y Mirabeau y el duque de Alenzon, que tenia la nariz partida en dos como los perros perdigueros, á consecuencia de las viruelas.

Es bizco como Tyrteo y el pintor Guerchin; ¡gran cualidad para esgrimidor!

Es calvo como César; así no le podrán decir que tiene pelo de tonto.

Es cojo como Agesilao, Genserico, Quevedo, Parini, Byron, Walter Scot y Benjamin Constant; así no huirá en los combates y se sabrá siempre de qué pié cojea.

Es manco como Cervantes, Ricardo Martin y Jubenet; con eso no entrará nunca en camorras, ni gustará de juegos de manos, que como dice el refran, son juegos de villanos.

Es tartamudo como Moisés, que hablaba con Dios; como Demóstenes el gran orador, y como Camilo Desmoulins, que hablaban con el pueblo.

Es sordo como Dibil Alkoffay, Lesage y Beethoven.

Es tímido como el moralista Nicole, que temblaba de estar en casa, de miedo de que se hundiese el techo, y salia á la calle temblando de miedo de que le cayese en la cabeza alguna teja.

Es perezoso como Thompson, que nunca hallaba motivo para levantarse de la cama; como

Leibnitz, Descartes y Thomas, que no sabian meditar sino acostados, y como los frailes del monte Athos, que creian que mirándose al ombligo, veian la luz del Horeb, en premio de la virtud de su quietismo.

Es curioso como Mr. de la Condamine, que no podia ver una carta sobre una mesa sin abrirla y enterarse de su contenido, aunque ignorase á quién iba dirijida.

Es inclinado al robo como Rouseau y Enrique IV de Francia.

Es usurero como Caton.

Es envidioso como el pintor Castillo, que se murió de envidia.

Es gloton como Cárlos V y el baron de Trenk y Lemetrie.

Es borracho como Esquilo, Alceo y Aristófanes, que sólo estando borrachos escribian, y como Sullivan, que solo representaba bien cuando estaba borracho.

Es irreligioso como Arretino, que estándole dando la Extrema-uncion, decia: «*Guardatemi da topi, or che son unto;*» como Pedro Bayle, que decia: «Yo soy el verdadero protestante, porque protesto contra todas las religiones.»

Es tan vanidoso como Hortensio, como Oton y como Duprat, el obispo de Clermont, que en 1560 se murió de sentimiento porque los canóni-

gos de su Capítulo querian que se quitase la barba.

Es cruel y vengativo como Felipe II.

Es amigo de mujeres como Enrique VIII y Francisco I, y hasta se asegura que se parece en sus gustos á Elio Adriano.

Anda súcio como Chavot, que durante la revolucion francesa queria se cortase la cabeza en la máquina resucitada por Guillotin, y perfeccionada por Luis XVI, á todo el que tuviera las manos limpias.

Y por último, es tan hipócrita y tan supersticioso como Luis XI de Francia.

Si dadas todas estas buenas cualidades, muere mal y oscuramente, culpa será de su fortuna, pues con la mitad y ménos, muchos han legado su memoria á los siglos. Es un cómico que sólo necesita teatro; una decoracion que necesita perspectiva. De los hombres que no brillan, como de las estravagancias poéticas, puede y debe decirse mirando al sitio de su accion: *non erat hic locus*. En último término, si le ahorcan, le darán una muerte voluptuosa, y podrá espirar diciendo: «Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia.»

El *viejo malo* oyó toda esta disertacion con manifiesto regocijo, y despues de haber meditado un rato, meneó la cabeza y dijo marchándose:

—«Tanto mejor, tanto mejor; que sea enhorabuena.»

El cura y el dómine quedaron escandalizados.

V.

En aquellos dias pasó por el pueblo una compañía de actores errantes, génios desconocidos, que representaban mal de por sí y se esforzaban en representar peor, con el objeto de que los espectadores les arrojasen patatas, recojerlas y comérselas. No habia teatro; pero se improvisó con el mismo ingénio que Shakespeare presta á los cómicos ambulantes de *El sueño de una noche de verano*. Una colcha azul figuraba el mar, un farol de papel la luna, un cajon de madera con piedras era la caja de los truenos, y enseñando y escondiendo una luz se imitaban los relámpagos. En cuanto al vestuario, no hay que decir: el galan salia siempre con casco de carton, forrado de papel de plata, y una espada de madera; de carton y papel de oro eran las coronas de los reyes, que á guisa de manto usaban colchas de color rojo, y llevaban por cetro varas como las de los alcaldes. Los moros usaban zaragüelles, chaqueta, faja y una sábana arrollada á la cabeza, con la media luna turca de hoja de lata en el centro, y así los

demás. Las comedias en que mostraron su habilidad, fueron todas famosas. Baste el titulo de una, que era nada ménos que el siguiente:

«La ambicion de la corona
Padre ni esposo perdona;
Pero la traicion consigo
Lleva arrastrado el castigo» (1).

El pueblo, con semejante novedad, se volvió loco de alegría, y cuando los cómicos levantaron sus tiendas y prosiguiendo su vida nómada fueron á otra parte á hacer su recoleccion, nadie pensó sino en imitarlos, haciendo comedias caseras bajo la direccion de la alcaldesa, á quien servia de secretario el sacristan. El dómine se encargó de hacer comedias *ad hoc*, y hasta hizo una en latin y griego, tomando por argumento la estancia de Ciceron en Grecia; pero no se pudo representar, por no encontrarse quien aprendiera el papel. Entonces Manolito declaró que tenia una comedia en variedad de metros castellanos, titulada *Heroicidades del Cid;* y leida que fué por el mismo dómine y el señor cura, se la declaró

(1) No he encontrado esta comedia, y lo siento, pues el título *promete*. Está citada, entre otras, en una coleccion de obras dramáticas de fines del siglo XVIII ó principios del XIX (no lo recuerdo, porque hace muchos años que la ví), que posee la Biblioteca Nacional de Madrid.

escelente. Empezáronse los preparativos para la fiesta, distribuyéronse los papeles, ocasionándose con este motivo no pocas reyertas y hasta palos, porque nadie queria el papel de moro traidor; convínose en que el encargado de representarlo diria antes de empezar á hablar:

«Señores: no soy moro, soy cristiano.
Bien veis que soy el sastre Pedro Geta;
Pero por complacer al señor cura,
Salgo haciendo de moro en esta fiesta.»

Pintáronse las decoraciones por el tabernero, que habia pintado en su propia muestra un dios Baco, que muchos tomaban por un cerdo; unas uvas que parecian un monton de balas, y un ramo semejante á un bacalao, con un letrero que decia: «*Llo bendo vuen vlanco é tintos. Compralme.*» Arregláronse los trajes; procedióse á los ensayos, en que todos los actores movian los brazos como sus aspas los molinos de viento, y recitaban como los muchachos de la escuela. Un beso que el Cid, el hijo del fiel de fechos, daba á Zoraida, la hija del boticario, fué causa de que ésta riñese con su novio el barbero, y el galan llevase un puntapié del papá, que halló su manera de accionar demasiado espresiva: el papá y el novio querian que el beso se suprimiese; el fiel de fe-

chos se negaba á aceptar su papel si se hacía la supresion; el dómine sostenia que la accion en sí nada de malo encerraba, sino que por el contrario, era la salutacion de los primeros cristianos; el cura ponia mal gesto, pero callaba; al fin se convino en que la besaria la mano solamente, y el barbero, para más seguridad, encargó á la córte un par de guantes de deshecho, que aunque algo rotos y nada limpios, regaló á su amada, nó ingrata á semejante sacrificio. En cierto combate que habia en la escena, y que figuraban los mozos del pueblo usando los garrotes á modo de espadas, era tanto el entusiasmo de los contendientes, que más de una cabeza salió rota, á pesar de que todas eran duras como el bronce. El alcalde quiso que la pelea se suprimiera; pero los mozos protestaron todos y hubo que dejarla. Habia una tempestad, y sacando y metiendo la luz con que se finjian los relámpagos, se prendió fuego á una cortina y ardió la más bella de las decoraciones: un jardin árabe copiado de un abanico chinesco. Hubo gran susto por parte de todos y gran desesperacion por la del pintor, que para evitar tales fracasos, pidió que en adelante se imitasen los relámpagos sacando y escondiendo la vela apagada. Por último, en el ensayo general, que fué tan concurrido como la funcion misma, la dama, al principio del acto tercero, aparecia de rodillas á los

pies del rey; enganchóse en el telon la fimbria de su traje, y al levantarse presentó al público un espectáculo inesperado, y que muchos observaron que no era muy limpio. A pesar de todas estas contrariedades, y otras más que omito por no ser prolijo, la funcion se representó con un éxito asombroso; hubo aplausos, coronas, ramilletes para todos los actores, ¡como que los esfuerzos de cada uno los premiaba su familia!

El autor especialmente, obtuvo un triunfo como no le ha obtenido ningun poeta. Se le hizo salir á la escena y al salon, se le coronó, se le abrazó, se le besó por viejos y por jóvenes; el señor cura le regaló un Rengifo que habia encontrado entre sus papeles viejos, y el dómine un laurel que olia escandalosamente á adobo de aceitunas. Ambos le dirijieron con toda solemnidad sendos discursos, á que él contestó con dos décimas improvisadas que habia estudiado ocho dias y que renovaron el entusiasmo general.

Enmedio de esta embriaguez de alegría, un suceso inesperado llamó la atencion general; oyéronse del lado del jardin, al cual daban las ventanas de la sala del teatro, voces de queja, imprecaciones, ruido de golpes y ladridos. Asomáronse los curiosos á ver lo que era, y á la luz de la luna vieron al jardinero, á su mujer y un perro acosando al pobre Angel, que yacía en el suelo ensan-

grentado, quejándose y pidiendo misericordia entre lágrimas y sollozos.

—¿Qué es eso, Anton?—preguntó el dueño de la casa.

—Este ladronzuelo,—respondió el jardinero,—que aprovechaba la distraccion general para robar peras.

—Nó, señor, nó,—gritó el pobre niño;—yo estaba en el árbol... porque... que lo diga Manuel.

El perro y la jardinera le acometieron de nuevo, el jardinero iba tambien á acometerle; pero el cosechero se entró diciendo:—No le pegueis más, echadle fuera y que no nos rompa la cabeza con ese alboroto. Vamos, Manuel,—añadió sentándose de nuevo,—recita la oda que me dijíste el otro dia.

Pero Manuel se habia puesto colorado como una cereza y no acertaba á articular palabra.

—¡Pobre niño!—dijo el cura;—es tan sensible y tan justo, que el reciente suceso le ha turbado.

—Ercilla,—dijo el dómine,—era tan corto, que no acertaba á hablar delante del rey, y J. Jacobo Rouseau enmudeció delante de los ginebrinos. Esa cortedad es propiedad del génio.

—Dadle un poco de agua.

—Mezclada con vino.

—Mejor será limonada.

—Mejor una copa de vino generoso.

Los gritos se oyeron de nuevo; esta vez en la puerta de la habitacion, y eran de otro género.

—No se puede entrar.

—Entraré, con mil rayos.

—Pero...

—Déjame ó te rompo la crisma.

La puerta se abrió con estrépito, y el herrador entró desaforado con un garrote en la mano, el traje descompuesto y echando fuego por los ojos.

Todos lanzaron un grito de terror.

—¿Qué es esto?—preguntó con severidad el alcalde, que no las tenia todas consigo.

—Esto es,—gritó el herrador, adelantándose,—esto es que vengo á reclamar justicia, y á tomármela por mi mano, si no se me hace; esto es una infamia, y no porque seamos pobres debe consentirse, que tambien los pobres somos hijos de Dios; esto es, que el jardinero ha roto una pierna á mi hijo, y su mujer le ha arañado, y el perro le ha mordido, y el pobre chico se está muriendo, y si se muere, mataré yo hasta el último gato de la casa.

—Si tu hijo se muere,—repuso el alcalde,—comprendo tu dolor y tu desesperacion, y tu deseo de matar gatos y hasta ratones; aunque mucho ganarás con que se muera, visto lo que promete ser si vive; pero la culpa será suya, porque ¿quién

le manda venir á robar peras de noche, asaltando las tapias de un jardin?

—¡Sólo eso faltaba! ¡que tambien le llamáseis ladron!

—Pero si...

—Pero si eso es una infame calumnia. Mi chico venia á ver la comedia desde el peral que está junto al balcon, porque así lo habia convenido con Manolito.

—Es verdad,—murmuró éste, que ya estaba de color de violeta y sin atreverse á respirar.

—¿Y sabeis por qué lo habia convenido?—prosiguió el herrador,—porque la comedia está escrita por mi hijo que la ha sacado toda de su cabeza, y la oda de Manolito tambien, y las décimas tambien...

—Eso no es cierto,—gritaron á un tiempo el cosechero, su mujer, el cura, el dómine y el alcalde.

—Que lo diga el mismo Manolito.

—Sí, señor,—murmuró éste llorando y cayendo desvanecido entre convulsiones.

—Y si no basta eso,—prosiguió el herrador,—yo tengo todos los manuscritos de mi hijo, y en la comedia está su nombre, en una cosa como poliama ó anagata.

—Anagrama, querrás decir,—corrijió el dómine.

—Eso es, anagarna, en la escena primera de cada acto.

Varios caciques del pueblo, que no estaban bien avenidos con el cosechero, y no pocos envidiosos, tomaron el partido del herrador. Empezó á lamentarse la suerte de su hijo, se obligó al alcalde á que prendiera al jardinero,

Hubo mientes como puños,
Hubo puños como mientes,

se subió al herido, y hasta una prima de Manolito, quinceña, llamada Rosa, y linda como la reina de las flores, acudió á curarle. El cirujano declaró que sus heridas no eran peligrosas, pero que la convalecencia sería larga; un labrador rico (el padre de Rosa), le tomó bajo su proteccion y ofreció tenerle en su casa el tiempo que tardára en restablecerse; y la reunion que tan alegremente habia empezado, concluyó triste, con murmuraciones, amenazas, resentimientos y disgustos de todo género.

Solamente Angel guardaba de ella un recuerdo de felicidad; al ser curado, habia podido estrechar la mano de Rosa, que tenia los ojos cubiertos de lágrimas. Este ligero favor, que ella ignoraba que se la hubiese robado, le enajenaba, porque la amaba con todo el fuego de un primer amor sin esperanza.

VI.

Cuando el *viejo malo* supo el fiasco de Manolito y la ruptura de la pierna de Angel, esclamó: —«Sea enhorabuena.»—El cosechero, para librar á su hijo de ser la mofa del pueblo, le envió á la córte á seguir una carrera; el labrador quiso conservar consigo á Angel, pero los amigos del cosechero se dieron tan buena maña para calumniar al pobre muchacho de mantener relaciones con Rosa, que sólo soñaba con él cuando tenia pesadilla, y unos versos que se le sorprendieron dirijidos á ella, pero que nunca se hubiera atrevido á enseñarla, dieron tales visos de verdad á la calumnia, que el mismo Angel comprendió que su permanencia en la casa comprometia á su amada. Escribió una larga carta á su protector, otra á Rosa, otra á sus padres, y con un traje haraposo, sin un cuarto en el bolsillo y el alma llena de penas, se fugó una noche, sin que se supiera más de él. ¿Querrán Vds. creer que Rosa sintió su partida, como si realmente hubiera sido su novio, aunque lo ocultó á todos, de miedo de que la hicieran burla? ¡Es tan dulce ser amado y nos unen tanto á las personas los beneficios que las hacemos!

Tambien esta vez el *viejo malo*, al saber la fuga

de Angel, que por ella renunciaba á su familia y á su porvenir, esclamó:—¡Sea enhorabuena!

VII.

Escusado me parece decir que Manolito no aprendió en la córte más que vicios. Niño mimado enmedio de los placeres, creyéndose un génio, acostumbrado á que todo se le aplaudiese, inferior en ciencia á la mayoría de sus compañeros, con mucho dinero, y habiéndose convencido pronto de que su aplicacion le hacía brillar ménos que su largueza, abandonó la cátedra por el garito, el café y el lupanar, donde satisfacia más su vanidad, que era lo único que su educacion doméstica habia desarrollado. Era guapo, y su hermosura le proporcionó varias conquistas; pero la facilidad de hacerlas, le impidió conocer á las mujeres. Era altanero, y en más de un duelo recibió graves heridas; era inesperto, y se halló envuelto por malas compañías en negocios que más de una vez le condujeron á la cárcel, y aunque se probó su inocencia, siempre quedó el recuerdo de que habia sido acusado. A los que hablaban de su absolucion, les respondian sonriendo los maldicientes:—«Su padre es rico.»—Cuando á fuerza de recomendaciones y regalos se obtuvo

que se le graduase en medicina, era más ignorante que un curandero, estaba lleno de deudas, habia perdido la costumbre de trabajar, y la fortuna de su familia se resentia de sus calaveradas. Pero no por eso pensó en poner enmienda en su conducta; al contrario, se lanzó á la mala vida más en grande; antes habia hecho en el vicio viajes de cabotaje; entonces se lanzó á alta mar, y emprendió viajes de circunvalacion. Su familia trató de casarle, él se resistió mucho, casóse por fin con una mujer rica y jóven; pero la llenó de enfermedades, la maltrató y tuvo que divorciarse. Acabó de arruinar á su familia, y entonces empezó la vida de petardista. Mientras tanto, nada se sabía de Angel, cuyos hermanos, unos habian muerto y otros eran soldados, y cuyos padres, solos en su vejez, estaban en la mayor miseria. Rosa no habia querido casarse, y vivia triste, siendo su reputacion el blanco de todas las murmuraciones, aunque era cándida y pura como una azucena.

VIII.

Una mañana de primavera, un coche se detuvo delante de la casa del herrador; un caballero, cuyo traje, aunque sencillo, le denunciaba por

persona de alta posicion, bajó ligeramente, á pesar de que cojeaba un poco, y preguntó por el dueño de la casa. El herrador y su mujer salieron con curiosidad, y el desconocido se arrojó á sus brazos gritando:—¡Padre mio! ¡madre mia! Soy Angel; vengo de América, vengo rico, ya no tendreis que trabajar ni sufrir miserias.

Ninguno de los dos ancianos queria creer tanta felicidad. Angel, niño monstruoso, era un jóven gallardo. La imperfeccion de sus brazos y sus piernas era imperceptible; sus ojos, antes bizcos, miraban rectos; su habla era suelta, su tez distinguida. Angel tuvo que contarles su historia: habia sido criado de servicio; con pocas necesidades y muchos deseos, se habia dedicado á estudiar furiosamente para ser algo. Nadie sabe la fuerza y la constancia de las ambiciones que se nutren en los ántros de la miseria. Labrada su educacion por él mismo, estaba exenta de preocupaciones. La desgracia es la madre de la esperiencia, que no se alcanza viviendo mucho, sino siendo herido por las contrariedades. De casa del primer amo salió por muerte de éste, y fué á parar á la de un grande que sólo tenia grandeza en las orejas, y cuya biblioteca esplotó como una mina abandonada; pasó enseguida á servir á un diplomático, cuya única ciencia era la gastronomía, y que importándole poco la re-

putacion de su mujer y de sus hijas, era capaz de hacer como que se batia por un asunto cualquiera de etiqueta. Enseguida, fué ayuda de cámara de un diputado, que le llamaba estúpido y le utilizaba para componer sus discursos. Pudo entrar de gacetillero de un periódico, merced á la proteccion de la doncella de la casa, y malgastó seis meses en consignar que dos perros habian reñido en una plazuela, que un petardista se habia finjido obispo de la antigua Atlántica, y que en un pueblo ignorado, un niño habia nacido con un lunar en la rabadilla. Merced á un *puff* diario, fué el encanto del bello sexo durante su existencia gacetilleresca. Un empleado en Ultramar se le llevó de secretario. Como su amo, inesperto en aquellos ágios, era muy recto, fué tachado de negrero y ladron, sumariado y declarado cesante. Él, que habia aprendido la medicina y graduádose mientras tanto, se puso á matar á todo bicho viviente, con arreglo al más moderno sistema, inventando nuevos medicamentos con que combatir á los enfermos, que eran, respecto á los antiguos, lo que los fusiles de aguja á los mosquetes; tuvo un gran éxito, que supongo le proporcionarian las mal casadas y los herederos impacientes; trató de curarse á sí mismo: la higiene, la gimnásia, un plan semejante al de Demóstenes, y unos anteojos de plata

con una ligera ranura en el centro, le aliviaron de sus defectos, y volvió á España rico y convertido en un guapo mozo, llevando á todos los ricos y buenos mozos la ventaja de que, como todo se lo debia á sí mismo, la fortuna nada podia quitarle mientras no le quitase la esperiencia.

IX.

Aquel mismo dia, Angel fué á casa del labrador, padre de Rosa: habló á ésta, recordaron sus amores, como dos proscritos la lengua patria, se abrazaron y se casaron; pero al salir de la iglesia, fueron detenidos por una cadena de presidiarios que pasaba por el pueblo. En ella iba Manolito. Se lo advirtieron á Angel, corrió á él; le abrazó y le ofreció procurar libertarle. Tales eran sus influjos, que lo consiguió. Poco despues, gracias tambien al favor de Angel, le dieron un pobre partido, donde vivió oscuramente como médico.

X.

Contaban lo ocurrido una tarde al *viejo malo,* y él decia:

—Ya veis si eran fundados mis pésames y mis enhorabuenas. Cuando nació Angel, nació la felicidad á su familia; cuando Manuel, la desgracia á la suya. Todas las adversidades de Angel, le han formado el carácter; todas las venturas de Manuel, le han formado el suyo. Lo único que hoy le vale es la carrera que estudió por fuerza, y que fué su única contrariedad.

¡Dichosos, temed! ¡Desventurados, no desespereis jamás!

EL ANGEL.

I.

Llamó Dios una mañana al más hermoso de sus ángeles, y le dijo: «Cúbrete con un velo material y baja al mundo á consolar á los que lloran.» El ángel, un momento despues, estaba encerrado en un cuerpo como una idea en una frase, y tendiendo las álas volaba hácia nuestro valle de lágrimas, cantando un himno del paraíso.

II.

La llama de un hogar era la de la guerra doméstica. El esposo tenia en el cuerpo siete demonios, como Santa María Magdalena, lo cual, con perdon de Mr. Renan, no quiere decir que fuera supersticioso, sino que le dominaban los siete

pecados capitales. La mujer, rodeada de tentaciones, estaba próxima á caer en el abismo. El ángel entró en la casa en figura de niña, exorcisó al marido, recordó á la esposa sus deberes, y la llama del hogar fué desde entonces la del amor.

III.

Juan, antes de haber vivido, estaba cansado de la vida como de la lectura de un libro para él incomprensible. Vagaba por los bosques solitarios paseando su hastío, y la muerte decia al Señor mostrándole con el dedo: «¿No debo cortar ese árbol que nunca dará frutos?» El ángel se presentó á Juan á la tíbia luz de una aurora, le miró con sus ojos de cielo y le cantó un himno de amor, que despertó su corazon. Juan amó, y amó la vida al amar su sueño, y estudió y peleó para alcanzar laureles que ofrecer á las plantas de su amada, y cavó dia y noche las minas para sacar oro con que construirla un palacio.

IV.

Pedro hacía la vida del hijo pródigo, y derrochaba como él su salud y su fortuna. La senda por donde marchaba, aunque cubierta de flores

artificiales, era cenagosa y estaba sembrada de abismos. Un paso más, y el jóven caía en la miseria y la deshonra. El ángel se presentó á Pedro en la figura de una esposa, le tendió su mano, le sacó sonriendo del mar en que naufragaba, le llevó dulcemente hasta la orilla, y le hizo conocer los santos goces de la familia.

V.

Un niño dormia en la cuna. El cielo y el infierno le miraban. Cuando despertase, ¿tenderia los brazos á Dios ó á Satanás? El ángel se acercó en figura de madre, cantó al oido del niño un himno del cielo, le enseñó el nombre de Dios, la senda de la virtud, y le dió ejemplo de amor. El niño se salvó, gracias al ángel, y el niño es el porvenir.

VI.

Un enfermo yacía en un lecho solitario. Sin amigos, sin parientes, anciano, pobre, hambriento y torturado por enfermedades inmundas y contagiosas, dudaba de la Providencia. El ángel se acercó á él en forma de Hermana de la Caridad, vendó sus heridas, dió pan á su cuerpo y á su alma, y cuando llegó la muerte, le encontró bendiciendo á Dios.

VII.

Pero Satanás veía todo esto con ira. «¿Siempre pisará María la cabeza de la serpiente?» se preguntaba, llorando lágrimas de fuego. Acercóse al hombre, emponzoñó su alma con filtros infernales y le lanzó contra la mujer, persuadiéndole de que todo le era lícito para perderla. Y el hombre fué tan ciego, que él, que se avergonzaba de mentir á los otros hombres, de tenderles lazos, de faltarles á lo prometido, de abandonarles en la desgracia de aconsejarles la infamia, creyó que todo esto debia hacerlo contra la mujer, porque es débil, y su alma es toda ternura... El ángel cayó más de una vez; pero Dios tuvo piedad de su caida, y le levantó con su mano, diciéndole como á la Magdalena: «Mucho te será perdonado, porque has amado mucho.» Y entonces el ángel tendió la mano al hombre, á quien Dios no miraba porque era infame, y dijo: «Perdonadle tambien, Señor, porque ya veis que está ciego.»

DOS AMORES.

I.

Era abril; las aves del florido bosque se despertaban gorjeando y sacudiendo de sus alas de colores las gotas brillantes de rocío. Elisa y Julio se despedian en la ventana de la quinta como Julieta y Romeo.

—Unos dias aún,—decia Julio pisando los primeros peldaños de la escala y teniendo á su amada entre los brazos:—unos dias aún, y obtenido el permiso de mis padres, volveré gozoso á estrecharte contra mi corazon; el sacerdote bendecirá nuestro enlace, y nada ni nadie nos separará sino la muerte.

—Dios lo quiera,—suspiraba Elisa llorando;—pero no olvides que te espero, que no puedo vivir sin tí, y que si tardas, no encontrarás más que mi sepulcro.

La despedida fué larga; cada caricia, como la copa que bebe el borracho, daba sed de otra; mil veces se dijeron: «Basta ya, adios,» y mil veces

comenzaron de nuevo y con mayor deseo á acariciarse; pero como todo tiene un término, al fin Julio se marchó, y Elisa que le vió huir, volviendo el rostro á cada instante y arrojándola besos con la mano, cerró su persiana verde cuando ya el dia era claro, murmurando aquello de

«Ojos que te vieron ir,
¿Cuándo te verán volver?»

II.

No conteis nunca la vida de un hombre por su fé de bautismo. La vida es una bolsa llena que se nos entrega al nacer; uno saca de ella el dinero céntimo á céntimo; otro doblon á doblon: si no sabeis cómo han gastado, ¿qué os importa saber cuándo han recibido la bolsa?

No conteis el tiempo por el reloj, á no ser cuando dormis sin soñar: el tiempo se cuenta por sensaciones. Todos hemos tenido dias fugaces como segundos, y horas en que hemos vivido siglos. ¡Qué largas fueron para Elisa los dias de ausencia! ¡Qué largas las noches! Y pasó una semana y otra, y un mes y un año, y Julio no venía, y cada segundo que pasaba, era como la gota de agua que caia sobre el cráneo de la monja condenada á morir; era más, era una lágrima ardiente que la caia sobre el corazon de la pobre niña.

Cayó enferma, la muerte la besó en la frente con sus lábios helados, y ella, creyendo siempre en su amante, no sintió abandonar la vida sino porque perdia con ella la esperanza de volver á verle.

III.

El alma de Elisa oyó en el tribunal de Dios la condenacion de su amor culpable; mil años de infierno la fueron impuestos por él, pero amaba tanto, que la pena la parecia leve en comparacion del doloroso miedo que la atormentaba.

—Señor, esclamó,—si algo bueno he hecho durante una vida que sólo tiene una mancha, doblad mi castigo concediéndome antes que vea aún una vez á mi amado y le consuele, porque estará desesperado; al saber la noticia de mi muerte es capáz de suicidarse, y nos separará la eternidad.

—No sabes lo que pides,—la fué contestado,—pero sea como deseas.

Y el alma de Elisa volvió al mundo por un momento.

IV.

La tempestad de la orgía tronaba de tal suerte, que hacía èstremecer al par al cielo y al infierno.

El salon parecia un áscua de oro; todo eran luces, flores, colgaduras, aromas; los lábios y las copas se chocaban, los jóvenes estaban ébrios, y más ébrias las mujeres; la música era más ébria aún. Julio presidia la fiesta. Dos mujeres medio desnudas que le abrazaban y le presentaban sus copas, le preguntaban:

—¿Y no te acuerdas ya de tu Elisa?

—¿Quién se acuerda de la rosa que deshoja y deja caer en el torrente? respondia el jóven.—¡Viva el placer!

Y todos contestaban:—¡Viva el placer!

Pero en aquel momento pasó por el aire, sin que nada se viese, algo frio, algo solemne; y Julio sintió como si la última lágrima de un moribundo le hubiera caido en la frente.

V.

El alma de Elisa volvió á presentarse ante el tribunal de Dios, y dijo:

—Héme aquí; vengo á cumplir mi sentencia.

—Tu sentencia está cumplida,—contestó la Justicia Divina;—en un segundo de la vida de los hombres has sufrido mil años de infierno; tú culpa está borrada; entra á formar en el coro de los ángeles tus hermanos.

Y el alma de Elisa sintió desaparecer cuanto la

restaba de humano, y fué convertida en ángel.

Y en aquel instante, volviendo á arrodillarse,

—Señor,—dijo,—permitidme que vuelva al mundo á velar por aquel á quien amé é impedir que se pierda su alma.

Y la fué concedido lo que deseaba.

VI.

Desde aquel momento Julio, despues de sus orgías, despues de sus combates, sentia una voz dulcísima que hablaba á su corazon en sus momentos de reposo, que calmaba sus angustias y le inclinaba á la virtud. Y fué tan poderosa la persuasion de aquella voz, que le regeneró poco á poco y le hizo bueno. Se casó, tuvo hijos. Una mano misteriosa parecia velar sobre él y su familia. Llegó á la vejez rico y feliz. En su última hora decia, aunque no creyera en otra cosa, ¿cómo podria dudar de la existencia del ángel de la guarda?

Pero cuando espiró y se descorrió ante él el velo del mundo de los espíritus, vió con sorpresa que su ángel de la guarda habia sido aquella Elisa á quien él habia deshonrado y olvidado; aquella Elisa que le decia:

—El amor que te tuve fué amor de mujer, amor culpable, y por eso el cielo le castigó haciéndome

infeliz por medio de los celos á que mi naturaleza humana estaba sujeta. Cuando purificada en el crisol del dolor me convertí en ángel, te amé como aman los ángeles, sin celos, sin egoismo, y mi felicidad ha sido salvarte. Aprende la diferencia que hay entre el amor del ángel y el amor de la mujer.





